ÚLTIMA CONFESÍON

Wilbert Wusynth

Última confesión

Una novela de Wilbert Wusynth

Por **Wilbert Wusynth**

©WilbertWusynth

Última confesión es una narración en primera persona sobre la educación sentimental de un hombre que revisa, con ironía, lucidez y melancolía, sus primeros enamoramientos desde la infancia hasta la adultez. A través de figuras femeninas que encarnan distintas formas del deseo –la devoción, la admiración, la distancia, la tristeza, la extranjería, la felicidad, la intimidad digital y el regreso del pasado– el narrador explora cómo fue aprendiendo a confundir amor con proyección, intensidad con verdad y sufrimiento con mérito. Más que contar historias de amor correspondido, el texto retrata la formación de una sensibilidad: la de alguien que descubre que amar también consiste en reconocer los propios malentendidos.

Novela co-escrita con IA. Me imagino un mundo en el que muchas de las personas empleadas como autores (personas como yo) limiten su uso de la IA o renuncien a utilizarla por completo. También puedo imaginar un mundo, y quizá ya estemos en él, en el que una nueva generación de lectores empiece a utilizar la IA para producir las historias que desean. Si este tipo de literatura satisface a los lectores, la cuestión de si puede igualar a la producida por humanos podría considerarse irrelevante.

Última confesión

Capítulo 1: La primera devoción

Mi educación sentimental empezó, como empiezan las enfermedades lentas y las supersticiones duraderas, en una iglesia mal ventilada. No en una de esas catedrales donde la piedra parece haber sido tallada para humillar al pecador con elegancia, sino en una parroquia de barrio con bancos de madera astillada, flores de plástico junto al altar y un Cristo cuyo gesto de agonía había adquirido, con los años, una expresión de cansancio administrativo. El Señor, desde su cruz, no parecía tanto morir por nosotros como soportarnos por pura costumbre.

Yo tenía entonces ocho años, una vocación muy seria por el escrúpulo y una tendencia precoz a confundir cualquier estremecimiento interior con una señal trascendente. En mi defensa diré que el entorno no ayudaba. Las monjas, los catequistas, mi tía Eloísa, mi abuela y hasta una vecina que olía siempre a colonia de violetas coincidían en presentarnos la vida como una guerra invisible en la que se disputaban nuestra alma fuerzas de gran envergadura. Dios, el demonio, la Virgen, los ángeles, los pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión: todo ocurría alrededor de uno con una actividad febril, aunque desde fuera pareciera que no estaba pasando nada salvo una mañana de domingo y un niño con los calcetines caídos.

Fue en ese paisaje moral donde conocí a Clara, o quizá debería decir donde fabriqué a Clara, porque la persona real y la criatura que yo veneré durante meses pertenecían ya entonces a especies distintas. La Clara verdadera era una niña de catequesis con dos coletas tensas, una voz algo nasal y una pulcritud que me

intimidaba. La Clara que yo adoré era, al mismo tiempo, ella, una estampa de la Virgen del Carmen que guardaba mi madre en un misal heredado, y una actriz de televisión que aparecía por las tardes en una telenovela que mi abuela veía con devoción menos ortodoxa que la reservada a los santos.

No recuerdo el nombre de la actriz. Recuerdo, sí, un plano en el que ella giraba la cabeza con lentitud y miraba a un hombre desdichado como si acabara de absolverlo. Esa mirada, que sin duda estaba destinada a un galán con problemas de hacienda o de fidelidad, me pareció la expresión misma de la misericordia. Días después, en catequesis, Clara levantó los ojos cuando yo pasaba frente a su pupitre y, por razones que aún hoy me avergüenza explicar, mi alma hizo una conexión teológica inmediata: la Virgen, la actriz y mi compañera eran distintas manifestaciones de una misma soberanía femenina. Una soberanía ante la cual solo cabía arrodillarse, sufrir y, en la medida de lo posible, escribir mal.

Naturalmente, a los ocho años yo no escribía poemas; cometía, más bien, unas formas embrionarias de súplica decorada. Mis cuadernos de religión, si se conservaran, serían hoy prueba bastante de que el amor y la retórica nacen en el mismo fango. Entre mandamientos y dibujos del arca de Noé, yo intercalaba frases como “Clara es buena”, “Clara mira como los ángeles” o “Señor, que Clara me vea”, que es una oración muy breve y por ello muy honesta. La teología auténtica quizá consista en eso: en pedir con claridad lo que no nos atrevemos a nombrar del todo.

No tardé en desarrollar una mística del sacrificio. Como nos habían enseñado que los pequeños sufrimientos ofrecidos con amor agradaban al cielo, decidí que mi pasión debía manifestarse en privaciones concretas. Renuncié durante una semana a los caramelos de café

con leche que mi abuelo guardaba en el aparador. Me dejé la tortilla con cebolla —que detestaba y detesto— sin protestar, convencido de que cada bocado era una forma superior de cortesía amorosa. Incluso una tarde, llevado por el arrebato, recé un rosario entero por la salvación sentimental de mi causa, lo que en un niño de mi edad equivalía a internarse descalzo por un desierto doctrinal.

No sé qué esperaba obtener a cambio. Supongo que imaginaba que Dios, sensible al heroísmo de mis renuncias, inclinaría el corazón de Clara hacia mí con la misma discreción con que inclina las ramas de un árbol o la voluntad de una madre que no encuentra las llaves. La religión de mi infancia tenía algo de oficina antigua: si uno entregaba sufrimiento suficiente por ventanilla, debía recibir tarde o temprano un comprobante de gracia. Lo que nadie me explicó entonces es que el cielo, como muchas administraciones, acusa recibo de manera confusa y rara vez resuelve favorablemente nuestros expedientes.

La sala de catequesis estaba en un edificio adosado a la parroquia, con paredes color crema, fluorescentes que zumbaban y un corcho donde alguien había pinchado dibujos de peces, panes y corazones inflamados. Allí pasábamos las tardes de los miércoles aprendiendo historias sagradas y dando una batalla desigual contra el sueño. La hermana Visitación, que no era hermana de sangre de nadie pero parecía tía severa de toda la feligresía, nos hablaba con una voz que mezclaba dulzura, amenaza y tiza. Tenía el don de contar la vida de los mártires como si todos hubieran sido niños algo desobedientes a quienes acabó yéndoseles de las manos una excursión.

Clara se sentaba casi siempre en la segunda fila, junto a una niña pecosa llamada Nuria, que años después sería dentista o diputada o ambas cosas, porque tenía

ya aquella expresión de precisión y triunfo. Yo ocupaba un lugar estratégico algo más atrás, desde el cual podía mirar a Clara sin la indecencia frontal del acosador precoz ni la dignidad imposible del indiferente. La contemplación, entendí muy pronto, requiere una geografía. Los grandes amantes de la historia, si hubieran tenido que sentarse al azar en aulas de catequesis, habrían cometido errores irreparables.

La primera vez que intercambiamos palabras fue a propósito de unas tijeras. Ella necesitaba unas tijeras. Yo tenía unas tijeras de punta redonda con mangos azules, compradas a principios de curso con la solemnidad con que las familias entonces adquirían el material escolar, como si al elegir pegamento y forros transparentes se jugara parte del destino moral del niño. Clara se volvió, me miró apenas dos segundos y dijo:

—¿Me las dejas?

A ciertas preguntas se responde toda una vida. Yo, sin embargo, solo acerté a asentir y a entregarle las tijeras con una mano que me tembló de forma visible. Ella las tomó, cortó una cartulina amarilla y me las devolvió sin ceremonia. No dijo gracias. O tal vez sí lo dijo y yo, trastornado por la inminencia del paraíso, no lo oí.

Durante semanas, aquel intercambio alimentó una exégesis íntima de una desproporción enternecedora. Ella había pedido; yo había dado. Había, por tanto, entre nosotros, un vínculo. No muy distinto, en esencia, del que unía a Tristán con Isolda o a ciertos beatos con sus apariciones privadas.

Hay que concederle algo a la infancia: su capacidad para absolutizar lo mínimo nos hace ridículos, sí, pero también impermeables al tedio. Un adulto recibe unas tijeras y no se juega nada. Un niño enamorado presta

unas tijeras y ya cree haber fundado una orden monástica.
En mi casa, mientras tanto, el amor circulaba bajo formas más ruidosas y menos teológicas. Mis padres se querían, supongo, aunque a mí me parecía que se administraban. Se repartían tareas, se corregían compras, discutían por el volumen del televisor y se dormían pronto. A aquella edad yo no entendía que la convivencia consiste en gran parte en perseverar entre interrupciones. El amor verdadero, según mis fuentes —las estampitas, la telenovela, los sermones, algunos boleros que sonaban en la radio del coche— debía consistir en padecer con nobleza, mirar al vacío y pronunciar frases con mucho aire dentro. Mis padres, en cambio, se preguntaban si quedaba detergente y quién había movido el destornillador. Me parecían, desde luego, personas poco literarias.
Mi madre mantenía con la Virgen una relación práctica. Le encendía velas cuando alguien enfermaba, cuando había exámenes, cuando mi padre viajaba, cuando una prima tardaba demasiado en volver o cuando el mundo, en suma, mostraba su habitual tendencia a no obedecer. Yo heredé de ella el instinto de suplicar, pero no su sensatez. Ella pedía cosas concretas: salud, trabajo, calma. Yo pedía imposibles nebulosos: una mirada, una señal, una inclinación del destino. Tal vez toda inmadurez sentimental empiece ahí, en preferir los símbolos a las necesidades.
Las tardes de domingo tenían en casa un ceremonial fijo. Se comía temprano; mi padre leía el periódico como si hubiera sido escrito para enfadarlo personalmente; mi madre doblaba ropa frente a la televisión; mi abuela comentaba la telenovela con un fervor exegético que no le vi nunca ante los Evangelios. Fue ella quien, sin sospecharlo, terminó de deformar mi noción del amor. Para mi abuela, el amor era lo que

impedía a la gente comer, dormir, obedecer a la razón o elegir bien la ropa. Una historia donde nadie lloraba no merecía ser recordada. Si una mujer no sacrificaba algo, si un hombre no se arruinaba un poco, si no había cartas, enfermedad, viaje, obstáculo familiar o por lo menos un malentendido con lluvia, la trama no pasaba de simpatía.

Yo absorbí aquella pedagogía sentimental con la seriedad de un seminarista. Y como además catequesis insistía en la virtud del sacrificio, llegué muy pronto a una conclusión cuya toxicidad solo aprecié años después: amar era sufrir por alguien que apenas sabía que uno existía. El sufrimiento no era consecuencia del amor; era su prueba. La felicidad, por el contrario, me parecía sospechosa, casi una herejía de baja intensidad.

La preparación para la primera comunión agudizó ese desorden. Nos hablaban de pureza, de alma blanca, de dignidad del cuerpo, de amistad con Jesús, y yo, mientras tanto, descubría con terror que ciertas proximidades me producían una agitación difícil de integrar en el catecismo. Un día, durante un ensayo de la ceremonia, Clara pasó a mi lado y el roce accidental de su manga con mi brazo provocó en mí una mezcla de electricidad, vergüenza y fervor que me dejó varias horas en estado de alarma espiritual. Pensé, con toda sinceridad, que había ofendido a Dios de algún modo confuso y que además me encontraba, por razones que no podía explicar, bastante contento.

La primera vergüenza corporal no llega como una revelación erótica gloriosa, sino como un problema logístico. Uno no sabe dónde mirar, cómo sentarse, cuánto dura exactamente el escándalo en la sangre. A eso hay que añadir, en ciertos entornos, una metafísica del pecado que convierte cualquier sobresalto en prueba pericial de la caída. Yo examinaba mi

conciencia con una minuciosidad casi patológica. ¿Había deseado mal? ¿Había imaginado algo impuro? ¿Contaba como impureza querer estar enfermo para que Clara preguntara por mí? ¿Y si al rezar por ella me estaba rezando en realidad a mí mismo, como los fariseos? Eran preguntas excesivas para un niño que todavía perdía cromos y no entendía bien las divisiones.

Fui a confesarme por primera vez con un temblor que habría merecido delitos más interesantes. El confesionario olía a madera vieja y humedad. Detrás de la rejilla, el padre Ramiro respiraba con una paciencia que en aquel momento interpreté como santidad y que hoy sospecho simple resignación profesional. Dije mis pecados en voz baja: desobedecer a mi madre, pelearme con un compañero, mentir sobre los deberes, tener malos pensamientos. Cuando pronunció aquello de los malos pensamientos, el sacerdote me pidió concretar.

No concreté. La infancia también conoce la astucia.

—Pensamientos feos —murmuré.

—¿Contra alguien?

—No.

—¿Sobre alguien?

Entonces sentí que la eternidad pendía de un detalle gramatical.

—No sé.

El padre Ramiro guardó silencio unos segundos, como si evaluara hasta qué punto merecía la pena entrar en casuísticas con aquel penitente miope de alma. Al final me puso tres avemarías y una recomendación vaga sobre la pureza de corazón. Salí aliviado y defraudado. Había esperado una escena más intensa. La absolución, comprendí muy pronto, rara vez coincide con la imaginación del culpable.

Mi devoción por Clara se volvió entonces más disciplinada. Ya que no podía confesarla con claridad, la organicé en secreto como una liturgia privada. Conservé un envoltorio de caramelo que había tocado su pupitre. Guardé una servilleta de una excursión parroquial porque ella se había sentado cerca en la mesa corrída de merienda. Copié su nombre en el margen interior de un libro de Historia Sagrada y luego lo taché con rabia mística, temeroso de que aquello constituyera una idolatría en sentido estricto. Uno puede reírse de esas reliquias infantiles, y yo me río, pero también reconozco en ellas un impulso que me ha acompañado siempre: la necesidad de fijar el deseo en objetos, como si el amor, para resultar creíble, necesitara inventario.

La excursión parroquial a la ermita de San Blas fue, en mi memoria, el equivalente infantil de una campaña napoleónica. Salimos en autobús un sábado de marzo con bocadillos envueltos en aluminio, cantimploras, chaquetas mal cerradas y un entusiasmo gregario del que yo me sentía esencialmente excluido. Los demás niños jugaban, gritaban, cambiaban cromos y se perseguían entre los asientos. Yo había tomado asiento dos filas detrás de Clara con la esperanza de vivir alguna clase de epifanía. La epifanía consistió en que ella vomitó en una bolsa de plástico al tomar una curva cerrada.

Esto debería haber destruido mi idealización. Muy al contrario: la reforzó. Hay algo casi invencible en la imaginación amorosa cuando decide que un ser es digno de culto. Incluso el mareo, la palidez y las lágrimas involuntarias por la náusea me parecieron rasgos de una fragilidad sublime. Yo contemplaba aquella escena con preocupación sincera y satisfacción secreta. El sufrimiento, según mi

educación, ennoblecía. Clara, al encontrarse indispuesta, ascendía.
La hermana Visitación la llevó a la parte delantera, le pasó agua y abrió una ventanilla. Yo deseé ser agua, ventanilla y hermana Visitación al mismo tiempo, aunque no necesariamente en ese orden. Al llegar a la ermita, Clara ya estaba mejor, y la vi caminar despacio entre los olivos con una dignidad blanca que mi memoria seguramente ha añadido después. La infancia no solo exagera: restaura.
Ese día ocurrió además un prodigio menor. Durante la comida, faltó sitio en una de las mesas de piedra y Clara terminó sentándose frente a mí. Yo no pude tragar el bocadillo. Ella, ajena a la escatología interior que había desencadenado, peló una mandarina con toda naturalidad y comentó que odiaba viajar en autobús. Yo asentí con una gravedad de embajador. Luego dijo:
—Mi madre dice que si leo en el coche me mareo más.
Yo respondí algo sin duda brillante, porque ella sonrió. O quizá no respondí nada y la sonrisa estaba dedicada a Nuria o al cielo o a una gracia íntima del universo. Lo cierto es que pasé varias semanas recordando aquella sonrisa como si hubiese sido un pacto. El amor, en sus estados iniciales, se alimenta de lo que no puede verificarse.
Poco después empezó la temporada de las procesiones. En mi barrio, la Semana Santa no era un espectáculo grandioso sino una perseverancia modesta de túnicas, tambores desafinados y señoras que se emocionaban al paso de imágenes con el mismo ímpetu con que luego discutían por el precio del pescado. A mí me impresionaba sobre todo la mezcla de solemnidad y logística: hombres sudando bajo los pasos, niños bostezando con cirios, adolescentes

aprovechando la oscuridad de ciertas calles para intercambiar confidencias o chicles.
Clara asistió a una de esas procesiones con mantilla infantil y un vestido claro. La vi a cierta distancia, entre familias, vecinos y penitentes, y tuve la sensación de que mi historia adquiría por fin una consistencia estética adecuada. Allí estaba ella, cerca de una Virgen dolorosa, con el rostro medio iluminado por las velas y una seriedad de foto antigua. Yo la miraba y no sabía si quería protegerla, rezarle o simplemente conseguir que se fijara en mí antes de la saeta. El problema de ciertas emociones tempranas es que llegan mezcladas como un cajón de cables: uno tira de un extremo y no sabe qué aparato va a encender.
Esa noche cometí un gesto cuya ridiculez solo compite con su sinceridad. Arranqué de un cuaderno una hoja limpia, escribí “Clara” arriba y luego, debajo, una lista de promesas secretas: no pelearme con mi primo Javier, no decir palabrotas una semana, ayudar a poner la mesa, obedecer sin protestar, rezar antes de dormir. Todo aquello, en mi cabeza, constituía una especie de novena contractual. Si yo mejoraba moralmente, la realidad sentimental debía corresponderse de algún modo. Años después comprendí que buena parte de mis relaciones adultas conservaron esa estructura absurda: yo ofrecía versiones mejoradas de mí mismo esperando recibir, no amor exactamente, sino una confirmación.
Mi amigo Julián, que tenía la misma edad y una inteligencia práctica muy superior a la mía, detectó pronto la situación.
—Te gusta Clara —dijo un día en el patio.
Negué con violencia. Negar el amor ha sido, en mi caso, una de sus formas más constantes.
—Pues la miras mucho.
—No.

—Sí.
—No tanto.
—Además te pones rojo.
—Hace calor.
Era febrero.
Julián, que acabaría siendo un excelente vendedor de seguros o un notable cínico, me observó con compasión.
—Mi primo dice que cuando te gusta una chica hay que decirle algo.
Aquella recomendación me pareció bárbara. Decirle algo equivalía a profanar el santuario. Yo no quería hablar con Clara; quería merecerla en silencio. El silencio, como descubrí demasiado tarde, no siempre es profundidad. A veces es simple cobardía decorada.
La ceremonia de la primera comunión se acercaba con la lentitud fatal de los grandes eventos familiares. Había pruebas del traje, ensayos, discusiones domésticas sobre invitados y fotos, zapatos que apretaban, peluquerías, sobres, recordatorios con palomas y frases bíblicas. Todo olía a almidón, nervios y repostería encargada. Yo vivía aquel proceso con una gravedad dual: por un lado, el sacramento, cuya magnitud metafísica no se me escapaba del todo; por otro, la expectativa de ver a Clara vestida de blanco y asistir, quizá, a la consumación visual de mi tragedia.
El día del ensayo general nos colocaron por parejas para entrar en fila. El azar —o eso quise creer— hizo que Clara quedara dos puestos delante de mí. La distancia era mínima y, sin embargo, suficiente para sostener toda una metafísica de la cercanía imposible. Veía el lazo de su vestido, el brillo peinado de su cabello, el perfil de una oreja que me pareció de una delicadeza casi ofensiva. Si alguien me hubiera preguntado entonces qué significaba comulgar,

probablemente habría respondido alguna herejía relacionada con esa nuca.
No sucedió nada extraordinario, por supuesto. Nunca sucede cuando uno está preparado para ello con tanto detalle.
Clara tomó la comunión con una solemnidad impecable, las manos juntas, la mirada baja, el paso breve de quienes parecen haber sido instruidos no solo en el rito sino en el arte de resultar recordables. Yo avancé detrás con una confusión considerable entre el cuerpo de Cristo y el cuerpo, mucho más problemático, de mi imaginación. Recibí la hostia con la convicción de estar participando en dos misterios a la vez, uno sacramental y otro enteramente privado, y sospecho que no atendí del todo ni a uno ni al otro.
La ceremonia transcurrió entre fotografías, abanicos discretos, toses amortiguadas y ese olor compuesto de incienso, colonia infantil y tela nueva que tienen las iglesias en días de acontecimiento menor. Mi madre lloró en el momento previsto. Mi abuela dijo que yo estaba guapísimo con una sinceridad que habría empleado igual de haberme visto vestido de almirante o de lámpara.
Mi padre se ajustó la corbata con la incomodidad de quien sospecha que toda elegancia es, en el fondo, una forma cara de obediencia, y luego me puso una mano en el hombro con esa mezcla de orgullo y desconcierto que los padres reservan para las ceremonias donde el hijo parece, por unas horas, pertenecer también a otros: a Dios, a los fotógrafos, a la familia extensa, al álbum futuro donde alguien dirá años después mira qué cara tenías.
Después vinieron el restaurante, los regalos, los primos, las señoras que pellizcan la mejilla como si quisieran comprobar la calidad del género, y una fatiga luminosa que fue apagando en mí cualquier capacidad de fervor

sostenido. Clara apareció un rato entre los corrillos, ya sin la gravedad litúrgica, con una rebequita sobre los hombros y una expresión vagamente aburrida que, lejos de decepcionarme, me pareció otra prueba de su perfección. La santidad, pensé, también debía de cansarse.

Hubo, sin embargo, un instante que durante mucho tiempo conservé con la nitidez fraudulenta de ciertas reliquias interiores. Fue en la puerta del restaurante, mientras los adultos discutían sobre coches, mesas y paquetes, cuando Clara pasó cerca de mí acompañada por su madre. Yo llevaba en la mano un recordatorio de mi comunión, con una paloma dorada algo ofensiva y mi nombre impreso en letra cursiva. No sé qué impulso me llevó a ofrecérselo, como si aquel cartoncito pudiera equivaler a una declaración, una alianza o al menos un modesto gesto diplomático entre dos casas reinantes.

—Toma —le dije.

Ella lo cogió, lo miró apenas y sonrió con educación.

—Gracias.

Eso fue todo.

No “qué bonito”, no “guárdamelo”, no “yo también te traje el mío”, no ninguna de las frases que la imaginación enamorada redacta de antemano para que luego la realidad se niegue a pronunciar. Solo gracias. Una palabra impecable, suficiente y devastadora. Aquel “gracias” tenía la neutralidad de las respuestas que no quieren herir porque ni siquiera sospechan que podrían hacerlo. Yo asentí con una seriedad idiota, como si acabara de cerrar un tratado internacional, y la vi alejarse hacia una mesa donde ya la llamaban.

Si la historia hubiese obedecido a las leyes que yo le atribuía, ese habría sido el comienzo de algo. Pero el amor infantil, como ciertas monarquías en decadencia, vive más de símbolos que de gobierno efectivo. En los

días siguientes no ocurrió absolutamente nada. Terminó catequesis. Empezó el verano. Dejé de verla con la frecuencia que exige toda obsesión para mantenerse alimentada. Sin liturgia semanal, sin pupitre, sin tijeras, sin excursiones ni ensayos, Clara empezó a retirarse de mi vida real con una docilidad que me ofendió en secreto. Uno espera que los grandes sentimientos produzcan al menos una perturbación meteorológica. En cambio, el mundo siguió con su grosera normalidad: calor, persianas medio bajadas, helados de limón, tareas de verano, adultos sudando en silencio y las noticias diciendo siempre alguna desgracia lejana.

Yo, por mi parte, transformé la ausencia en método. Pensaba en Clara con una disciplina casi monástica, como quien teme que dejar de recordar equivalga a una traición. Si pasaba cerca de la parroquia, miraba la puerta con una esperanza absurda. Si sonaba en televisión una música parecida a la de la telenovela de mi abuela, algo en mí recuperaba el clima de adoración. Incluso recé alguna noche por ella sin saber exactamente por qué ni para qué, salvo por la intuición de que amar consistía, ante todo, en sostener una presencia cuando ya no está.

Pero la infancia, que absolutiza con facilidad, también olvida con una velocidad que luego el adulto juzga indecente. A finales de agosto conocí el mar de verdad, no el de las postales del colegio sino el mar físico, pegajoso, ruidoso y lleno de ingleses quemados, y aquella revelación salada desplazó por unas semanas casi cualquier otra trascendencia. En septiembre cambiaron los horarios, los cuadernos, los profesores, las devociones menores. Volví a ver a Clara alguna vez, sí, pero ya no con la misma irradiación sacramental. Seguía siendo Clara, pero había dejado de ser también la Virgen, la actriz, la soberanía femenina entera.

Empezaba, muy lentamente, a descender del altar al mundo, que es el sitio donde las personas respiran peor pero existen mejor.

No recuerdo cuándo acepté del todo que aquello no iba a ninguna parte. Tal vez nunca lo acepté; tal vez simplemente fui sustituyendo una imposibilidad por otra, como hacen los creyentes tibios con sus dioses menos eficaces. Lo que sí sé es que de esa primera devoción no me quedó una herida, que habría sido demasiado noble, sino una estructura. Aprendí a confundir intensidad con verdad, distancia con altura, sufrimiento con mérito. Aprendí que desear en silencio produce una embriaguez muy particular: uno se siente profundo cuando en realidad solo está solo. Y aprendí también algo más inocente, quizá más útil: que la imaginación puede investir de absoluto un gesto mínimo, unas tijeras prestadas, una manga que roza, un gracias dicho al pasar.

Con los años he pensado muchas veces en aquel niño arrodillado ante su pequeño absurdo, negociando con Dios favores sentimentales a cambio de tortilla con cebolla y palabrotas no pronunciadas. Me enternece y me irrita. Quisiera decirle que Clara no era un destino ni una aparición, que el amor no debía parecerse tanto a una penitencia, que nadie merece convertirse en ídolo de nadie porque incluso la belleza más limpia acaba tosiendo, mareándose en los autobuses o diciendo gracias con una indiferencia mortal. Pero sospecho que no me habría creído. Hay verdades que solo se aceptan cuando ya han dejado de servir.

Además, sería injusto burlarme demasiado. En aquella adoración desmesurada había también una forma primitiva de atención, una voluntad de salir de uno mismo aunque fuese para caer, de rodillas, en una ficción. Toda primera devoción es un ensayo general de las siguientes: nos enseña menos sobre la persona

amada que sobre la maquinaria secreta con que vamos a fabricar después nuestras esperanzas. Clara, sin saberlo, fue la patrona de mis malentendidos.
Mucho tiempo después volví a entrar en aquella parroquia. Las flores de plástico habían sido sustituidas por otras igualmente tristes pero más modernas; el Cristo seguía fatigado; los bancos continuaban administrando astillas con criterio democrático. Me senté al final, en uno de los rincones donde de niño practicaba la vigilancia sentimental, y traté de reconstruir el escenario exacto de mi fervor. No pude. La memoria conserva el ardor mejor que la geometría. Ni siquiera estaba seguro de cuál había sido el pupitre de Clara, si es que los pupitres de catequesis merecen ese nombre. Sin embargo, al salir, sentí una gratitud extraña por aquella versión temprana de la fe y del deseo: tan ridícula, tan absoluta, tan dispuesta a leer señales en cualquier cosa.
Quizá todo comenzó ahí, en esa confusión fundacional entre rezar y querer, entre venerar y mirar demasiado. Y quizá por eso, cuando años más tarde me he enamorado, siempre he reconocido a tiempo —o demasiado tarde— un viejo mecanismo litúrgico poniéndose en marcha: la selección arbitraria de reliquias, la tendencia a atribuir sentido a lo accidental, la secreta convicción de que amar bien consiste en ofrecer sacrificios que nadie ha pedido. No digo que Clara me arruinara la vida sentimental. Sería concederle una influencia excesiva y una inteligencia estratégica impropia de una niña de ocho años. Pero sí inauguró, con sus coletas tensas y su voz nasal, una jurisdicción interior donde desde entonces comparecen, con distinto nombre y parecido desorden, casi todas mis pasiones.
De aquella época solo conservo una prueba material, y ni siquiera estoy seguro de que sea auténtica. Entre las

páginas de un viejo misal apareció hace años un papel doblado en cuatro. Dentro había una lista infantil escrita con lápiz torpe: no pelearme con Javier, no decir palabrotas, ayudar a poner la mesa, obedecer sin protestar, rezar antes de dormir. Arriba, en letras más apretadas, un nombre: Clara. Lo miré durante un buen rato con la perplejidad arqueológica con que uno contempla los restos de una religión extinta que, sin embargo, sigue organizando las fiestas del pueblo.

Lo volví a guardar.

No por fidelidad a ella, desde luego, ni siquiera por nostalgia de mí mismo, sino por respeto a esa clase de errores que, aunque no nos ennoblezcan, al menos nos inauguran. Porque si algo tuvo de verdadero aquella primera devoción fue su exceso. Nadie aprende a amar con sensatez. Se empieza siempre adorando mal: confundiendo a una niña con una virgen, una sonrisa con una promesa, el sufrimiento con una prueba y el silencio con una forma superior del destino.

Luego la vida, con una pedagogía menos solemne pero bastante eficaz, se encarga de desmentirnos.

Y aun así, cada cierto tiempo, cuando entro en una iglesia vacía y huelo esa mezcla de cera, polvo y humedad antigua, me sorprendo esperando no sé qué: una absolución retrasada, una señal diminuta, el roce remoto de una manga. Entonces recuerdo a Clara, o más exactamente al dios torpe que fabriqué con su nombre, y comprendo que algunas idolatrías no terminan nunca del todo. Solo aprenden a callarse.

Ahí empezó todo.

Capítulo 2: La musa escolar

Cuando volvió septiembre, el colegio me recibió con ese olor compuesto de tiza, plastilina reseca, suelo fregado demasiado temprano y una tristeza administrativa que entonces no sabía nombrar pero que hoy asocio con casi todas las instituciones. El verano había terminado no con una tragedia, sino con algo peor: una eficacia. Los horarios regresaban, las mochilas reaparecían cargadas de cuadernos con márgenes impecables, y los adultos pronunciaban frases como "hay que volver a coger el ritmo" con una seriedad propia de la movilización militar. Yo entré en aquel curso con una vaga sensación de ascenso moral, como si los meses transcurridos desde mi primera comunión me hubiesen convertido en alguien ligeramente más profundo, más experimentado en las regiones del alma, aunque en la práctica siguiera siendo un niño con rodillas sucias y mala letra.

Fue entonces cuando apareció Laura.

No sé si llegó nueva al colegio ese año o si ya estaba allí desde antes y simplemente ascendió, por algún reajuste invisible de mi sensibilidad, al rango de fenómeno. La memoria sentimental, como la religiosa, no distingue bien entre epifanía y fabricación retrospectiva. Solo sé que un día levanté la vista en clase de Conocimiento del Medio o de Lengua —ambas materias se mezclan en mi recuerdo en una masa de mapas, dictados y dibujos del aparato digestivo— y allí estaba ella, inclinada sobre el cuaderno con una concentración tranquila, apartándose el pelo con el dorso de la mano cada pocos minutos. No era, creo, la niña más guapa de la clase según los criterios oficiales de la época, que solían premiar las cintas limpias, los colores rubios y cierto aspecto de catálogo de comunión. Laura tenía algo mejor: presencia. Parecía estar en posesión de un

secreto minúsculo que no se proponía compartir con nadie.

Eso bastó.

Si Clara había sido una aparición litúrgica, Laura fue una instalación civil de la obsesión. Ya no pertenecía al territorio de la parroquia, la catequesis ni las imágenes sagradas, sino al mundo laico de los pupitres, los deberes, las filas y los estuches con cremallera. Su poder era menos vertical y más cotidiano. No venía escoltada por vírgenes auxiliares ni por música de órgano interior. Venía con lápices Alpino, con gomas mordidas, con ejercicios de dividir y con una bufanda azul marino cuando empezaba el frío. Era, por así decirlo, una de nosotros. Y precisamente por eso resultaba más peligrosa.

Durante algún tiempo no hice nada, lo cual era mi especialidad. Me limité a perfeccionar el antiguo arte de observar sin comparecer, esa disciplina tan improductiva como absorbente. Sabía en qué fila se colocaba al entrar, cómo levantaba la mano no con ansiedad sino con una confianza razonable en la respuesta, qué bocadillo traía algunos recreos, con quién se juntaba en gimnasia y de qué modo se reía: no a carcajadas, sino hacia dentro, como si incluso la risa debiera administrarse con prudencia. Yo reunía esos datos no como quien prepara una conquista, sino como quien levanta un archivo. El enamorado infantil no desea tanto actuar como documentar el misterio.

Mi rendimiento escolar, lejos de resentirse, mejoró en ciertos aspectos gracias a ella. Descubrí, por ejemplo, que la atención podía ser una forma del exhibicionismo. Si Laura estaba dos filas más allá, yo me volvía súbitamente aplicado, prolijo, casi virtuoso. Subrayaba con regla, evitaba los borrones, procuraba leer en voz alta sin trabarme. No aspiraba exactamente a impresionarla —habría sido una empresa demasiado

ambiciosa—, sino a merecer, en abstracto, la posibilidad de no desagradarle. Muchas vocaciones de excelencia nacen así: no del amor al bien, sino del deseo de parecer digno ante una testigo que ni siquiera está mirando.

Ella, por supuesto, no parecía advertir nada.

Y sin embargo, entre la indiferencia total y la reciprocidad legendaria, existe una vasta zona templada donde prosperan las imaginaciones tenaces. Laura me pidió una vez una goma. Otro día me dejó un color verde porque el mío se había roto. En una excursión al museo de ciencias —o quizá al planetario; mi infancia tiene escenarios intercambiables— acabamos un momento en el mismo grupo y comentamos algo sobre un esqueleto, una piedra o un planeta. No importa el objeto: importa el hecho de que nuestras voces coexistieran durante unos segundos en una conversación no impuesta del todo por la maestra. Aquello me pareció un avance diplomático considerable, una mejora sustancial de las relaciones bilaterales.

En casa no decía nada. Había aprendido de Clara que los sentimientos declarados ante terceros pierden categoría y se vuelven material cómico para la sobremesa. Además, mi familia poseía un talento natural para convertir cualquier inclinación íntima en una zarzuela doméstica. Bastaba una distracción, una sonrisa a destiempo o una negativa excesivamente vehemente para que mi hermana o algún primo dedujeran un nombre y lo repitieran con esa crueldad festiva que los parientes consideran una forma aceptable de cariño. Yo me defendía mediante el silencio, que a esa edad parece una estrategia de gran nobleza y en realidad solo concede más trabajo a la fantasía.

Hubo una temporada en que mi devoción por Laura adoptó forma literaria, lo cual, visto con indulgencia, quizá fue el primer síntoma de que estaba condenado a sublimar. Nos mandaron redactar una redacción libre sobre “mi mejor día” o “qué quiero ser de mayor”, y yo empleé varias frases no en responder al encargo, sino en construir una versión de mí mismo que pudiera algún día resultarle estimable. Escribía con una solemnidad impropia sobre el mar, los libros, los animales y la bondad, asuntos todos que me interesaban de manera intermitente pero que, presentados en conjunto, componían el retrato de un niño sensible, casi homologable por una futura lectora benévola. La maestra me puso un “bien” y subrayó una falta de ortografía. Laura nunca supo que aquel texto formaba parte de su culto.

También dibujaba mejor cuando pensaba en ella. O más bien dibujaba con mayor perseverancia, que no es exactamente lo mismo. Si nos pedían ilustrar una estación del año, una familia de mamíferos o una escena de tráfico responsable, yo coloreaba con una paciencia inhabitual, persuadido de que toda forma bien acabada emite, de algún modo, una vibración moral perceptible a distancia. Es uno de los malentendidos más generosos de la infancia creer que el esmero interior termina irradiando hacia fuera con claridad suficiente como para ser recompensado. Luego uno descubre que el mundo rara vez distingue entre la aplicación silenciosa y el simple gusto por perder el tiempo con rotuladores.

A mediados de curso ocurrió un episodio menor que yo elevé a la categoría de hito fundacional. Llovía, o eso quiero recordar, porque toda escena decisiva necesita una pequeña complicación atmosférica. Salíamos de clase y en el pasillo se formó ese embotellamiento viscoso de niños buscando chaquetas, madres,

paraguas y autorizaciones. Laura estaba intentando cerrar la cremallera de su mochila, que se había atascado. Yo lo vi y sentí de inmediato el llamamiento de las grandes ocasiones. Me acerqué con un coraje que todavía admiro retrospectivamente —nada más heroico que un niño tímido atravesando tres metros de pasillo hacia su posible ridículo— y le dije:

—Espera, a ver.

Tomé la cremallera, tiré con más fuerza de la necesaria y, tras un instante de resistencia que me pareció un examen moral, cedió.

—Ya está.

—Gracias —dijo ella.

No sonrió de un modo especial ni me miró con un fulgor distinto al que se dedica a una ayuda funcional. Pero aquel gracias, a diferencia del de Clara, no me devastó. Me sostuvo. Había sido útil. El amor, pensé sin pensarlo, podía consistir también en eso: en intervenir sobre los mecanismos atascados del mundo inmediato. No solo venerar, no solo sufrir, sino abrir cremalleras.

Durante unas semanas viví de ese episodio con una renta emocional francamente excesiva. Me parecía que entre Laura y yo existía desde entonces una corriente leve, una familiaridad casi administrativa. Podía saludarla sin que la voz me saliera completamente ajena. Si me pedía la regla, yo se la prestaba con una calma estudiada, como corresponde a quienes ya han compartido una dificultad textil. Incluso empecé a sospechar que ella me tenía por alguien resolutivo, hipótesis extravagante si se considera que seguía necesitando ayuda para abrocharme a veces el babi de plástica.

La escuela, sin embargo, es una maquinaria demasiado ruidosa para dejar que una ficción privada se desarrolle sin interferencias. Pronto aparecieron los otros: niños

con una espontaneidad brutal, niñas más desenvueltas, grupos enteros capaces de hablar y reír sin someter cada frase a una auditoría interior. Uno de mis compañeros, Sergio o Pablo o algún nombre de esa familia sonora, empujó un día a Laura jugando en el recreo; ella le devolvió el empujón entre risas; siguieron corriendo. Yo contemplé la escena con una mezcla de escándalo y revelación. Hasta entonces había asociado el afecto a la distancia reverente, al cuidado casi museístico. Descubría ahora que podía expresarse también en el alboroto, en la confianza corporal, en esa manera desenvuelta de tocar y ser tocado sin convertir el gesto en una tesis sobre el destino.

No me gustó.

O mejor dicho: me descolocó profundamente. Había algo humillante en comprobar que el mundo de Laura no necesitaba de mi liturgia. Ella podía reír, correr, gritar y vivir sin la menor conciencia de la altitud simbólica que yo le asignaba. Mi papel, si es que tenía alguno, no era el de sacerdote de su misterio, sino apenas el de compañero de clase periférico con cierta habilidad para los atascos. A esa edad, semejante descubrimiento no conduce a la madurez, sino a un repliegue herido. Me volví más silencioso durante un tiempo, como si la realidad hubiese incurrido en una falta de estilo.

Por suerte para mi estabilidad mental, el calendario escolar ofrece diversiones y catástrofes que impiden perseverar demasiado en ningún drama. Llegó la preparación de Navidad, con sus copos de algodón pegados en cartulinas, sus villancicos cantados con violencia y esa combinación de euforia y cansancio que producen los festivales donde los niños son disfrazados según criterios que mezclan simbolismo cristiano y disponibilidad de grapas. A Laura le tocó leer unas líneas en una función. Yo no recuerdo las mías, si es que tuve, pero recuerdo perfectamente el

modo en que ella sostuvo el papel: con ambas manos, a la altura del pecho, y una seriedad tan excesiva que resultaba casi adulta. Pronunció sus frases sin titubear. El salón de actos la aplaudió con la justicia dispersa que merecen todos los niños cuando no se caen del escenario. Yo, en cambio, sentí ese orgullo vicario que uno experimenta cuando alguien a quien ha investido en secreto confirma, sin saberlo, las expectativas del culto.

En enero, como suele ocurrir, la magnificencia de diciembre dejó paso a una tristeza fría y curricular. Los abrigos pesaban, los recreos eran más cortos o más inhóspitos, y los adultos empezaban a pronunciar la palabra “evaluación” con una gravedad que no se correspondía del todo con nuestras capacidades de sépticos años. Fue por entonces cuando Laura faltó varios días seguidos. Gripe, dijeron. O anginas. Cualquier enfermedad infantil sirve para introducir en la clase una mezcla de alivio y vacío: alivio por el hueco misteriosamente liberado; vacío porque el ausente, al desaparecer, adquiere un relieve que no tenía en presencia.

Yo viví aquellas jornadas con una inquietud absurda y una satisfacción culpable. La echaba de menos, sí, pero además su ausencia me ofrecía la ocasión de echarla de menos con sistema. Miraba su silla, imaginaba su fiebre, le atribuía una palidez novelesca y me preguntaba si alguien le estaría pasando los deberes. Cuando volvió, más delgada o quizá simplemente más envuelta en bufandas, me encontré con la evidencia de que había sobrevivido sin necesidad de mis desvelos. La salud ajena suele ser una decepción para ciertas vocaciones melodramáticas.

Aun así, algo cambió después. No entre nosotros, si por nosotros se entiende una relación verificable, sino

en mi manera de estar cerca. Empecé a hablarle un poco más, siempre dentro de los márgenes tolerables de la vida escolar: una pregunta por un ejercicio, una observación sobre la tarea, el intercambio de una tijera, un comentario sobre la fila de comedor. Nada memorable, salvo para mí, que regresaba a casa a repasar mentalmente cada diálogo con una minuciosidad de archivista imperial. Si ella había dicho "creo que es por detrás" al indicarme una página, yo analizaba el tono de ese creo como quien interpreta un texto sagrado. La ambigüedad es el combustible favorito de las pasiones sin hechos.

Podría pensarse que todo esto conducía, si no a una declaración, al menos a una evidencia compartida. Pero la infancia tiene pocas catedrales y muchos pasillos. La mayor parte de lo que ocurre en ella no culmina: se interrumpe. Las semanas se llenaron de exámenes elementales, cumpleaños en parques de bolas, trabajos con legumbres pegadas, peleas por cromos y anuncios de excursiones. Laura siguió siendo el eje discreto de mi atención, pero ya no de un modo exclusivo ni sagrado. Había días en que me olvidaba de pensar en ella durante horas enteras, absorbido por asuntos tan absorbentes como una colección de dinosaurios, una injusticia en el fútbol o la posibilidad de que los Reyes Magos utilizasen la misma caligrafía que mi madre. Aquello, lejos de humillarme, me fue devolviendo a una salud rudimentaria. El corazón infantil, por suerte, no sabe ser consistente.

El final del curso se acercó con esa mezcla de desgaste y promesa que tienen todos los junios escolares. Los cuadernos adelgazan, las maestras pierden capacidad de amenaza, las ventanas permanecen abiertas y el verano empieza a infiltrarse en el aula como una amnistía. Fue entonces cuando tuve con Laura la conversación más larga de toda

aquella época, aunque llamarla conversación sea conceder demasiado a unos hechos modestos. Estábamos recogiendo unas láminas o esperando turno para entregar algo. No había nadie muy cerca. Ella me preguntó si yo iba a quedarme en el comedor al año siguiente. Le dije que no sabía. Yo le pregunté si iría al campamento del colegio. Dijo que tampoco sabía, que quizá a casa de su abuela. Hubo un silencio. Después añadió que en verano se aburría un poco. Yo, deseando mostrar una afinidad profunda y no una torpeza, contesté que a mí también me aburría, pero que a veces eso estaba bien.

Esa frase me pareció admirable en el acto. Sonaba reflexiva, casi literaria, como si yo hubiese descubierto una verdad secreta sobre el tiempo libre y la condición humana. Laura me miró un segundo y dijo:

—Pues a mí no.

Y se fue con sus láminas.

Durante el resto del día conviví con la sensación incómoda de haber fracasado en un examen cuyo temario ignoraba. Mi observación sobre el aburrimiento, que yo había imaginado llena de matices melancólicos, resultaba ser simplemente falsa.

Capítulo 2: La musa escolar

Cuando volvió septiembre, el colegio me recibió con ese olor compuesto de tiza, plastilina reseca, suelo fregado demasiado temprano y una tristeza administrativa que entonces no sabía nombrar pero que hoy asocio con casi todas las instituciones. El verano había terminado no con una tragedia, sino con algo peor: una eficacia. Los horarios regresaban, las mochilas reaparecían cargadas de cuadernos con márgenes impecables, y los adultos pronunciaban frases como “hay que volver a coger el ritmo” con una

seriedad propia de la movilización militar. Yo entré en aquel curso con una vaga sensación de ascenso moral, como si los meses transcurridos desde mi primera comunión me hubiesen convertido en alguien ligeramente más profundo, más experimentado en las regiones del alma, aunque en la práctica siguiera siendo un niño con rodillas sucias y mala letra.

Fue entonces cuando apareció Laura.

No sé si llegó nueva al colegio ese año o si ya estaba allí desde antes y simplemente ascendió, por algún reajuste invisible de mi sensibilidad, al rango de fenómeno. La memoria sentimental, como la religiosa, no distingue bien entre epifanía y fabricación retrospectiva. Solo sé que un día levanté la vista en clase de Conocimiento del Medio o de Lengua —ambas materias se mezclan en mi recuerdo en una masa de mapas, dictados y dibujos del aparato digestivo— y allí estaba ella, inclinada sobre el cuaderno con una concentración tranquila, apartándose el pelo con el dorso de la mano cada pocos minutos. No era, creo, la niña más guapa de la clase según los criterios oficiales de la época, que solían premiar las cintas limpias, los colores rubios y cierto aspecto de catálogo de comunión. Laura tenía algo mejor: presencia. Parecía estar en posesión de un secreto minúsculo que no se proponía compartir con nadie.

Eso bastó.

Si Clara había sido una aparición litúrgica, Laura fue una instalación civil de la obsesión. Ya no pertenecía al territorio de la parroquia, la catequesis ni las imágenes sagradas, sino al mundo laico de los pupitres, los deberes, las filas y los estuches con cremallera. Su poder era menos vertical y más cotidiano. No venía escoltada por vírgenes auxiliares ni por música de órgano interior. Venía con lápices Alpino, con gomas

mordidas, con ejercicios de dividir y con una bufanda azul marino cuando empezaba el frío. Era, por así decirlo, una de nosotros. Y precisamente por eso resultaba más peligrosa.

Durante algún tiempo no hice nada, lo cual era mi especialidad. Me limité a perfeccionar el antiguo arte de observar sin comparecer, esa disciplina tan improductiva como absorbente. Sabía en qué fila se colocaba al entrar, cómo levantaba la mano no con ansiedad sino con una confianza razonable en la respuesta, qué bocadillo traía algunos recreos, con quién se juntaba en gimnasia y de qué modo se reía: no a carcajadas, sino hacia dentro, como si incluso la risa debiera administrarse con prudencia. Yo reunía esos datos no como quien prepara una conquista, sino como quien levanta un archivo. El enamorado infantil no desea tanto actuar como documentar el misterio.

Mi rendimiento escolar, lejos de resentirse, mejoró en ciertos aspectos gracias a ella. Descubrí, por ejemplo, que la atención podía ser una forma del exhibicionismo. Si Laura estaba dos filas más allá, yo me volvía súbitamente aplicado, prolijo, casi virtuoso. Subrayaba con regla, evitaba los borrones, procuraba leer en voz alta sin trabarme. No aspiraba exactamente a impresionarla —habría sido una empresa demasiado ambiciosa—, sino a merecer, en abstracto, la posibilidad de no desagradarle. Muchas vocaciones de excelencia nacen así: no del amor al bien, sino del deseo de parecer digno ante una testigo que ni siquiera está mirando.

Ella, por supuesto, no parecía advertir nada.

Y sin embargo, entre la indiferencia total y la reciprocidad legendaria, existe una vasta zona templada donde prosperan las imaginaciones tenaces. Laura me pidió una vez una goma. Otro día me dejó un color verde porque el mío se había roto. En una

excursión al museo de ciencias —o quizá al planetario; mi infancia tiene escenarios intercambiables— acabamos un momento en el mismo grupo y comentamos algo sobre un esqueleto, una piedra o un planeta. No importa el objeto: importa el hecho de que nuestras voces coexistieran durante unos segundos en una conversación no impuesta del todo por la maestra. Aquello me pareció un avance diplomático considerable, una mejora sustancial de las relaciones bilaterales.

En casa no decía nada. Había aprendido de Clara que los sentimientos declarados ante terceros pierden categoría y se vuelven material cómico para la sobremesa. Además, mi familia poseía un talento natural para convertir cualquier inclinación íntima en una zarzuela doméstica. Bastaba una distracción, una sonrisa a destiempo o una negativa excesivamente vehemente para que mi hermana o algún primo dedujeran un nombre y lo repitieran con esa crueldad festiva que los parientes consideran una forma aceptable de cariño. Yo me defendía mediante el silencio, que a esa edad parece una estrategia de gran nobleza y en realidad solo concede más trabajo a la fantasía.

Hubo una temporada en que mi devoción por Laura adoptó forma literaria, lo cual, visto con indulgencia, quizá fue el primer síntoma de que estaba condenado a sublimar. Nos mandaron redactar una redacción libre sobre “mi mejor día” o “qué quiero ser de mayor”, y yo empleé varias frases no en responder al encargo, sino en construir una versión de mí mismo que pudiera algún día resultarle estimable. Escribía con una solemnidad impropia sobre el mar, los libros, los animales y la bondad, asuntos todos que me interesaban de manera intermitente pero que, presentados en conjunto, componían el retrato de un

niño sensible, casi homologable por una futura lectora benévola. La maestra me puso un “bien” y subrayó una falta de ortografía. Laura nunca supo que aquel texto formaba parte de su culto.

También dibujaba mejor cuando pensaba en ella. O más bien dibujaba con mayor perseverancia, que no es exactamente lo mismo. Si nos pedían ilustrar una estación del año, una familia de mamíferos o una escena de tráfico responsable, yo coloreaba con una paciencia inhabitual, persuadido de que toda forma bien acabada emite, de algún modo, una vibración moral perceptible a distancia. Es uno de los malentendidos más generosos de la infancia creer que el esmero interior termina irradiando hacia fuera con claridad suficiente como para ser recompensado. Luego uno descubre que el mundo rara vez distingue entre la aplicación silenciosa y el simple gusto por perder el tiempo con rotuladores.

A mediados de curso ocurrió un episodio menor que yo elevé a la categoría de hito fundacional. Llovía, o eso quiero recordar, porque toda escena decisiva necesita una pequeña complicación atmosférica. Salíamos de clase y en el pasillo se formó ese embotellamiento viscoso de niños buscando chaquetas, madres, paraguas y autorizaciones. Laura estaba intentando cerrar la cremallera de su mochila, que se había atascado. Yo lo vi y sentí de inmediato el llamamiento de las grandes ocasiones. Me acerqué con un coraje que todavía admiro retrospectivamente —nada más heroico que un niño tímido atravesando tres metros de pasillo hacia su posible ridículo— y le dije:

—Espera, a ver.

Tomé la cremallera, tiré con más fuerza de la necesaria y, tras un instante de resistencia que me pareció un examen moral, cedió.

—Ya está.

—Gracias —dijo ella.
No sonrió de un modo especial ni me miró con un fulgor distinto al que se dedica a una ayuda funcional. Pero aquel gracias, a diferencia del de Clara, no me devastó. Me sostuvo. Había sido útil. El amor, pensé sin pensarlo, podía consistir también en eso: en intervenir sobre los mecanismos atascados del mundo inmediato. No solo venerar, no solo sufrir, sino abrir cremalleras.
Durante unas semanas viví de ese episodio con una renta emocional francamente excesiva. Me parecía que entre Laura y yo existía desde entonces una corriente leve, una familiaridad casi administrativa. Podía saludarla sin que la voz me saliera completamente ajena. Si me pedía la regla, yo se la prestaba con una calma estudiada, como corresponde a quienes ya han compartido una dificultad textil. Incluso empecé a sospechar que ella me tenía por alguien resolutivo, hipótesis extravagante si se considera que seguía necesitando ayuda para abrocharme a veces el babi de plástica.
La escuela, sin embargo, es una maquinaria demasiado ruidosa para dejar que una ficción privada se desarrolle sin interferencias. Pronto aparecieron los otros: niños con una espontaneidad brutal, niñas más desenvueltas, grupos enteros capaces de hablar y reír sin someter cada frase a una auditoría interior. Uno de mis compañeros, Sergio o Pablo o algún nombre de esa familia sonora, empujó un día a Laura jugando en el recreo; ella le devolvió el empujón entre risas; siguieron corriendo. Yo contemplé la escena con una mezcla de escándalo y revelación. Hasta entonces había asociado el afecto a la distancia reverente, al cuidado casi museístico. Descubría ahora que podía expresarse también en el alboroto, en la confianza corporal, en esa

manera desenvuelta de tocar y ser tocado sin convertir el gesto en una tesis sobre el destino.
No me gustó.
O mejor dicho: me descolocó profundamente. Había algo humillante en comprobar que el mundo de Laura no necesitaba de mi liturgia. Ella podía reír, correr, gritar y vivir sin la menor conciencia de la altitud simbólica que yo le asignaba. Mi papel, si es que tenía alguno, no era el de sacerdote de su misterio, sino apenas el de compañero de clase periférico con cierta habilidad para los atascos. A esa edad, semejante descubrimiento no conduce a la madurez, sino a un repliegue herido. Me volví más silencioso durante un tiempo, como si la realidad hubiese incurrido en una falta de estilo.
Por suerte para mi estabilidad mental, el calendario escolar ofrece diversiones y catástrofes que impiden perseverar demasiado en ningún drama. Llegó la preparación de Navidad, con sus copos de algodón pegados en cartulinas, sus villancicos cantados con violencia y esa combinación de euforia y cansancio que producen los festivales donde los niños son disfrazados según criterios que mezclan simbolismo cristiano y disponibilidad de grapas. A Laura le tocó leer unas líneas en una función. Yo no recuerdo las mías, si es que tuve, pero recuerdo perfectamente el modo en que ella sostuvo el papel: con ambas manos, a la altura del pecho, y una seriedad tan excesiva que resultaba casi adulta. Pronunció sus frases sin titubear. El salón de actos la aplaudió con la justicia dispersa que merecen todos los niños cuando no se caen del escenario. Yo, en cambio, sentí ese orgullo vicario que uno experimenta cuando alguien a quien ha investido en secreto confirma, sin saberlo, las expectativas del culto.
En enero, como suele ocurrir, la magnificencia de diciembre dejó paso a una tristeza fría y curricular. Los

abrigos pesaban, los recreos eran más cortos o más inhóspitos, y los adultos empezaban a pronunciar la palabra “evaluación” con una gravedad que no se correspondía del todo con nuestras capacidades de sépticos años. Fue por entonces cuando Laura faltó varios días seguidos. Gripe, dijeron. O anginas. Cualquier enfermedad infantil sirve para introducir en la clase una mezcla de alivio y vacío: alivio por el hueco misteriosamente liberado; vacío porque el ausente, al desaparecer, adquiere un relieve que no tenía en presencia.

Yo viví aquellas jornadas con una inquietud absurda y una satisfacción culpable. La echaba de menos, sí, pero además su ausencia me ofrecía la ocasión de echarla de menos con sistema. Miraba su silla, imaginaba su fiebre, le atribuía una palidez novelesca y me preguntaba si alguien le estaría pasando los deberes. Cuando volvió, más delgada o quizá simplemente más envuelta en bufandas, me encontré con la evidencia de que había sobrevivido sin necesidad de mis desvelos. La salud ajena suele ser una decepción para ciertas vocaciones melodramáticas.

Aun así, algo cambió después. No entre nosotros, si por nosotros se entiende una relación verificable, sino en mi manera de estar cerca. Empecé a hablarle un poco más, siempre dentro de los márgenes tolerables de la vida escolar: una pregunta por un ejercicio, una observación sobre la tarea, el intercambio de una tijera, un comentario sobre la fila de comedor. Nada memorable, salvo para mí, que regresaba a casa a repasar mentalmente cada diálogo con una minuciosidad de archivista imperial. Si ella había dicho “creo que es por detrás” al indicarme una página, yo analizaba el tono de ese creo como quien interpreta un

texto sagrado. La ambigüedad es el combustible favorito de las pasiones sin hechos.
Podría pensarse que todo esto conducía, si no a una declaración, al menos a una evidencia compartida. Pero la infancia tiene pocas catedrales y muchos pasillos. La mayor parte de lo que ocurre en ella no culmina: se interrumpe. Las semanas se llenaron de exámenes elementales, cumpleaños en parques de bolas, trabajos con legumbres pegadas, peleas por cromos y anuncios de excursiones. Laura siguió siendo el eje discreto de mi atención, pero ya no de un modo exclusivo ni sagrado. Había días en que me olvidaba de pensar en ella durante horas enteras, absorbido por asuntos tan absorbentes como una colección de dinosaurios, una injusticia en el fútbol o la posibilidad de que los Reyes Magos utilizasen la misma caligrafía que mi madre. Aquello, lejos de humillarme, me fue devolviendo a una salud rudimentaria. El corazón infantil, por suerte, no sabe ser consistente.
El final del curso se acercó con esa mezcla de desgaste y promesa que tienen todos los junios escolares. Los cuadernos adelgazan, las maestras pierden capacidad de amenaza, las ventanas permanecen abiertas y el verano empieza a infiltrarse en el aula como una amnistía. Fue entonces cuando tuve con Laura la conversación más larga de toda aquella época, aunque llamarla conversación sea conceder demasiado a unos hechos modestos. Estábamos recogiendo unas láminas o esperando turno para entregar algo. No había nadie muy cerca. Ella me preguntó si yo iba a quedarme en el comedor al año siguiente. Le dije que no sabía. Yo le pregunté si iría al campamento del colegio. Dijo que tampoco sabía, que quizá a casa de su abuela. Hubo un silencio. Después añadió que en verano se aburría un poco. Yo, deseando mostrar una afinidad profunda y no una

torpeza, contesté que a mí también me aburría, pero que a veces eso estaba bien.
Esa frase me pareció admirable en el acto. Sonaba reflexiva, casi literaria, como si yo hubiese descubierto una verdad secreta sobre el tiempo libre y la condición humana. Laura me miró un segundo y dijo:
—Pues a mí no.
Y se fue con sus láminas.
Durante el resto del día conviví con la sensación incómoda de haber fracasado en un examen cuyo temario ignoraba.
Mi observación sobre el aburrimiento, que yo había imaginado llena de matices melancólicos, resultaba ser simplemente falsa para ella, y quizá también un poco impostada para mí. Pero en aquel momento no supe extraer una lección razonable. Me limité a sentir la punzada seca del desajuste: no solo no había dicho algo brillante, sino que además había quedado situado, sin apelación posible, en el territorio ambiguo de los niños raros que opinan sobre conceptos en lugar de limitarse a jugar o a quejarse del calor. Laura, con aquella negativa breve y limpia, había desmontado en tres palabras toda una escenografía interior. El verano, al parecer, no era una categoría filosófica. Era una época para hacer cosas o para echarlas de menos.
Sin embargo, esa pequeña derrota tuvo un efecto discretamente benéfico. Durante los días siguientes dejé de pensar en ella como en una destinataria posible de mis mejores versiones verbales. La conversación del aburrimiento había demostrado que entre mi solemnidad y su sentido práctico mediaba una distancia considerable, quizá insalvable, quizá simplemente cómica. Y al retirarse la fantasía de una comprensión superior, quedó algo menos exaltado pero más verdadero: me gustaba estar cerca de ella, me alegraba oírla hablar, me importaba su presencia en

la distribución sentimental del aula. No era poco. Tal vez era, incluso, una forma más sensata del afecto.
A final de curso hubo reparto de carpetas, devolución de libros forrados con plástico arrugado y esa limpieza general de cajones donde aparecen medio lápices, pegamentos secos y trabajos que nadie recordaba haber hecho. La clase entera respiraba con impaciencia. El verano ya no era una promesa abstracta, sino una fuerza material que entraba por las ventanas abiertas y volvía inútiles los últimos esfuerzos pedagógicos. La maestra insistía en que no gritáramos, en que guardáramos bien las notas, en que no perdiéramos la autorización de no sé qué actividad final. Nosotros obedecíamos con la docilidad distraída de quienes saben que el orden adulto está a punto de disolverse por unas semanas.
En medio de ese desorden ceremonial, Laura y yo coincidimos varias veces de un modo casi estadístico: al recoger unas ceras, al esperar junto a la papelera, al salir al patio para un ensayo irrelevante. Nada extraordinario ocurrió. Y, sin embargo, recuerdo una ligereza nueva en mi manera de tratarla. Ya no necesitaba convertir cada intercambio en un indicio ni cada frase en un jeroglífico. Podía decirle “toma” al pasarle una cartulina o “creo que eso va en la otra mesa” sin sentir que me jugaba el porvenir del alma. Es posible que el amor infantil, cuando no se alimenta demasiado de sí mismo, derive a veces hacia una sencillez casi saludable.
El último día de clase llegó, como llegan siempre esas fechas decisivas, mezclando ceremonia y chapuza. Hubo firmas en las camisetas o en los estuches —según la economía simbólica de nuestro colegio—, intercambio de teléfonos que casi nadie usaría y promesas vaporosas de vernos en verano, formuladas con una convicción tan escasa que por eso mismo

resultaba conmovedora. Yo no tenía ningún plan real para acercarme a Laura en aquel clima de despedida general. Me limité a gravitar por las inmediaciones, esperando una ocasión que no exigiera demasiada invención.

La ocasión, por supuesto, fue mínima.

Ella estaba junto a la puerta con su mochila puesta, más grande de lo razonable para su cuerpo, hablando con otra niña. Yo pasé cerca, fingiendo una urgencia indeterminada, y en ese momento Laura se volvió, me vio y levantó la mano.

—Adiós.

No añadió mi nombre, no hizo ningún gesto singular, no dejó en la palabra ninguna carga secreta que la memoria honesta pueda reclamar. Fue un adiós correcto, amable, escolar. Pero yo respondí como si se me concediera una audiencia largamente esperada.

—Adiós.

Y eso fue todo.

No hubo verano epistolar, ni reencuentro novelesco en una piscina municipal, ni confesión precipitada antes de que el coche familiar arrancara. Laura salió por la puerta, bajó las escaleras o el pequeño tramo del patio —la arquitectura también se vuelve imprecisa cuando ya no puede sostener una emoción— y desapareció absorbida por su propia vida, que era la única vida a la que en realidad pertenecía. Yo me quedé unos minutos más en el aula o en sus alrededores, sintiendo esa mezcla de alivio, vacío y autocompasión moderada que acompaña a las clausuras menores.

Durante una parte del verano pensé todavía en ella. No con el fervor continuo de meses anteriores, sino a ráfagas: al abrir un cuaderno sobrante, al encontrar una goma parecida a la que me había prestado, al pasar cerca del colegio cerrado y experimentar esa melancolía preventiva que producen los edificios sin

niños. Imaginaba a Laura en casa de su abuela, si es que la abuela existía de verdad y no había sido una fórmula de conversación; la imaginaba aburrida o feliz, leyendo, bañándose, comiendo helados, viviendo escenas enteras de las que yo quedaba excluido con toda naturalidad. Ese fue quizá el aprendizaje más serio de aquel capítulo sentimental: comprender, de manera todavía muy rudimentaria, que la persona amada posee una continuidad propia, un mundo que no se organiza alrededor de nuestra mirada.

Cuando en septiembre regresé al colegio, la vi de nuevo, claro, y sentí un breve relámpago de reconocimiento, como quien encuentra en su sitio un monumento de una ciudad antigua. Pero algo se había desplazado. Seguía gustándome, sin duda; seguía teniendo esa presencia callada que concentraba mi atención; seguía yo registrando detalles con una fidelidad de archivero. Sin embargo, la intensidad había descendido a una zona más habitable. Laura dejaba de ser una musa en sentido estricto para convertirse en otra cosa menos imperial y más útil para la vida: una costumbre del corazón.

No sé qué fue de ella después, ni en qué momento exacto se desvaneció del primer plano de mi mitología personal. Tal vez bastó con que otro rostro ocupara el centro, o con que la edad empezara a pedir argumentos distintos al misterio y la cercanía. Así suelen extinguirse las devociones escolares: no mediante catástrofes, sino por sedimentación. Se quedan al fondo, mezcladas con el olor de las aulas, los cuadernos de espiral, las meriendas aplastadas en la mochila y el ruido de las sillas al final de la tarde.

De Laura no conservo ninguna reliquia material, salvo quizá algún trazo indirecto en mi manera de recordar aquellos años. Pero sospecho que le debo una enseñanza discreta y bastante duradera. Clara me

había mostrado la violencia inaugural del deslumbramiento; Laura, en cambio, me introdujo en su administración cotidiana. Gracias a ella entendí que una obsesión puede convivir con los deberes, con los dictados, con las divisiones y con la educación física; que el amor infantil no siempre adopta la forma del incendio, sino a menudo la de una iluminación lateral que mejora la letra, ordena los colores y convierte una cremallera abierta en una empresa moral.

Dicho de otro modo: Laura fue mi primera experiencia de esa forma civilizada del anhelo que luego iba a acompañarme tantos años. No el arrebato puro, sino la atención. No la tragedia, sino la observación minuciosa. No el deseo de poseer una historia, sino la inclinación a narrarla. Antes de que yo supiera nada sobre literatura, ya estaba ensayando con ella uno de sus mecanismos esenciales: tomar una emoción desproporcionada y obligarla a vivir dentro de escenas pequeñas, objetos vulgares, frases insignificantes. Convertir el temblor en inventario.

Supongo que por eso la recuerdo con una gratitud que no necesita reciprocidad ni desenlace. Algunas personas entran en nuestra vida para acompañarnos; otras, para revelarnos el tipo de atención con que miraremos a las siguientes. Laura, con su bufanda azul marino, su manera prudente de reír y su negativa tajante a considerar interesante el aburrimiento estival, perteneció a esa segunda categoría. Fue, en el orden modesto de la escuela primaria, mi primera musa verdaderamente práctica.

Y como todas las musas prácticas, no vino a inspirar una conquista, sino un método.

Capítulo 3: La novia oficial

El problema de los sentimientos en la infancia no es su falta de intensidad, sino su escasa capacidad administrativa. Uno puede experimentar una devoción perfectamente absoluta a las diez y media de la mañana y, media hora después, olvidar momentáneamente a su objeto de culto porque ha aparecido un sacapuntas con forma de coche o porque alguien ha traído al aula una caja de rotuladores de doble punta, privilegio tecnológico que en aquellos años equivalía a una forma menor de aristocracia. Yo seguía teniendo por Laura una inclinación constante, ya más domesticada que en el curso anterior, cuando surgió el episodio de mi primera novia oficial, que no vino a desmentir ese afecto, sino a complicarlo con una lógica nueva y ligeramente humillante: la lógica de la representación.

La palabra *novia*, en el ecosistema sentimental del colegio, no designaba todavía una relación, sino un nombramiento. Era menos un vínculo que un cargo. Ser novio de alguien no implicaba intimidad particular, ni conversaciones de sustancia, ni pacto alguno que hubiera sido examinado por las partes con un mínimo de rigor. Bastaba una combinación variable de rumores, empujones cómplices, consultas indirectas y asentimientos arrancados en condiciones de presión ambiental. El resultado era una forma embrionaria de estatuto público. A partir de cierto momento, dos niños quedaban inscritos por el grupo en una ficción sentimental de la que apenas eran autores, pero sí principales perjudicados.

No recuerdo el instante exacto en que empezó a circular mi nombre unido al de Inés, aunque sí conservo la impresión de que todo sucedió con una rapidez impropia de los asuntos importantes y una lentitud insoportable en su despliegue. Inés no estaba en el centro de mis fantasías. No ocupaba, ni de lejos,

esa jurisdicción silenciosa que Laura había administrado durante tanto tiempo. Pero era simpática, hablaba bastante, tenía una seguridad que yo confundía con madurez y, sobre todo, pertenecía a esa clase de niñas que parecían entender antes que los demás los reglamentos invisibles del aula: quién podía bromear con quién, qué maestra era severa de verdad y cuál solo de forma escénica, cuándo una moda nacía, cuándo moría y cuándo convenía fingir indiferencia para no quedar en evidencia.

Si Laura había sido para mí una forma de contemplación, Inés apareció bajo el signo de la visibilidad. Con ella no se trataba de sentir mejor, sino de ser visto de otro modo.

La operación comenzó, como tantas catástrofes escolares, en un corro. Había un grupo de niñas hablando con esa mezcla de cuchicheo y publicidad que constituye el verdadero boletín oficial de la primaria. Yo estaba cerca, aunque no lo bastante cerca como para parecer interesado sin defensa. En algún momento oí mi nombre, luego el de Inés, luego una serie de risitas cuyo sentido no era difícil interpretar. Uno aprende pronto que la risa colectiva raras veces anuncia una subvención o un reconocimiento académico. Me hice el distraído con aplicación excesiva: miré una pared, ajusté la cremallera del estuche, fingí buscar algo en una mochila cuyo contenido conocía perfectamente. Pero la realidad avanzaba hacia mí con la serenidad de los mecanismos irrevocables.

—Dicen que te gusta Inés —me soltó uno de los mediadores, un compañero especializado en transportar noticias que nadie le había pedido.

La frase venía formulada en plural, como suelen formularse las acusaciones escolares para aumentar su autoridad. *Dicen* era una institución. Contra *dicen* no

cabía recurso, porque nunca comparecía el sujeto concreto del enunciado. Podía ser todo el mundo o no ser nadie, y precisamente por eso resultaba eficaz. Yo, que para entonces había desarrollado una cierta pericia en la ocultación de mis verdaderos intereses, comprendí enseguida que negar con demasiado énfasis equivalía a confesar algo, aunque no necesariamente aquello de lo que se me acusaba.
—No —respondí, con esa brevedad que en los niños tímidos pretende ser firmeza y suele leerse como desconcierto.
—Sí —replicó él, no como quien aporta pruebas, sino como quien administra una verdad ya aceptada por la comunidad internacional.
Alrededor se produjo ese pequeño temblor de atención que precede a las decisiones absurdas. Inés estaba allí, a unos pasos, sonriendo con una mezcla de diversión y reserva. No parecía avergonzada. Tampoco exactamente complacida. Más bien aceptaba el espectáculo como quien reconoce una costumbre del entorno y decide no malgastarse en combatirla. Esa tranquilidad suya me impresionó. Yo me sentía sometido a una especie de proceso parlamentario sin haber presentado candidatura, mientras ella ocupaba su papel con una desenvoltura que me hizo suponerle una experiencia sentimental muy superior a la mía, aunque probablemente consistiera solo en no alarmarse.
—Pues ella dice que sí quiere.
Aquí conviene detenerse un momento en la dimensión jurídica del verbo *querer* en aquellos contextos. *Querer* no significaba amar, ni siquiera preferir de manera sostenida. Significaba aceptar la asignación de un vínculo imaginario. Era una disposición administrativa, casi un sello. Pero para mí, que seguía concediendo a las palabras una densidad inconveniente, aquella

fórmula tenía un peso excesivo. Que una niña *quisiera* ser mi novia me parecía al mismo tiempo una distinción inmerecida y un compromiso para el que no se me había formado.

No supe qué hacer. Mi educación sentimental hasta ese momento había consistido, fundamentalmente, en admirar en secreto y en fracasar en conversaciones sobre el aburrimiento. Nadie me había entrenado para la aceptación pública de un cargo afectivo. Negarme podía hacerme parecer cobarde o, peor aún, desdeñoso. Aceptar implicaba entrar en un territorio reglado por expectativas que desconocía casi por completo. Elegí, como en tantas otras ocasiones de la infancia, no exactamente una decisión, sino una rendición decorosa.

Me encogí de hombros.

Ese gesto bastó. Fue interpretado como consentimiento, refrendado por el entusiasmo ajeno y convertido en hecho consumado antes de que yo pudiera examinar sus consecuencias. En pocos minutos, sin ceremonia oficial pero con plena eficacia social, yo tenía novia.

La noticia se difundió por la clase con una velocidad que solo puede explicarse por la existencia de una infraestructura invisible de transmisión. Dos o tres niños me dieron palmadas de felicitación, como si acabara de obtener un ascenso. Uno me preguntó si ya la había besado, pregunta que me produjo una mezcla casi médica de estupor y rechazo, porque en mi imaginación de entonces el beso pertenecía todavía a un orden remoto, reservado a adultos irresponsables o a personajes de serie. Las niñas, por su parte, parecían oscilar entre el interés antropológico y la supervisión moral. Todo estaba ocurriendo en una escala ridícula y, sin embargo, para mí adquiría la seriedad opresiva de un cambio de régimen.

Lo más inquietante era que no sabía cuáles eran mis obligaciones.
Durante aquella mañana me sorprendí vigilando mis propios movimientos. Si hablaba con Inés, temía hacerlo de forma demasiado seca, impropia de un novio. Si no hablaba, me parecía incurrir en un abandono prematuro. Si me acercaba a otras niñas para cualquier asunto inocente, sospechaba que alguien podría leer en ello una deslealtad improcedente. Si me mantenía solo, corría el riesgo de parecer ofendido por mi propia fortuna. Nunca una ficción social tan poco sustancial había conseguido reorganizar con tanta eficacia mi conducta.
Inés, en cambio, parecía haberse adaptado de inmediato. Me habló en el recreo con naturalidad sorprendente. Me preguntó por un ejercicio, se rio de un comentario de otro compañero, me enseñó un dibujo que estaba haciendo en una libreta. No había en su actitud ninguna solemnidad romántica, y precisamente por eso yo no sabía dónde colocarme. Quise responder a la altura de las circunstancias, pero las circunstancias no ofrecían altura definida. Todo parecía igual que antes y, al mismo tiempo, todo estaba contaminado por la conciencia de una etiqueta nueva.
—Ahora eres el novio de Inés —me dijo un amigo durante el patio, no sin cierta admiración delegada.
La frase me produjo una leve escisión interior. *Era* el novio de Inés, sí, en el mismo sentido en que un alumno puede ser designado encargado de repartir folios o responsable de cerrar una ventana. Pero esa condición pública no coincidía del todo con mi geografía secreta. Al fondo de mí seguía existiendo Laura, no ya como una pasión tormentosa, pero sí como una fidelidad callada, una forma de atención que no había sido revocada por ninguna asamblea.

Descubrí entonces algo que luego la vida adulta se encargaría de confirmar con abundancia: los sentimientos reales y las relaciones reconocidas por el entorno no siempre se corresponden, y a veces ni siquiera se rozan.

Aquella tarde volví a casa con la noticia comprimida en el cuerpo, como si transportara un documento delicado. No tenía intención de comunicarla. En mi familia, el amor infantil no era exactamente un asunto prohibido, pero sí una materia de burla afectuosa, y yo detestaba ese tipo de exposición. Sin embargo, las madres poseen un radar específico para los cambios de expresión, y la mía detectó en seguida que algo anómalo ocurría.

—¿Qué te pasa?

La pregunta doméstica, formulada mientras yo merendaba con una gravedad impropia de un bocadillo de chocolate, me colocó ante una disyuntiva desagradable. Mentir del todo estaba fuera de mis competencias; decir la verdad me parecía entregarme al ridículo. Elegí una solución intermedia, que es la preferida de los niños que quieren proteger su intimidad sin faltar abiertamente a los hechos.

—Nada.

Ese *nada* llevaba dentro demasiadas cosas. Mi madre, que conocía bien la retórica de la ocultación infantil, me miró unos segundos con benigna sospecha, pero no insistió. Le estoy agradecido por ello. Hay silencios que solo pueden madurar si no se les da demasiada luz.

Durante los días siguientes ejercí de novio con la mezcla de aplicación y desconcierto de quien ha recibido un empleo para el que nadie le ha explicado las tareas. Inés y yo hablábamos algo más que antes, sobre todo porque el entorno parecía exigir cierta interacción visible que justificara el nombramiento. A veces compartíamos fila. A veces alguien nos

empujaba de manera ostensiblemente graciosa para acercarnos. A veces una compañera se acercaba a preguntarme, con tono de inspectora emocional, si de verdad la quería. Yo respondía con monosílabos o encogimientos de hombros, recursos expresivos que, por su ambigüedad, resultaban extraordinariamente útiles en aquel periodo.

No diré que no hubo en todo aquello una forma de vanidad. La hubo, y sería falso negarla. Ser elegido, incluso por procedimientos dudosos, tenía un efecto halagador. Uno sentía que había ascendido un peldaño en una jerarquía nebulosa cuyo criterio principal era dejar de parecer enteramente ajeno a la circulación del deseo. Por primera vez, yo no estaba solo en el territorio de los observadores; había sido convocado, aunque fuese de manera casi accidental, al teatro principal. Esa visibilidad me incomodaba, pero también me seducía. Quizá por eso no hice nada serio por desmontarla.

Laura, mientras tanto, permanecía en el aula como permanecen ciertos puntos cardinales: sin intervenir, pero organizando todavía la orientación del paisaje. No creo que mostrara interés alguno por mi nueva situación, lo cual me resultaba a la vez humillante y tranquilizador. En un rincón menos razonable de mi mente, había imaginado la posibilidad de que la noticia le produjera alguna perturbación secreta: un mínimo sobresalto, una vaga decepción, cualquier señal que demostrara que mi figura ocupaba también algún relieve en su mundo interior. Nada de eso ocurrió, naturalmente. Laura siguió siendo Laura: atenta a sus cosas, prudente en sus risas, ajena a los folletines que a mí me parecían decisivos.

Esa indiferencia tuvo un efecto corrector. Me obligó a aceptar que incluso mis episodios oficialmente sentimentales podían desarrollarse sin adquirir para ella

el menor espesor dramático. Era una lección útil. El universo no redistribuye sus astros cada vez que a uno le conceden una novia en el recreo.
Hubo, sin embargo, un momento en que los tres nombres -el suyo, el de Inés y el mío- coincidieron dentro de una misma escena, y por eso lo recuerdo con esa nitidez algo fraudulenta que la memoria reserva a los instantes donde cree detectar un símbolo. Fue en una actividad de plástica. La clase estaba dividida en mesas saturadas de tijeras romas, pegamento en barra y papeles de colores cuya viveza cromática contrastaba con la pobreza de los resultados. Yo estaba recortando mal una figura cuando Inés me pidió la regla. La tenía Laura. Tuve que pedírsela.
—Laura, ¿me pasas la regla?
Ella me la dio sin comentario, con esa economía de gesto que siempre le conocí. Pero Inés, al cogerla de mis manos, sonrió de un modo levemente teatral y dijo algo como:
—Gracias... novio.
No era una frase importante. Seguramente pretendía ser graciosa. Sin embargo, el efecto en mí fue devastadoramente complejo. Durante un segundo sentí que dos regiones incompatibles de mi vida escolar acababan de rozarse. La palabra *novio*, pronunciada delante de Laura, me sonó a uniforme mal ajustado, a papel asignado por una compañía de teatro de pueblo en la que yo había aceptado actuar sin saber bien el argumento. Quise mirar la reacción de Laura, pero no me atreví. Me concentré en la regla, en el papel, en cualquier superficie que me evitara la exposición. Aquella tarde entendí con especial claridad que mi relación con Inés no era falsa, pero sí periférica respecto a la novela principal que yo seguía escribiendo en silencio. La apreciaba, me caía bien, me

producía incluso un orgullo nervioso. Pero no despertaba en mí ese tipo de atención minuciosa que convierte una goma prestada en reliquia o una frase trivial en enigma. Inés pertenecía al orden social del sentimiento; Laura, todavía, a su orden literario.

La condición de novio oficial duró poco, como duran las instituciones que carecen de contenido bastante para sostenerse. No hubo ruptura, al menos no en el sentido dramático que yo había aprendido en las series o en las conversaciones magnificadas del patio. Simplemente, el dispositivo dejó de funcionar. Una semana, o dos, o quizá tres después -en la infancia las cronologías se licuan con facilidad-, el interés colectivo migró hacia otra pareja potencial, otro rumor, otra distribución de nombres que alimentara el pequeño periodismo sentimental del curso. Inés y yo seguimos hablándonos con cordialidad, pero sin necesidad ya de justificar ninguna ficción compartida. El cargo había caducado.

Recibí esa disolución con alivio y con una punta de melancolía narcisista. Me liberaba de obligaciones nebulosas, sí, pero también me devolvía a una posición menos visible. Descubrí entonces que la fama sentimental, incluso en su escala más ridícula, tiene algo de sustancia adictiva. Uno se queja de estar expuesto, pero nota enseguida cuando la luz se desplaza a otra parte. Ser ignorado de nuevo exige un reajuste del orgullo.

De Inés me quedó, sobre todo, una enseñanza sociológica. Ella me mostró que el amor, o lo que en ciertas edades se llama así, no solo se siente: también se declara, se negocia, se atribuye, se escenifica ante terceros. Hay una dimensión pública del afecto que no depende de su verdad interior y que, sin embargo, influye poderosamente en cómo lo vivimos. Fue una intuición temprana y nada desdeñable. Mucho antes de

saberlo formular, yo ya empezaba a comprender que las emociones humanas viajan siempre acompañadas de rumores, convenciones y pequeñas burocracias. Laura siguió allí, mientras tanto, ocupando sin estridencia su lugar menos oficial y más duradero. Si Inés había sido mi primera novia reconocida por la comunidad educativa informal, Laura continuaba siendo algo más difícil de clasificar y por eso mismo más persistente. No podía presentarla en ninguna asamblea, no había mediadores que certificaran su importancia, nadie me felicitaba por seguir mirándola de vez en cuando al levantar la cabeza del cuaderno. Pero precisamente esa falta de estatuto protegía la verdad particular de lo que sentía. Lo no nombrado resistía mejor.

Visto desde ahora, todo el episodio de la novia oficial tuvo algo de ensayo general para una vida posterior en la que tantas veces iba a confundirse el prestigio amoroso con el amor mismo, la visibilidad con la intimidad, la validación externa con el deseo real. En miniatura, el colegio ya contenía esa pedagogía. Nos enseñaba a posar antes de enseñarnos a comprender, a ocupar papeles antes de saber habitarlos. Y, sin embargo, también en esa torpeza había una forma inocente de aprendizaje. A fuerza de malentendidos, uno iba distinguiendo poco a poco entre lo que siente, lo que dice sentir y lo que los demás necesitan que sienta para ordenar el relato común.

Por eso no recuerdo a Inés con vergüenza, sino con una simpatía agradecida. Fue mi primera experiencia de esa clase de vínculo que existe sobre todo porque hay testigos. Y eso, en la infancia, no es poca cosa. Los testigos construyen realidades provisionales con una eficacia asombrosa. Hacen de dos nombres una pareja, de una mirada un indicio, de un encogimiento de hombros una promesa. Luego el tiempo retira el

decorado, los actores cambian de curso y todo vuelve a su escala verdadera. Pero algo queda: el conocimiento elemental de que también el corazón, incluso cuando todavía lleva babi o mochila, puede convertirse en asunto de protocolo.

Yo salí de aquella breve oficialidad un poco más confundido y un poco más instruido. Había tenido novia sin enamorarme del todo, había seguido enamorado sin dejar de aceptar otra historia, y había comprobado que la identidad sentimental de un niño puede ser administrada por el grupo con una soltura casi burocrática. No era una tragedia. Era, más bien, un curso acelerado de vida pública.

Y quizá por eso, cuando años más tarde empecé a desconfiar de los romances demasiado narrados, de las parejas que parecen existir sobre todo para ser percibidas, reconocí en esa sospecha un origen muy antiguo. Estaba allí, en aquel patio, en aquella regla pedida de una mesa a otra, en aquella palabra -*novio*— pronunciada con una ironía leve y suficiente para que yo entendiera, sin entenderlo aún del todo, que una cosa es querer y otra muy distinta figurar.

Inés me enseñó la segunda.

Laura, mientras tanto, seguía enseñándome la primera.

Capítulo 4: La mujer prohibida

Toda infancia que se precie organiza sus mitologías con materiales pobres: una palabra oída a medias, una puerta cerrada, un gesto adulto interpretado con el rigor arbitrario de quien todavía no entiende las reglas pero ya intuye su existencia. Después de Inés y de la modesta pedagogía pública de aquella novia oficial, mi educación sentimental dio un pequeño salto lateral,

menos práctico y mucho más novelesco. Descubrí la figura de la mujer prohibida.
No era una mujer en el sentido estricto, claro. Apenas unos años mayor que nosotros, quizá de un curso superior, quizá dos -en la memoria escolar esas diferencias adquieren proporciones casi geológicas-, pero suficiente para quedar situada en una categoría distinta, inaccesible, dotada de una autoridad vagamente escénica. Se llamaba Silvia.
No sé si fue su nombre lo primero que me atrajo o si el nombre vino después a coronar una impresión anterior. Silvia tenía algo que yo entonces no sabía nombrar y que ahora llamaría aplomo. No era la más guapa del colegio, al menos no según los criterios más ruidosos del patio, donde la belleza solía decidirse por consenso tosco, con la misma finura con que se elegía un portero o se condenaba una mochila. Pero poseía una forma de estar que convertía lo trivial en ligeramente inaccesible. Caminaba sin prisa, hablaba poco, y cuando hablaba parecía hacerlo desde una jurisdicción distinta de la nuestra, como si ya hubiera firmado un armisticio con la necesidad infantil de agradar.
La vi varias veces antes de que mi atención se fijara en ella de manera estable. A la salida, en el pasillo, una mañana junto a la verja azul del patio, otra en el comedor hablando con una amiga mientras sostenía el vaso de plástico con un descuido elegante que yo, por supuesto, no habría formulado así entonces. Lo que yo pensaba era algo más simple y más absoluto: esa niña no era como las demás.
Aquella diferencia bastó para activar el mecanismo.
Si Laura había sido una devoción privada y Inés una representación pública, Silvia apareció enseguida bajo la forma de la imposibilidad. No se trataba tanto de quererla como de aceptar que pertenecía a una zona vedada del mundo. Y precisamente por eso empezó a

fascinarme. Hay un momento en la infancia en que uno descubre que no todos los objetos del deseo están diseñados para ser alcanzados; algunos existen, más bien, para fundar una distancia. Silvia fundó la mía.
El carácter prohibido de aquella inclinación no procedía de una prohibición explícita. Nadie me dijo que no pudiera gustarme. Nadie habría tomado en serio siquiera la hipótesis. Pero el colegio estaba lleno de fronteras tácitas que se respetaban con una obediencia más eficaz que la de cualquier norma escrita. Los de primero no se mezclaban sentimentalmente con los de los cursos altos; las niñas con cierta aura no entraban en el radar legítimo de niños como yo; había jerarquías de edad, de desenvoltura, de prestigio, que uno absorbía sin necesidad de lección formal. El deseo, allí también, tenía clases sociales.
Silvia pertenecía a una superior.
Recuerdo con bastante precisión la escena en que su figura quedó consolidada en mi imaginación. Fue durante un ensayo para una función del colegio, una de esas celebraciones pedagógicas cuya ambición artística resultaba siempre inversamente proporcional al ruido que generaban. Habían mezclado a varios cursos en el salón de actos, de modo que por una vez el colegio dejaba de estar compartimentado y adquiría una escala confusa, casi cívica. Yo formaba parte de un coro lateral o de una recitación colectiva, algo poco lucido y muy expuesto. Estábamos esperando instrucciones cuando vi a Silvia cruzar el escenario con un papel en la mano.
No hacía nada extraordinario. Ni siquiera actuaba todavía. Caminó de un lado a otro, habló con una profesora, se apartó el pelo de la cara con una naturalidad que solo en las personas admiradas parece un gesto memorable. Pero el contexto lo alteró todo. Sobre aquel escenario, bajo aquella luz escolar que

favorecía tan poco a casi cualquiera, Silvia parecía ocupar un plano narrativo superior. Ya no era solo una alumna mayor. Era una aparición investida por la solemnidad cutre de los actos públicos.
Comprendí en el acto que me gustaba de una manera inútil.
La inutilidad, lejos de desalentarme, mejoró la experiencia. A mi edad, lo posible imponía demasiadas obligaciones: responder, exponerse, interpretar papeles, correr el riesgo de ser observado. Lo imposible, en cambio, ofrecía una comodidad exquisita. Permitía admirar sin programa, sufrir sin consecuencias, entregarse a una emoción desprovista de toda exigencia operativa. Con Laura todavía subsistía una fantasía vaga de reciprocidad remota; con Silvia, no. Y esa ausencia de horizonte volvía el sentimiento más puro, o al menos más literario.
Empecé a registrar sus apariciones con la dedicación discreta del espía que sabe que jamás podrá intervenir en la trama principal. Si la veía en el pasillo, el día mejoraba ligeramente. Si coincidíamos en el patio, aunque fuera a mucha distancia, yo experimentaba ese sobresalto específico de las presencias improbables. No intentaba acercarme. Ni se me ocurría. Hacer algo habría sido degradar la calidad abstracta del asunto. Me bastaba con saber que ella estaba allí, algunos metros más allá de mi mundo autorizado.
A veces preguntaba por ella de forma indirecta, fingiendo un interés casual que no engañaba a nadie, aunque tampoco creo que interesara tanto como yo suponía. Supe así que dibujaba bien, que una maestra la ponía siempre de ejemplo por la letra, que una vez la habían elegido para leer en voz alta en una misa del colegio y que tenía una hermana pequeña en un curso inferior. Estos datos, objetivamente mínimos, adquirían para mí el valor de un expediente confidencial. Toda

información sobre Silvia era recibida con la gravedad de un informe diplomático.
Lo decisivo ocurrió, sin embargo, cuando descubrí que no era solo inaccesible por mayor o por admirable, sino también por estar ya -según la rumorología disponible- vinculada a alguien.
Tenía novio.
La frase me llegó durante un recreo, dicha por un compañero que pronunciaba las novedades sentimentales del colegio con la autoridad fatigada de un cronista de sociedad. No recuerdo a propósito de qué salió su nombre, ni si fui yo quien lo mencionó de manera imprudente. Lo que sí recuerdo es el pequeño golpe interno que me produjo aquella información. No era dolor, exactamente, porque uno no puede perder lo que nunca ha considerado suyo ni remotamente disponible. Era más bien la consolidación ceremonial del impedimento. Silvia no solo me quedaba lejos: le pertenecía ya, en el lenguaje del patio, a otra historia.
Pregunté quién.
Me dieron un nombre de niño mayor, uno de esos alumnos que parecían haber nacido sabiendo apoyar el pie contra una pared y hablar con desinterés ofensivo. No sé si aquello era verdad. Es posible que fuera una ficción de las muchas que alimentan la economía simbólica de los colegios. Pero para mí bastó. A partir de ese momento, Silvia adquirió un relieve adicional, casi trágico. Era la mujer prohibida porque pertenecía a otro.
Digo mujer con toda la desproporción deliberada del recuerdo. En aquel tiempo, cualquier niña un poco mayor, un poco más dueña de sí, un poco más inscrita en el mundo de los secretos y las conversaciones laterales, accedía inmediatamente a una categoría casi adulta. Nosotros seguíamos siendo niños; ellas, ciertas ellas, empezaban ya a ser otra cosa. Habían cruzado

una frontera invisible que las volvía más interesantes y menos tratables.
Yo contemplaba esa frontera con reverencia.
Hubo un episodio mínimo, probablemente insignificante para cualquiera salvo para mí, que terminó de sellar el mito. Fue en la escalera interior del edificio principal. Yo subía detrás de otros compañeros cuando, al llegar a un rellano, Silvia bajaba acompañada de dos amigas. Tuvimos que apartarnos unos a otros para dejar paso. En ese pequeño caos de mochilas, barandillas y cuerpos torpes, ella me miró un instante y dijo:
—Perdón.
Nada más. Una palabra funcional, cortés, intercambiable. Pero pronunciada por la persona adecuada en la edad equivocada, una sílaba basta para organizar una semana entera. Yo seguí subiendo con la sensación de haber sido rozado por una forma superior de civilización. Me pidió perdón. A mí. No es que yo creyera que aquello revelase nada; ni siquiera entonces fui tan idiota. Pero sí me pareció la confirmación de que Silvia existía también en el plano sonoro, que no era solo una figura observada desde lejos, sino alguien cuya voz había entrado en contacto con mi biografía.
Durante días reconstruí mentalmente el episodio con un detalle absurdo. El tono, el gesto, la inclinación mínima de la cabeza, el modo en que una de sus amigas siguió bajando sin detenerse. La memoria amorosa, sobre todo en su fase larvaria, es una máquina de inflación. Convierte la calderilla de la realidad en lingotes imaginarios.
No sé si Laura advirtió en algún momento aquella nueva inclinación. Sospecho que no. Laura pertenecía a otra capa del sentimiento, más próxima y menos teatral, y quizá precisamente por eso seguía

afectándome de una manera más constante. Silvia no vino a sustituirla. Sería inexacto describirlo así. Lo que hizo fue abrir un segundo registro en mi vida interior: el de la admiración por quien encarna no ya una promesa afectiva, sino una forma anticipada del mundo adulto. Laura era la intimidad soñada; Silvia, la distancia prestigiosa.

La diferencia importaba.

Porque con Laura imaginaba escenas: conversaciones mejores, coincidencias significativas, algún gesto revelador que corrigiera el reparto injusto de la atención en el aula. Con Silvia no imaginaba casi nada concreto. O, si lo hacía, eran escenas puramente ceremoniales: cruzarnos en un pasillo, que supiera mi nombre, prestarle yo un lápiz en circunstancias improbables, recibir una sonrisa algo menos neutra que las demás. El deseo, en su versión prohibida, se alimenta de migajas simbólicas y prospera precisamente porque no necesita pan verdadero.

Aquel sentimiento encontró un aliado inesperado en la moral difusa de ciertas compañeras. Había niñas que administraban con notable energía los límites del decoro sentimental colectivo. Eran pequeñas funcionarias del orden afectivo, atentas a quién podía gustar de quién, qué edades resultaban compatibles, qué conductas rozaban el ridículo. Una vez, no sé ya cómo, alguien insinuó en mi presencia que cierta niña pequeña decía que le gustaba un chico mayor, y la reacción general fue de escándalo jocoso.

—Eso no se puede —sentenció una compañera con esa rotundidad con que los niños legislan sobre lo que no entienden.

La frase se me quedó dentro por asociación inmediata. Eso no se puede. Nadie hablaba de Silvia ni de mí, desde luego; habría sido demasiado extravagante. Pero yo adopté aquella norma general y la apliqué a mi

caso secreto con una mezcla de resignación y orgullo. Me gustaba algo que no se podía. Por primera vez, mi sentimiento llevaba incorporada una conciencia de impropiedad.

Y la impropiedad embellecía.

No hay nada como una mínima prohibición para que la imaginación trabaje con mayor celo. Empecé a notar hasta qué punto el colegio mismo parecía diseñado para producir estas liturgias de la distancia: las filas separadas, los horarios distintos, los espacios a los que unos tenían acceso y otros no, los ensayos, las competiciones, las funciones, todo ese sistema de cercanías intermitentes que permite ver sin tocar y admirar sin conocer. Una institución escolar es, entre otras cosas, una fábrica de amores sin interlocución. Silvia fue el mío.

Si hubiera tenido entonces más desenvoltura o menos sentido del ridículo, quizá habría intentado al menos averiguar si aquello de su novio era cierto, o propiciar algún encuentro menos azaroso, o escribir su nombre en la esquina de un cuaderno con la dedicación clandestina de otros compañeros. Pero yo era demasiado prudente para actuar y demasiado imaginativo para olvidar. Elegí la forma de sufrimiento más compatible con mi carácter: la contemplación organizada.

La contemplación, bien administrada, genera hábitos. Yo sabía aproximadamente por qué zonas del patio podía verla al salir del comedor. Sabía a qué hora coincidían ciertos cursos en la escalera. Sabía distinguir a sus amigas, reconocer su mochila, anticipar desde lejos su manera de caminar. No se trataba de una persecución activa, ni mucho menos; era una cartografía sentimental de baja intensidad, un arte menor de la orientación. Quien quiere en secreto desarrolla una geografía privada del espacio público.

En esa geografía, cada aparición de Silvia funcionaba como una pequeña condecoración.
Una vez la vi reírse de verdad. No de esa risa educada con la que se responde a una compañera, ni de la sonrisa breve y administrativa que acompaña una interacción sin importancia, sino reírse con abandono, echando un poco la cabeza hacia atrás. Ocurrió al otro lado del patio, de modo que no oí la causa ni el contenido de la escena. Pero me impresionó como si asistiera a una intimidad indebida. La alegría de las personas admiradas siempre parece, desde fuera, ligeramente excluyente: prueba que su mundo existe con plenitud sin necesidad alguna de uno.
Aquello me entristeció un poco y me gustó mucho. Empiezo a sospechar que buena parte de la educación sentimental consiste precisamente en ese aprendizaje ambiguo: acostumbrarse a que lo más deseable no solo no nos pertenezca, sino que ni siquiera nos necesite para realizarse. En la infancia, esa lección llega amortiguada por el juego; más tarde adquiere formas bastante más costosas. Pero el mecanismo ya estaba allí.
También hubo un momento de humillación preventiva, de esos que uno padece sin que nadie haya hecho nada. En el patio, un compañero mayor se acercó a un grupo donde yo estaba y mencionó a Silvia de pasada, quizá porque la conocía o porque quería impresionar a alguien. Al oír su nombre, yo noté una atención excesiva en mi propio cuerpo, como si temiera que todo el mundo pudiera leer en mi cara una preferencia que ni yo mismo había declarado. Me apresuré a fingir indiferencia, con el resultado habitual: la indiferencia fingida siempre tiene algo de maniobra aparatosa. Nadie reparó, por supuesto. Pero yo viví aquellos segundos como si hubiera evitado un escándalo.

Ese es uno de los rasgos más cómicos y más serios del deseo infantil: su capacidad para producir catástrofes invisibles.
La historia con Silvia no tuvo episodio culminante, y eso quizá la define mejor que cualquier otra cosa. No hubo conversación sustancial, revelación, rumor decisivo ni desenlace. Hubo presencia, distancia, un puñado de señales casuales y la construcción tenaz de una figura que debía mucho más a mi necesidad de fabular que a ninguna interacción real. En ese sentido, Silvia fue menos una persona concreta que una función narrativa: me enseñó el encanto severo de lo inalcanzable.
No conviene subestimar esa enseñanza.
Porque a partir de entonces empecé a reconocer, todavía sin palabras, que el deseo no se dirige siempre hacia lo que podría hacernos felices. A veces prefiere lo que nos organiza interiormente, lo que nos obliga a mirar hacia arriba, lo que mantiene viva cierta tensión entre la vida que llevamos y la que imaginamos. Silvia no me ofrecía futuro alguno, ni siquiera microscópico. Me ofrecía elevación. Y para un niño bastante inclinado ya a embellecer sus propias dificultades, eso resultaba más que suficiente.
Laura seguía presente, claro. Persistía como persisten las lealtades verdaderas: sin estrépito, sin grandes novedades, con esa tenacidad de fondo que resiste incluso las distracciones más aparatosas. Si Silvia representaba la fascinación de lo vedado, Laura conservaba algo más íntimo y más habitable. Creo que fue entonces cuando empecé, muy confusamente, a distinguir entre los afectos que sirven para vivir y los que sirven para imaginar. No son incompatibles, pero rara vez ocupan el mismo lugar.
Silvia pertenecía a los segundos.

El tiempo escolar, que es especialista en convertir lo intenso en pasajero sin necesidad de resolverlo, hizo lo demás. Llegó el cambio de trimestre, variaron los ensayos, cada curso volvió a sus compartimentos habituales y la frecuencia de mis avistamientos disminuyó. Cuando la presencia escasea, la imaginación puede reaccionar de dos maneras: intensificándose o fatigándose. En mi caso hizo ambas cosas, por ese orden. Durante unas semanas, la rareza de verla aumentó su valor. Después, poco a poco, el mecanismo empezó a perder voltaje. La prohibición sigue siendo poderosa, pero necesita combustible; si la realidad retira del todo sus apariciones, hasta la devoción más disciplinada acaba dedicándose a otra cosa.

No recuerdo el momento en que Silvia dejó de importarme. Eso también es significativo. Los grandes amores imposibles de la infancia no suelen terminar: se evaporan. Un día uno descubre que ha pasado una semana sin pensar en ellos, luego un mes, luego un curso. No ha ocurrido nada. Simplemente la imaginación ha desmontado el altar para construir otro en otra parte.

Sin embargo, Silvia no desapareció del todo. Quedó como quedan ciertas figuras inaugurales que no cambian nuestra vida, pero sí nuestra sintaxis interior. Gracias a ella entendí que existe un placer específico en admirar desde lejos, en querer sin proyecto, en aceptar que algunas personas nos atraen precisamente porque quedan fuera de nuestra jurisdicción. Es un aprendizaje delicado y algo peligroso: puede refinarnos el gusto o condenarnos a confundir siempre la distancia con el valor. Por fortuna, en la infancia solo deja una marca leve, una inclinación del alma que todavía está a tiempo de corregirse.

Visto desde ahora, la mujer prohibida de aquel colegio no fue tanto Silvia como la idea misma de que el deseo necesita límites para adquirir relieve. Hasta entonces yo había sufrido sobre todo por falta de correspondencia o por exceso de exposición; con ella sufrí, de manera mucho más elegante, por incompatibilidad de mundos. Era un progreso estético, si no emocional.
Y quizá por eso la recuerdo con una gratitud casi teórica. No me dio nada, no me prometió nada, ni siquiera supo probablemente que existí como otra cosa que un niño más en una escalera. Pero me enseñó a reconocer el magnetismo social de ciertas figuras, la potencia imaginativa de lo inaccesible y la facilidad con que atribuimos profundidad a aquello que apenas conocemos. Fue una lección útil. Más tarde la vida se encargaría de mostrarme cuántas veces llamamos misterio a nuestra propia ignorancia.
Con Laura aprendía a sentir.
Con Inés había aprendido a figurar.
Con Silvia empecé a aprender a proyectar.
Y las tres cosas, aunque entonces yo no pudiera saberlo, iban a mezclarse durante años con una eficacia bastante superior a la deseable.

Capítulo 5: La artista triste

Toda educación sentimental necesita, tarde o temprano, descubrir que no basta con admirar la distancia: también existe el hechizo de la fragilidad. Después de Laura, que pertenecía al orden de la cercanía ideal; de Inés, que me enseñó el teatro social del afecto; y de Silvia, que elevó lo inaccesible a categoría estética, apareció una figura nueva, menos solemne y más peligrosa. No porque hiciera nada

extraordinario, sino porque parecía llevar dentro una tristeza visible. Y la tristeza, cuando uno es niño y todavía confunde profundidad con melancolía, posee un prestigio irresistible.

Se llamaba Beatriz.

No era la más guapa, ni la más popular, ni siquiera la más llamativa en el sentido convencional del colegio, donde llamar la atención solía depender de factores bastante elementales: correr mucho, hablar alto, tener material escolar codiciado o provocar alguna infracción memorable. Beatriz destacaba de otra manera. Dibujaba. Esa era, al menos, su primera forma de prestigio. Había cuadernos que pasaban de mano en mano solo para que otros vieran cómo convertía una esquina vacía en una cara, un animal, una flor minuciosa o una especie de castillo imposible. Tenía una letra irregular, no especialmente bonita, pero cuando trazaba una figura parecía entrar en una jurisdicción distinta, como si en vez de hacer los deberes estuviera corrigiendo discretamente la pobreza visual del mundo.

Yo no sabía entonces casi nada sobre el arte, desde luego, pero sí entendía el magnetismo de quien sabe hacer algo que los demás no. El talento, incluso en sus versiones escolares y todavía embrionarias, produce una mezcla muy eficaz de admiración y desconcierto. Uno perdona enseguida muchas rarezas a quien posee un don visible. Y Beatriz, además del dibujo, tenía rarezas.

La primera era el silencio.

No un silencio completo, porque eso habría sido demasiado llamativo incluso para una niña de colegio, sino un modo de hablar que parecía reservar siempre una parte de sí. Contestaba cuando le preguntaban, sonreía a veces, mantenía amistad con dos o tres compañeras fijas, pero daba la impresión de no

entregarse del todo nunca a la corriente del grupo. Mientras las demás discutían con pasión sobre cromos, meriendas, castigos o alianzas sentimentales de recreo, ella podía quedarse trazando algo en una hoja o mirando por la ventana con una concentración que, en un niño, ya parece tristeza aunque quizá solo sea atención.

Yo decidí, por supuesto, que estaba triste.

No lo decidí en voz alta ni de forma consciente. Fue una de esas interpretaciones instantáneas con las que la infancia organiza sus personajes. Hay niños listos, niños brutos, niños graciosos, niñas mandonas, niñas oficiales, figuras prohibidas, héroes deportivos y, de pronto, alguien que queda asignado al papel de criatura melancólica. A Beatriz le correspondió ese papel en mi imaginación con una facilidad casi ofensiva. Bastaba que estuviera callada para que yo le supusiera una vida interior vasta y dolorosa. Bastaba que apartara un poco el rostro para que le atribuyera una pena secreta. La imaginación afectiva, cuando empieza, no observa: redacta.

Creo que la primera vez que reparé de verdad en ella fue durante una clase particularmente larga, quizá de sociales, quizá de lengua, una de esas horas en que el colegio se volvía una sustancia espesa y el tiempo parecía administrado por funcionarios enemigos de toda alegría. La profesora explicó algo en la pizarra mientras nosotros copiábamos con obediencia variable. En algún momento levanté la vista y vi que Beatriz no estaba escribiendo. Había llenado el margen del cuaderno con una serie de ojos.

No eran ojos infantiles, si es que tal cosa existe, sino ojos con pestañas largas, pupilas oscuras, una especie de gravedad exagerada. Todos miraban en direcciones distintas. Yo me quedé contemplándolos desde mi mesa con la impresión de estar asistiendo a una

actividad clandestina y superior. Mientras los demás cumplíamos con la tarea visible, Beatriz fabricaba otra realidad en los bordes. Aquello me pareció no solo admirable, sino moralmente significativo. Quien dibujaba así no podía ser una persona enteramente feliz. La felicidad, sospechaba yo ya entonces, rara vez se entretiene en los márgenes.

Desde ese día empecé a mirarla con una atención especial.

No era una atención parecida a la que había sentido por Silvia. En Silvia todo se organizaba alrededor de la distancia jerárquica: era mayor, más lejana, más investida por una especie de prestigio vertical. Beatriz, en cambio, pertenecía a mi escala. Estaba dentro del mundo posible, o al menos no completamente fuera de él. Eso cambiaba mucho las cosas. La imposibilidad absoluta ofrece comodidad; la proximidad enigmática exige fantasía aplicada. Con Beatriz podía imaginar no solo que existía, sino que en teoría podía hablar conmigo, enseñarme un dibujo, prestarme un color, decir algo que me revelara una intimidad singular. Era una figura menos solemne y mucho más narrativa.

Su tristeza, o lo que yo llamaba así, se volvió el centro de todo.

Había días en que llegaba al aula con el pelo algo desordenado y la cara de haber dormido mal, aunque probablemente eso significara tan solo que había dormido como dormimos todos a esa edad: de forma caprichosa y sin drama. Otras veces se quedaba unos segundos sola antes de salir al patio, guardando las cosas con una lentitud que yo interpretaba como abatimiento. Si una profesora la reprendía por distraerse, yo sentía hacia ella una solidaridad inmediata y un poco vanidosa, como si comprendiera algo de su condición que los demás no alcanzaban a ver. Es extraordinario hasta qué punto puede inflarse el

sentimiento protector de un niño sin que exista la menor evidencia de que nadie necesite protección. Yo quería salvarla de una pena que probablemente había inventado yo mismo.
Esa fue la novedad. Con Laura deseaba ser visto. Con Silvia me conformaba con mirar. Con Beatriz apareció por primera vez la tentación de consolar. Es un impulso muy precoz y bastante ambiguo: mezcla ternura, fantasía de importancia personal y esa voluntad de ser necesario que luego complica tantas biografías adultas. Me gustaba pensar que, si alguna vez ocurría algo propicio, yo podría decirle una frase exacta, hacerle un favor mínimo pero decisivo, demostrarle que alguien advertía su singularidad silenciosa. No tenía ni la ocasión ni las palabras ni el valor. Pero ya poseía el esquema íntimo: la tristeza ajena como invitación a la relevancia propia.
A veces la veía dibujar en los recreos.
No siempre. También jugaba, también hablaba, también se reía. Eso debería haber bastado para corregir mi teoría, pero la imaginación enamorada es famosa por su resistencia a los hechos. Si Beatriz reía, yo pensaba que reía para los demás. Si corría, concluía que corría sin entusiasmo. Si se entretenía con sus amigas, me decía que nadie conoce del todo la pena secreta de una persona. A esa edad todavía no había leído novelas suficientemente serias como para aprender esas trampas del alma, de modo que tuve que inventármelas por mi cuenta con notable eficacia.
Hubo un día en que una maestra elogió uno de sus dibujos delante de todos. Era una lámina para plástica, algo con árboles y una casa bajo la lluvia. Lo recuerdo porque la profesora levantó el papel con ese entusiasmo escolar que pretende repartir estímulos y solo consigue establecer castas momentáneas. Varias niñas se acercaron a mirar mejor. Yo también quise,

pero desde la distancia. La casa era pequeña, casi mínima, y alrededor caía una lluvia hecha con líneas finísimas, insistentes. Lo importante no era que estuviera bien dibujada, que lo estaba, sino el efecto moral que produjo en mí. Esa niña dibujaba lluvia. Lluvia voluntaria. A partir de ahí, ¿cómo no atribuirle una melancolía sustancial?

Ahora me parece cómico; entonces me pareció una prueba.

También descubrí pronto que tenía fama de sensible. La palabra circulaba entre profesoras y compañeras con esa ambiguedad que siempre la acompaña. Ser sensible podía significar muchas cosas: llorar con facilidad, enfadarse si tocaban tus cosas, escribir composiciones demasiado largas, no soportar bien una corrección, dibujar mejor de la media o quedarse aparte cuando el ruido se volvía insoportable. En el caso de Beatriz, supongo que era una mezcla de varias. Para mí, naturalmente, equivalía a una confirmación casi clínica. No estaba triste por accidente: pertenecía a la clase de personas tristes. Cómo nos gusta, al principio de la vida, clasificar a las personas según la utilidad poética que pueden prestarnos.

Recuerdo un episodio pequeño que alimentó mucho aquella impresión. Fue en plástica. Nos habían pedido recortar unas figuras bastante feas en cartulina y pegarlas en una composición destinada probablemente a decorar un pasillo durante una semana y desaparecer después en nombre de la higiene institucional. Yo estaba peleándome con la tijera cuando vi que Beatriz se había manchado el dibujo con una gota de pegamento o de agua sucia, no sé cuál de las dos cosas. Se quedó mirando el desperfecto con una expresión de desconsuelo tan seria que parecía asistir al hundimiento de una catedral. Una compañera le dijo

que no pasaba nada, que podía repetirlo. Ella negó con la cabeza.
Ese gesto me impresionó profundamente.
No por la mancha en sí, sino por la dignidad del disgusto. Me pareció que sufría como solo sufren los verdaderos artistas: no por perder puntos, no por miedo a la regañina, sino por la ofensa objetiva hecha a una forma que había imaginado mejor. Desde luego, es muy posible que solo le molestara tener que empezar de nuevo. Pero yo ya había decidido que en ella todo obedecía a razones nobles y sombrías. La vi romper la hoja con una delicadeza rabiosa, sin escándalo, y tirarla a la papelera. Aquello bastó para que mi imaginación le concediera un alma de museo.
Empecé a buscar señales de reciprocidad, aunque fueran de la especie más microscópica.
Con Silvia eso no tenía sentido; con Beatriz sí. Si coincidíamos al recoger los abrigos, yo tomaba nota. Si me pedía una goma, el día adquiría espesor. Si una profesora nos colocaba relativamente cerca en alguna actividad, yo interpretaba la proximidad como un avance argumental. Creo que en una ocasión me preguntó qué color estaba usando para el cielo en una lámina. Azul, dije, con la inutilidad informativa propia del pánico. Ella asintió y siguió a lo suyo. Yo me quedé varios minutos sintiendo la mezcla exacta de triunfo y humillación que produce haber participado mínimamente en la biografía de alguien que nos importa más de la cuenta.
Su voz era más normal de lo que yo esperaba.
Esto, lejos de decepcionarme, me intrigó. Uno siempre cree que las personas especialmente admiradas deberían poseer una voz coherente con el personaje que les atribuimos: grave si parecen hondas, musical si parecen graciosas, segura si parecen inaccesibles. La voz de Beatriz no tenía nada particularmente

dramático. Era una voz de niña, algo baja, algo distraída. Ese contraste me gustó incluso más, porque me permitía pensar que lo esencial de ella estaba precisamente escondido, no en la superficie de la conducta sino en una capa interior a la que casi nadie accedía. Dicho de otro modo: cualquier desmentido de mi ficción era rápidamente reciclado a favor de la propia ficción.

No hay lector más entusiasta que el que escribe al mismo tiempo el libro que cree estar leyendo.

Un rumor vino a complicar la historia. Al parecer, a Beatriz le gustaba un niño de otra clase. No uno mayor ni particularmente famoso, sino un chico de esos que parecen flotar por la vida escolar sin gran mérito visible y a quienes, sin embargo, la fortuna sentimental favorece de manera incomprensible. Supe la noticia por una cadena de comentarios en voz baja durante un cambio de aula. El nombre del niño me produjo una irritación desproporcionada. No porque lo considerara rival serio -ni siquiera en mi fantasía yo ocupaba un lugar tan definido-, sino porque introducía un elemento de prosa en un asunto que yo había preferido mantener en clave estética. Si a Beatriz le gustaba alguien concreto, quizá su tristeza no era metafísica. Quizá era simplemente una niña con preferencias. Eso me pareció, de una manera muy injusta, una reducción del personaje.

Tardé poco en corregirme: si sufría por otro, entonces era todavía más artista.

Así funciona cierta lógica del enamorado menor de edad: todo puede integrarse en el sistema si se administra con convicción suficiente. La posibilidad de que Beatriz quisiera a alguien reforzó mi idea de que habitaba un drama reservado, una novela interior de intensidad superior a la media del colegio. Empecé incluso a observarla con mayor atención cuando ese

niño estaba cerca, intentando detectar variaciones en su expresión que confirmaran la tesis. Si hablaba menos, era evidente. Si parecía distraída, también. Si no ocurría nada visible, concluía que se dominaba admirablemente. Mi interpretación era invencible porque estaba blindada contra la realidad.

Y sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió con Silvia, aquí sí hubo un instante concreto, mínimo pero suficiente, que elevó la historia de categoría.

Fue durante una actividad absurda de trabajo en parejas. Nos hicieron mover las mesas, repartir unas fichas y colaborar en algo sin interés cuyos detalles han sido justamente borrados por la memoria. Lo importante es que, por un azar administrativo, Beatriz y yo acabamos trabajando juntos unos minutos mientras su compañera iba a buscar material y el niño que solía sentarse conmigo estaba ocupado discutiendo no sé qué con la profesora. Nos quedamos a solas sobre la misma ficha.

No recuerdo quién habló primero. Probablemente ella, porque en esas situaciones mi contribución espontánea tendía al mutismo ornamental. Señaló uno de los dibujos del ejercicio y dijo que estaba mal hecho, o que parecía raro, o que la mano tenía demasiados dedos. Sonreí. Ella cogió el lápiz y, en el margen, corrigió la figura con tres trazos veloces. Donde antes había un monigote torpe apareció algo proporcionado, casi elegante. Luego me miró como esperando una reacción razonable.

—Ahora está mejor —dijo.

Yo asentí con una seriedad ridícula, como si acabáramos de intervenir juntos en la restauración de un fresco renacentista.

Aquellos minutos bastaron para producir un desplazamiento importante. Beatriz dejó de ser solo un objeto de contemplación triste y pasó a convertirse,

por un instante, en cómplice. Habíamos compartido una pequeña tarea, una corrección, un juicio estético sobre la pobreza del material escolar. Nada relevante, nada que desde fuera merezca memoria. Pero la intimidad infantil se funda con recursos extremadamente modestos. A veces no necesita más que un lápiz prestado a tiempo o un desprecio común hacia un dibujo mal hecho.

Salí de aquella clase con una felicidad muy tranquila. No la exaltación teatral que producen las presencias imposibles ni el sobresalto casi físico de ciertas proximidades inesperadas, sino algo más habitable: la impresión de que quizá la distancia no era absoluta. Beatriz seguía siendo singular, silenciosa y artísticamente investida por mi imaginación, pero ahora además me había hablado sin solemnidad, había corregido un dibujo delante de mí, había compartido una mínima alianza contra la fealdad. Eso tenía una densidad nueva. Durante algunos días llegué a creer que, si el azar colaboraba, podía formarse entre nosotros una relación compuesta de conversaciones breves, observaciones sobre láminas y algún reconocimiento mutuo de la insuficiencia general del entorno.

La esperanza, cuando aparece, vulgariza un poco las grandes idealizaciones, pero también las vuelve más vivas.

Quizá por eso el desencanto posterior resultó más útil. No ocurrió nada dramático. No había materia para el drama. Lo que hubo fue una lenta comprobación de que Beatriz era, en efecto, una niña más compleja que muchas otras, pero no por las razones que yo había imaginado. Tenía días buenos y malos, sí; dibujaba muy bien, sí; a veces parecía callada, sí. Pero también podía ser brusca, distraída hasta la descortesía, caprichosa con sus amigas, perfectamente banal en ciertas

conversaciones y capaz de reírse con entusiasmo de chistes bastante idiotas. La tristeza que yo había elevado a rasgo esencial era solo una posibilidad entre varias, no la clave maestra de su ser. Había confundido una atmósfera con una identidad.

La revelación no me decepcionó del todo, aunque sí me desorientó.

Porque empezaba a enseñarme algo incómodo: que admirar a alguien por su presunta herida puede ser otra forma de narcisismo. Yo no quería exactamente a Beatriz; quería ser el lector privilegiado de una profundidad que quizá ella no había solicitado exhibir. Su silencio me ofrecía un lienzo y yo había pintado encima una novela entera. Descubrir que la dueña del silencio también podía ser frívola, impaciente o simplemente normal me obligó a rebajar la ambición del mito.

Aun así, la figura resistió un tiempo.

Resistió porque la imaginación, cuando ha invertido bastante en una persona, no acepta la pérdida de capital sin luchar un poco. Seguía fijándome en sus dibujos, seguía notando su ausencia si faltaba a clase, seguía experimentando una ligera emoción cuando la veía abstraída junto a la ventana o inclinada sobre una hoja con ese recogimiento que tanto me impresionaba. Pero algo había cambiado: ya no sentía que contemplara una tristeza esencial, sino un estilo. Y un estilo, aunque menos sagrado, sigue siendo una fuerza muy seria en la educación sentimental.

Entendí entonces que hay personas a las que no amamos por lo que son, ni siquiera por lo que creemos que son, sino por la forma en que ordenan nuestra percepción del mundo. Beatriz había vuelto deseables ciertas cosas: los márgenes dibujados, la concentración silenciosa, la lluvia en los papeles, el descontento digno ante una mancha, la idea de que la

sensibilidad confiere rango. Gracias a ella empecé a sospechar que no solo nos atraen las personas, sino también las estéticas vitales que parecen encarnar. Luego la vida complica mucho esta intuición, porque a menudo descubrimos demasiado tarde que una estética no equivale a un carácter y que la melancolía visible puede convivir perfectamente con una personalidad insoportable. Pero en aquel momento la lección todavía conservaba su encanto.

Hubo una escena final, si es que cabe llamar final a algo tan poco resuelto.

En un concurso de dibujo o una exposición interna -el colegio organizaba esas solemnidades menores con admirable fe burocrática-, colgaron varios trabajos en el pasillo principal. Uno de ellos era de Beatriz. No recuerdo el tema, quizá el otoño, quizá una ciudad, quizá una familia de paraguas bajo un cielo de acuarela; lo que sí recuerdo es que me quedé mirándolo más tiempo del necesario mientras los demás pasaban. Ella apareció al fondo con dos compañeras y, al acercarse, vio que yo estaba delante de su dibujo.

Por un segundo temí tener que decir algo inteligente. No hizo falta. Beatriz se limitó a mirar también el papel y comentó, casi para sí:

—Lo hice deprisa.

No sonaba orgullosa ni modesta, solo ligeramente insatisfecha. Esa frase me gustó más que cualquier elogio habría podido gustarme, porque confirmaba la existencia de un tribunal interior ante el que ella seguía compareciendo incluso cuando los demás ya admiraban el resultado. Yo murmuré alguna tontería aprobatoria. Ella se encogió de hombros y siguió andando con sus amigas.

Me quedé allí con una conclusión que tardaría años en formular: algunas personas nos atraen porque parecen

vivir en desacuerdo elegante con lo que el mundo les concede.
La historia con Beatriz tampoco tuvo desenlace. No hubo confesión, ni gran amistad, ni correspondencia secreta, ni malentendido memorable. Hubo algunas frases, varios dibujos, una colaboración mínima y el desmoronamiento parcial de una fantasía que, sin embargo, dejó sedimento. Con ella aprendí algo distinto de lo que había aprendido con las otras. Laura me enseñaba la perseverancia íntima; Inés, la escena social; Silvia, la nobleza imaginaria de la distancia. Beatriz introdujo un elemento nuevo: la atracción por la sensibilidad como signo.
O por lo que confundimos con ella.
Esa confusión no carece de consecuencias. Más tarde descubriría que existe toda una economía sentimental fundada en enamorarse de personas que parecen necesitar ser comprendidas, rescatadas o descifradas. Es una inclinación que halaga mucho al observador y ayuda bastante menos al observado. En su versión infantil resulta casi inocente: uno no puede dañar demasiado con una fantasía muda. Pero el mecanismo ya estaba en marcha. Yo empezaba a sentirme llamado no solo por lo bello o lo inaccesible, sino por lo vulnerable con buena caligrafía simbólica.
Beatriz tenía exactamente eso.
No sé qué fue de sus dibujos, ni si siguió siendo artista, ni si la tristeza que yo le atribuí llegó alguna vez a existir fuera de mis lecturas precipitadas. Tal vez era solo una niña con talento, cierta reserva y poca paciencia para la tontería ambiental. Tal vez había en ella una melancolía real. Tal vez ambas cosas. La infancia rara vez nos da pruebas: nos da materiales. Y con esos materiales construimos las primeras teorías falsas que luego la experiencia se dedica, lentamente, a corregir.

La mía fue esta: creer que el dolor vuelve interesantes a las personas y que advertirlo en ellas nos vuelve, de algún modo, necesarios.
No era verdad, pero era una mentira formativa.
Con Beatriz aprendí a admirar una pena posible.
Con Silvia había aprendido a idealizar una distancia.
Con Laura seguía aprendiendo, sin remedio, a confundir la constancia con el destino.
Y entre unas y otras mi vida interior iba adquiriendo, a falta de hechos memorables, una complejidad perfectamente excesiva para la edad que tenía.

Capítulo 6: La extranjera

Toda infancia organizada en un colegio contiene, además de jerarquías, mitologías. Las jerarquías son visibles: quién manda, quién corre más, quién tiene permiso tácito para hablar sin ser castigado, quién domina los juegos, quién posee esa mezcla de belleza prematura y brutalidad social que convierte a ciertos niños en pequeñas potencias. Las mitologías, en cambio, se adhieren a detalles más inestables: un acento, un apellido raro, una merienda distinta, una madre que espera en la puerta con un peinado improbable, una forma de pronunciar la erre o de no entender del todo un chiste local. Basta muy poco para que alrededor de alguien se organice un campo de fascinación narrativa.
La extranjera apareció así.
No sé si era verdaderamente extranjera en el sentido estricto, ni de qué país venía exactamente, ni si había nacido fuera o solo había llegado hacía poco con esa condición de recién llegada que la imaginación escolar

transforma enseguida en categoría esencial. En el colegio circulaban informaciones muy deficientes, y precisamente por eso fértiles. Alguien decía que venía de Argentina. Otra versión la hacía francesa, sin que nadie supiera explicar por qué, salvo quizá por cierta musicalidad en el nombre de su madre o por la costumbre, muy arraigada en la ignorancia infantil, de considerar francés todo lo que suene un poco más elegante que el barrio. También oí que había vivido "fuera", fórmula suficientemente vaga como para parecer importante y no comprometerse con ningún mapa.

Se llamaba Elvira.

El nombre ya ayudaba.

No era un nombre imposible ni exótico, desde luego, pero en aquel contexto sonaba ligeramente desplazado, como si perteneciera a otra educación doméstica, a otra distribución del gusto o al menos a una familia que no acababa de coincidir con las demás. Hay nombres que un colegio absorbe con facilidad y otros que conserva como si fueran citas de un idioma vecino. Elvira, para mí, quedó de inmediato del lado de lo no enteramente traducido.

Lo primero que noté fue su manera de hablar.

No porque hablara mucho. Más bien hablaba lo normal, quizá menos. Pero pronunciaba ciertas palabras con una cadencia que yo no lograba ubicar dentro del repertorio habitual de la clase. Había una suavidad extraña en algunas sílabas, una forma de modular las frases que no coincidía con la de las niñas que yo conocía. A esa edad, cualquier leve diferencia fonética adquiere el prestigio de un misterio geográfico. Yo no entendía nada de acentos, pero sí entendía que el suyo no sonaba del todo nuestro, y eso bastó para que mi imaginación lo tratara como un pasaporte.

La extranjería, antes de significar otra patria, significa otra música.
Durante unos días la observé con la mezcla habitual de discreción y codicia óptica con que se observan en la infancia los fenómenos nuevos. No era especialmente alta, ni especialmente guapa, ni especialmente brillante en clase. No tenía el aura artística de Beatriz, ni la solemnidad lejana de Silvia, ni el arraigo sentimental de Laura. Su fuerza era otra, más difícil de fijar y por eso mismo más eficaz: parecía venir acompañada por una vida anterior. No anterior en el tiempo, claro, sino anterior a nosotros. Como si hubiese empezado a existir antes de entrar en nuestra aula.
Esa impresión me conmovió mucho.
La mayoría de los niños del colegio estaban encerrados, para mí, en una contemporaneidad perfecta. Parecían haber sido fabricados por el propio centro y distribuidos luego por cursos, patios y excursiones. Sus casas, sus padres, sus meriendas y sus problemas pertenecían al mismo sistema de cosas. Incluso cuando uno intuía diferencias económicas o familiares, todo terminaba reabsorbido por la uniformidad de la institución. Elvira no. Elvira tenía pasado. O eso decidí yo enseguida, que viene a ser casi lo mismo en materia de educación sentimental.
Su pasado era, por supuesto, invención mía.
Le atribuí ciudades, mudanzas, ventanas con otra luz, veranos en lugares con nombres largos, parientes que hablaban deprisa, habitaciones aún llenas de cajas, fotografías con gente desconocida al fondo. Le atribuí incluso una nostalgia, porque la extranjería sin nostalgia me parecía incompleta, casi una negligencia estética. Si se quedaba callada un segundo, yo suponía que echaba de menos algo. Si llevaba una mochila distinta, era porque la había traído de lejos. Si no entendía una broma local o tardaba un poco en

reaccionar a alguna costumbre del aula, mi imaginación celebraba la escena con la satisfacción de quien ve confirmarse una teoría.
No hay nada más productivo que un desconocimiento bien administrado.
Recuerdo un episodio mínimo, de esos que luego la memoria conserva no por su importancia sino por la eficacia con que fijan un personaje. La profesora nos pidió leer en voz alta una frase cada uno, avanzando por filas. Era una actividad cruelmente sencilla, diseñada para que hasta el acto más mecánico se contaminara de nerviosismo. Cuando le tocó a Elvira, leyó con naturalidad, sin tropiezos, pero pronunció una palabra de una forma que provocó una corrección inmediata de la maestra. No fue una humillación ni nada parecido. La profesora la corrigió con ese tono administrativo con que los adultos creen estar arreglando una incorrección menor mientras siembran, sin saberlo, un pequeño teatro de pertenencias.
Elvira repitió la palabra.
La dijo bien o al menos como querían que se dijera allí. Pero a mí me quedó la impresión, quizá completamente falsa, de que acabábamos de asistir a una negociación entre dos mundos. Desde ese momento su voz dejó de ser solo agradablemente distinta y se convirtió en señal de frontera. No frontera trágica, no algo serio en términos históricos o políticos, sino una frontera escolar, que es una forma diminuta pero intensísima de extranjería: no saber aún del todo cómo se llaman las cosas donde estás.
Aquello me atrajo de una manera nueva.
Hasta entonces me habían interesado la distancia, la tristeza, la gracia social, el prestigio de la habilidad. Con Elvira apareció otra forma de fascinación: la traducción. Me gustaba imaginar que alrededor de ella había objetos nombrados de otro modo, fiestas con

otras reglas, discusiones familiares con otra temperatura verbal, quizá incluso un modo distinto de querer. La infancia es muy sensible a la idea de que las costumbres propias no son universales, pero en lugar de extraer de ahí una conclusión filosófica suele extraer una novela.

Yo empecé a escribir esa novela sin ninguna colaboración por su parte.

Había algo, además, en su cortesía.

No diré que fuera más educada que los demás, porque eso sería probablemente falso y, en cualquier caso, demasiado visible. Era más bien una cuestión de modulación. Pedía las cosas con un pequeño rodeo, agradecía con una entonación distinta, parecía medir un poco más las entradas y salidas de la conversación. Puede que no fuera rasgo nacional alguno, sino simple timidez, o una educación familiar más severa, o una temporada reciente de no saber bien qué confianza se puede tomar uno en un grupo ya formado. Pero yo traduje enseguida esa cautela en refinamiento. Siempre hay un momento en que la diferencia se vuelve estilo.

Empecé a fijarme en detalles ridículos. El modo de cerrar el estuche. La forma en que se recogía el pelo. Cierta costumbre de inclinar la cabeza para escuchar, que probablemente no significaba nada y que yo, naturalmente, elevé a signo de civilización extranjera. Si llevaba una bufanda distinta, yo suponía climas remotos. Si un día traía una merienda menos reconocible, mi imaginación la convertía en producto típico de algún país cuya existencia concreta me habría costado ubicar en un mapa. Incluso sus errores, si los cometía, parecían más interesantes porque podían atribuirse a una procedencia.

La procedencia es uno de los grandes cosméticos del deseo.

No tardó en circular a su alrededor una mezcla de curiosidad y vigilancia. En los colegios, la novedad nunca llega sola: viene acompañada por un comité espontáneo de intérpretes. Había niñas que querían saber de dónde era exactamente, cuánto tiempo iba a quedarse, si allí donde vivía antes había uniforme, si hablaba “otro idioma” en casa. Había niños que encontraban divertido exagerar cualquier rareza o pedirle que repitiera alguna palabra, no siempre con malicia, pero sí con esa crueldad exploratoria que la infancia administra con notable naturalidad. Nada especialmente grave, nada heroico tampoco. El grupo la sometía al procedimiento habitual: convertir la diferencia en tema hasta domesticarla o cansarse.

Yo asistía a eso con un malestar vago.

No porque fuera moralmente superior -ojalá-, sino porque sentía que aquel escrutinio vulgar estropeaba el encanto. Yo no quería que la extranjería de Elvira se resolviera en datos. Me interesaba como atmósfera, no como información. Saber el país exacto, la fecha de llegada o las razones de la mudanza me parecía una forma de empobrecerla. Prefería ignorar casi todo y conservar la hipótesis amplia: venía de otra parte, y esa otra parte irradiaba sobre su figura una luz suficiente. Es una forma bastante egoísta de admiración: querer que el otro siga siendo parcialmente ilegible para que no se desmorone la intensidad que le hemos construido.

Hubo, sin embargo, un momento en que hablamos de verdad.

Fue en el patio, durante uno de esos recreos partidos por climas simultáneos: fútbol bruto en un extremo, intercambios de cromos en otro, pequeños conciliábulos afectivos aquí y allá, y debajo de todo eso la circulación ansiosa de quienes todavía no saben a qué juego pertenecen del todo. Yo estaba en una

zona intermedia, geográfica y moralmente intermedia, cuando vi que Elvira miraba una pared del patio donde alguien había dibujado, con tiza o con yeso, un mapa muy torpe del mundo. Era una de esas intervenciones escolares que nacen de una clase mal recogida y quedan unos días a merced del aburrimiento ajeno.
Me acerqué con una excusa muy pobre.
Dije algo sobre que África estaba mal hecha, o que España era demasiado grande, o que aquello no parecía un mapa sino una mancha con vocación internacional. Ella sonrió. Fue una sonrisa breve, suficiente. Después señaló una parte del dibujo y dijo:
—Ahí tampoco está bien.
No sé si se refería a un país concreto o solo a la torpeza general del conjunto. Lo importante fue que, a continuación, añadió una observación sobre cómo era "de verdad" en un atlas que tenía en casa. En casa. La expresión me produjo una emoción absurda, porque por primera vez aparecía un objeto de su mundo privado que no había inventado yo. Un atlas. Ya sé que cualquier casa respetable podía tener uno y que los atlas, además, eran entonces accesorios relativamente comunes en familias que se creían amigas de la cultura. Pero en mi imaginación aquello encajó de forma perfecta. La extranjera tenía un atlas.
Hay revelaciones muy modestas que bastan para alimentar meses de fantasía.
Seguimos hablando apenas dos minutos. Creo que me dijo que en su casa habían vivido "en varios sitios", fórmula que yo escuché con la reverencia debida a una frase capaz de justificar un personaje entero. Quizá exagero el recuerdo. Quizá no dijo varios, sino dos. Quizá habló de mudanzas dentro del mismo país y fui yo quien expandió la geografía. En cualquier caso, me bastó. Salí de aquella conversación con la impresión de

haber tocado el borde de una vida más ancha que la nuestra.
A partir de entonces empecé a desear lo que no sabía nombrar: salir.
No salir al patio, ni salir antes de clase, ni escapar de una asignatura aburrida. Salir del marco. Ir a algún sitio donde mi nombre no viniera ya explicado por el barrio, por el curso, por la familia, por la costumbre de ser siempre el mismo en las mismas calles. Elvira no solo me gustaba; introducía una idea. La posibilidad de que hubiera biografías menos locales, identidades menos sedimentadas, vidas atravesadas por desplazamientos que no fueran meras excursiones de fin de curso. En su presencia empecé a sospechar que el mundo quizá estaba hecho de más habitaciones de las que yo conocía.
Eso era muchísimo para una edad en que casi todo se reduce a repetir recorridos.
Su influencia, sin embargo, no fue romántica en el sentido habitual.
No soñaba exactamente con salvarla, como me había ocurrido con Beatriz, ni con ser visto por ella de una manera decisiva, como con Laura, ni con elevarla a figura distante y litúrgica, como había pasado con Silvia. Lo que quería era participar de su movilidad simbólica. Que me contara algo de otro sitio. Que pronunciara delante de mí una palabra nueva. Que mencionara una costumbre doméstica lo bastante distinta como para ampliar el perímetro de mi realidad.
Había deseo, sí, pero mezclado con una curiosidad casi colonial de baja intensidad, un hambre de diferencia que yo vivía como admiración y que seguramente contenía bastante apropiación imaginaria.
La educación sentimental rara vez empieza siendo inocente; empieza siendo torpe.

Recuerdo también la escena en que su condición de extranjera empezó a desinflarse, que es siempre una fase necesaria de estas historias. Fue durante un cumpleaños o una merienda colectiva de alguna compañera, una de esas celebraciones organizadas con piñata moral, sándwiches blandos y grados variables de euforia. Yo esperaba, supongo, que en un entorno menos reglado Elvira revelara costumbres enigmáticas, preferencias sorprendentes o una elegancia especial. En lugar de eso, la vi correr, gritar, discutir por una tontería, reírse demasiado alto de un juego bastante idiota y pelear por un trozo de tarta con la misma energía territorial que cualquiera.

Aquello me desconcertó.

La extranjería, comprendí con cierta decepción, no inmuniza contra lo banal. También las personas que vienen de otra parte participan de la chabacanería común cuando la ocasión lo requiere. No se mantienen todo el tiempo envueltas en una dignidad itinerante ni avanzan por las fiestas como delegadas de un orden cultural superior. Son niñas. Niñas completas, incluso. El hallazgo debería haber sido obvio, pero mi imaginación seguía empeñada en atribuir a la procedencia un espesor moral que la realidad se negaba a respaldar.

No fue una caída brusca del mito; fue algo más útil. Empecé a entender que lo extranjero fascina menos por lo que realmente trae que por el espacio de proyección que abre en quien lo mira. Elvira seguía teniendo algo distinto, sí; seguía hablando de una manera ligeramente desplazada; seguía arrastrando esa promesa de mundo que tanto me atraía. Pero ya no podía sostener del todo la ficción de que cada uno de sus gestos estaba iluminado por una geografía superior. También podía aburrirse, hacer ruido, ser injusta, tener mal gusto en los juegos o preferir

canciones detestables. En suma: podía pertenecer a la humanidad general sin renunciar por ello a su pequeño prestigio fronterizo.
Esa mezcla me interesó todavía más.
Porque me enseñó algo que entonces solo intuía: que la diferencia verdadera no consiste en flotar por encima de lo común, sino en introducir una variación dentro de ello. Elvira no era una aparición cosmopolita en miniatura. Era una niña del colegio, con deberes, enfados, compañeros torpes y meriendas mediocres, pero atravesada por una leve desviación que bastaba para alterar mi percepción del conjunto. Gracias a ella, el aula dejó de ser un recinto enteramente cerrado y empezó a parecer una estación modesta por la que podían pasar vidas venidas de otra parte.
Hubo una última escena que selló esa intuición.
Fue un día de escritura. Nos pidieron redactar una redacción sobre “mis vacaciones”, tema que el sistema educativo había decidido imponer con un sadismo uniforme a niños cuyas vacaciones solían resumirse en pueblo, calor y parentesco. Mientras yo intentaba inflar con adjetivos una sucesión de días casi idénticos, vi que Elvira escribía mucho y rápido. No pude leer el texto, por supuesto, pero más tarde la profesora comentó en voz alta que estaba “muy bien contado” y que “se notaba que había visto sitios distintos”.
La frase me fulminó.
No porque probara nada concluyente, sino porque venía a sancionar institucionalmente lo que yo llevaba tiempo sospechando: Elvira traía paisajes. No solo acento, no solo modulación, no solo rumores. Paisajes. Lugares suficientes como para que una profesora, autoridad entonces casi ontológica, reconociera en su redacción una amplitud inhabitual. A la salida, durante unos segundos, caminé cerca de ella con el deseo violentísimo de preguntarle por esos sitios, por esos

nombres, por esas vacaciones que debían de ser más reales que las mías.
No pregunté nada, naturalmente.
La cobardía tiene en la infancia una forma muy decorosa: se disfraza de respeto.
Me limité a seguir a una distancia razonable mientras ella hablaba con otra niña sobre algo sin importancia. La escuché mencionar una playa, o una carretera, o una casa de una tía, no lo sé bien. Lo que sí sé es que, al oírla, sentí por primera vez con claridad que el deseo puede dirigirse no solo a una persona, sino al horizonte que esa persona parece traer consigo. Yo no quería solo gustarle a Elvira, ni ser admitido en su conversación, ni obtener una confidencia. Quería que el mundo que insinuaba se abriera un poco hacia mí.
Eso cambiaba la naturaleza del sentimiento.
Con Laura había aprendido la persistencia. Con Inés, la dimensión pública del afecto. Con Silvia, el resplandor de la distancia. Con Beatriz, la tentación de leer heridas donde quizá solo había estilo. Elvira añadió otra cosa: la atracción por lo no doméstico, por aquello que llega con un ligero desfase y nos hace sospechar que nuestras costumbres son provinciales aunque todavía no tengamos lenguaje para llamarlas así.
Fue, en el fondo, una educación del límite.
Gracias a ella empecé a notar que toda pertenencia tiene bordes y que los bordes son eróticos, narrativos, intelectuales. Lo que no encaja del todo despierta una atención especial. No siempre amorosa, desde luego; a veces simplemente curiosa, envidiosa o defensiva.
Pero en mi caso aquella atención tomó enseguida forma sentimental. Elvira no era tanto una persona concreta -aunque lo era, y seguramente más concreta de lo que yo fui capaz de ver- como la encarnación provisional de una idea: existe un afuera.
Ese afuera, por supuesto, estaba muy exagerado.

Probablemente consistía en mudanzas familiares, adaptaciones menores, léxicos mezclados, álbumes de fotos y un esfuerzo cotidiano por integrarse sin perder del todo ciertas inflexiones. Nada épico. Nada que justificara la novela geográfica que yo le compuse en silencio. Pero la infancia no necesita hechos grandiosos para producir intensidad; le basta una pequeña asimetría bien observada. Y Elvira era, para mí, exactamente eso: una asimetría.

Nunca hubo desenlace.

No hubo promesa de amistad, ni revelación significativa, ni intercambio de secretos sobre países lejanos, ni escena de despedida en una estación imaginaria. Ni siquiera sé si permaneció mucho tiempo en el colegio o si mi memoria ha comprimido varios cursos en una sola temporada de fascinación. Lo que quedó no fue la historia, sino el efecto: desde entonces empecé a sentir una inclinación espontánea hacia quienes parecían traer consigo una procedencia menos obvia, un acento leve, una biografía desplazada, una relación no enteramente dócil con el entorno.

Es una inclinación ambigua y no siempre noble.

A veces expresa auténtica apertura al mundo; otras, simple descontento con lo propio disfrazado de curiosidad estética. Sospecho que en mí había ya ambas cosas. Elvira me gustó porque era ella, sin duda, pero también porque convertía mi pequeño universo en un lugar provisional. Y esa provisionalidad tenía un encanto enorme. Uno soporta mejor su vida cuando sospecha que no agota el mapa.

No sé qué fue de Elvira.

Ignoro si perdió el acento, si cambió de país otra vez, si terminó pareciéndose del todo al lugar que entonces apenas empezaba a habitar o si conservó siempre esa pequeña desviación en la música de la voz que a mí me parecía casi una forma de elegancia. Quizá para

ella aquellos años no tuvieron nada de especialmente extranjero y yo fabriqué, una vez más, un mito a partir de materiales mínimos. Es muy probable.
Pero hay mitos formativos que no necesitan ser ciertos para resultar exactos.
La lección que dejó fue esta: a veces no nos enamoramos de una persona por su belleza, su tristeza o su prestigio, sino porque su sola presencia desmiente la apariencia de mundo cerrado en la que vivíamos.
Elvira abrió una grieta geográfica en mi imaginación.
Me enseñó que la realidad podía venir acentuada, que las palabras podían haber aprendido a sonar en otra parte y que detrás de una compañera de clase podía existir un mapa.
No era amor, todavía.
O no solo.
Era el descubrimiento de que el deseo también puede orientarse hacia lo desconocido cuando adopta un rostro próximo.
Y entre Laura, Silvia, Beatriz y Elvira, mi educación sentimental seguía avanzando con la solemnidad desproporcionada de quien apenas había vivido nada y, sin embargo, ya empezaba a sentir que el mundo estaba lleno de signos que exigían una lectura.

Capítulo 7: La mujer feliz

Durante mucho tiempo pensé que la felicidad era incompatible con el deseo.
No lo pensaba así, claro. No habría sabido formularlo de ese modo. Pero mis inclinaciones infantiles y adolescentes se orientaban con una fidelidad casi supersticiosa hacia lo que ofrecía resistencia, lejanía, grieta o sombra. Me atraían las niñas tristes, las niñas

difíciles, las niñas que parecían contener una historia, una herida, un secreto o al menos una reserva. La alegría franca, en cambio, me desconcertaba. Me parecía un territorio sin rendijas, una superficie en la que mi imaginación no encontraba dónde agarrarse.
Entonces apareció Marta.
No sé si se llamaba exactamente así o si mi memoria le ha cambiado el nombre para protegerla, para simplificarla o para hacerla coincidir mejor con el papel que terminó ocupando en mi pequeña mitología privada. Lo que sí recuerdo con nitidez es la impresión inicial: Marta no parecía necesitar nada. Y eso, en el teatro sentimental de aquella edad, era una novedad perturbadora.
No era la más guapa del curso, aunque tenía momentos de una claridad casi ofensiva.
No era la más lista, ni la más admirada, ni la más misteriosa. No acumulaba alrededor ese silencio reverente que a veces producen ciertas bellezas tempranas, ni esa expectación narrativa que suscitan las personas atravesadas por alguna anomalía visible.
Su singularidad era otra, mucho más difícil de romantizar y por eso mismo, para mí, más desconcertante: daba la impresión de estar bien.
Estar bien: qué escándalo.
En el colegio, como en casi todos los ecosistemas cerrados, abundaban los dramas mínimos, las rivalidades microscópicas, las susceptibilidades inflamables, las alianzas que duraban dos recreos y las humillaciones secretas magnificadas por la falta de perspectiva. Cada niño llevaba su pequeña tempestad portátil. Marta también tendría las suyas, sin duda, pero no las exhibía como centro organizador de su presencia. Iba por el mundo con una ligereza práctica, como si las cosas, en principio, fueran habitables.
Eso me intrigó más de lo que entonces pude entender.

La primera imagen que conservo de ella no es sentimental, sino dinámica. Está bajando unas escaleras del patio interior, con una carpeta apretada contra el pecho, hablando con dos amigas y riéndose antes de terminar la frase. No se reía para agradar ni para imponerse. Se reía porque sí, con esa economía perfecta de quienes no calculan el efecto de su alegría. La vi pasar y pensé algo confuso pero intenso: esa risa no está pidiendo permiso.

Hay personas cuya principal forma de belleza consiste en no vigilarse.

Marta tenía algo de eso. No era desenvuelta en el sentido teatral, no ocupaba el espacio de manera aparatosa ni se comportaba como una líder social. Su facilidad era menos visible y más profunda. Entraba en las conversaciones sin ansiedad, salía de ellas sin dramatismo, podía estar con los populares sin parecer aspirante y con los marginales sin parecer misionera. No se trataba de superioridad moral. Era, más bien, una clase de equilibrio.

Yo confundí ese equilibrio con felicidad, y probablemente cometí una simplificación enorme.

Pero las simplificaciones son el instrumento favorito de la educación sentimental. No nos enamoramos primero de personas completas; nos enamoramos de hipótesis intensas. Y mi hipótesis con Marta fue esta: aquí hay alguien a quien el mundo no le pesa del mismo modo que a mí.

Durante unos meses la observé con una atención distinta de la que había dedicado a las otras.

Con Laura había predominado la perseverancia tímida. Con Silvia, la distancia ceremonial. Con Beatriz, el prestigio ambiguo de la tristeza estilizada. Con Elvira, la fascinación por el afuera. Marta no activaba ninguno de esos mecanismos conocidos. No parecía lejana, ni herida, ni extranjera, ni particularmente inaccesible.

Tampoco me ofrecía el consuelo melodramático de sentirme inferior ante una figura demasiado perfecta. Su diferencia era más desconcertante: parecía cómoda dentro de sí.
Eso, para un niño o un adolescente inclinado a la observación ansiosa, resulta casi exótico.
Yo estaba acostumbrado a leer en los demás señales de conflicto, incluso a inventarlas cuando no existían. Necesitaba pliegues. Me tranquilizaba pensar que toda persona interesante escondía algún desajuste, porque de ese modo el mundo entero se volvía interpretable bajo una luz que yo ya conocía: la de la falta. Marta, en cambio, introducía otra posibilidad. Tal vez una persona podía ser interesante sin estar rota. Tal vez incluso podía gustarme alguien no a pesar de su felicidad, sino por ella.
Aquello exigía una reforma de mis hábitos imaginarios.
Recuerdo un día especialmente claro. Habíamos terminado una clase de ciencias naturales, una de esas horas viscosas en que el tiempo escolar parece avanzar con patas de insecto. Al salir, se organizó el habitual atasco en la puerta: mochilas que chocan, sillas mal colocadas, protestas, bromas, una maestra pidiendo orden con una autoridad ya derrotada de antemano. En medio de esa congestión, alguien tiró sin querer el estuche de Marta. Los bolígrafos rodaron por el suelo. La escena estaba servida para el pequeño enfado, la queja ofendida o el gesto de mártir administrativo que tan bien dominaban algunos compañeros.
Marta se agachó, recogió las cosas y se echó a reír. No con resignación ejemplar. No como quien quiere demostrar una virtud superior. Se rió porque el desastre le pareció genuinamente gracioso: quince lápices escapando bajo los pupitres como animales mal entrenados. Dos personas se agacharon a ayudarla,

otra le devolvió un rotulador con solemnidad absurda, y en menos de un minuto aquello se había convertido en una escena cómica. Yo la miraba con auténtico asombro. No por el episodio, minúsculo hasta la insignificancia, sino por la calidad de su reacción. Donde otros habríamos visto un agravio a gestionar, ella había visto un tropiezo disponible para la risa.
Esa disponibilidad me conmovió.
La felicidad, empecé a sospechar, no consistía solo en tener motivos objetivos para estar contenta. Consistía también en una forma de tramitar lo leve. En un talento casi físico para no convertir cada contratiempo en argumento. Desde luego, yo no lo habría expresado así. Pero ya intuía que en Marta había una relación con el mundo menos litigiosa.
No era ingenuidad.
Conviene decirlo, porque la imaginación adolescente tiende a cometer una injusticia frecuente: atribuir estupidez a quien no exhibe tormento. Como si la lucidez tuviera obligación de presentarse siempre con ojeras. Marta no parecía tonta en absoluto. Entendía las bromas, captaba las tensiones, sabía perfectamente quién se llevaba mal con quién, quién mentía, quién exageraba y quién practicaba esa crueldad escolar de baja intensidad que consiste en dejar a alguien ligeramente fuera sin que pueda demostrarse. Lo sabía todo. Y sin embargo no vivía esclavizada por ese conocimiento.
Había en eso una forma de inteligencia que yo tardé mucho en reconocer.
La escena decisiva, o una de ellas, ocurrió en una excursión.
Fuimos a una finca escolar, un lugar de pedagogía rural donde se suponía que íbamos a aprender algo sobre árboles, animales domésticos y la noble dignidad del barro. En realidad, como ocurre con casi todas las

excursiones infantiles, aprendimos sobre todo a desordenarnos en otro paisaje. El autobús nos dejó en una zona de tierra clara, había monitores enérgicos con voz de campamento, y el programa incluía actividades absurdamente estructuradas para niños que solo querían correr o formar bandos.

En una de esas actividades nos repartieron por grupos. A mí me tocó con Marta y con otros cuatro compañeros en una tarea que consistía en seguir pistas por una especie de sendero señalizado. Era un juego bastante mediocre, mezcla de orientación y preguntas sobre plantas que nadie pensaba recordar una semana después. Yo, que en situaciones así oscilaba entre la inhibición y el exceso de seriedad, me dispuse a cumplir con una intensidad poco simpática. Marta, en cambio, parecía habitar el juego en la proporción justa: sin cinismo, pero sin entregarse a él como si nos fuera la honra en encontrar la siguiente flecha amarilla.

En un momento dado nos equivocamos de camino. Dos compañeros empezaron a discutir de quién había sido la culpa, con esa rapidez admirable con que la infancia convierte cualquier error menor en contienda de responsabilidades. Yo ya notaba el ambiente espesarse, listo para una escalada idiota. Marta miró el sendero, luego nos miró a nosotros y dijo:

—Bueno, pues ya está, ahora sabemos por dónde no es.

No era una frase brillante. Precisamente por eso resultó tan eficaz.

La tensión se deshizo casi de inmediato, no porque pronunciara una máxima memorable, sino porque había introducido una lógica distinta. En vez de buscar culpables, desplazó la atención hacia el hecho sencillo y utilizable: nos habíamos equivocado, sí, pero el error ya servía para orientarnos. Aquello me impresionó profundamente. Yo venía de una cultura interior en la

que los errores generaban vergüenza, resentimiento o al menos una larga cola de autoacusación. Marta los trataba como información.
Ese día empecé a admirarla de un modo nuevo.
No se trataba de admiración estética ni romántica en el molde habitual. Era casi una admiración operativa. Yo quería entender cómo funcionaba alguien así. Cómo se podía estar en el mundo sin dramatizar cada roce, sin convertir cada decepción en identidad, sin vivir siempre a la espera de una escena decisiva que justificara la intensidad que uno llevaba dentro. Marta parecía prescindir de esa necesidad de argumento. Vivía, sospeché, más cerca de los hechos.
Los hechos, sin embargo, tienen menos glamour que las fantasías.
Y yo seguía siendo un experto en fantasías. De modo que, fiel a mí mismo, empecé a narrarme su felicidad. Le atribuí una familia armoniosa, desayunos ordenados, padres razonables, fines de semana sin gritos, veranos con bicicletas, meriendas con fruta cortada y conversaciones donde nadie daba portazos. Todo ese decorado era probablemente falso o, en el mejor de los casos, parcialmente cierto. Pero necesitaba imaginar un origen para aquella facilidad. Me costaba aceptar que alguien pudiera haber construido por sí misma una relación amable con el mundo.
La felicidad ajena siempre nos parece tener infraestructura.
Con el tiempo vi pequeñas fisuras, naturalmente.
Una niña feliz, incluso una niña aparentemente feliz, no deja de ser una niña. También Marta se enfadaba. También se impacientaba. También podía hablar mal de alguien, burlarse un poco más de la cuenta o llorar si una amiga la excluía de un plan. Recuerdo una tarde en que se discutió con una compañera por una tontería

relacionada con unos apuntes o con un trabajo en grupo. Su voz se volvió más aguda, hizo un gesto brusco con la mano y durante media hora llevó en la cara esa nube rápida del enfado ofendido.
Lejos de desmentir mi impresión, aquello la hizo más compleja.
Comprendí que yo había cometido con la felicidad un error parecido al que antes había cometido con la extranjería o con la tristeza: convertirla en esencia. Marta no era una encarnación abstracta del bienestar. Era una persona que, por razones que yo ignoraba, tendía con más frecuencia hacia la ligereza que hacia el dramatismo. Eso era todo. Y, al mismo tiempo, eso era muchísimo.
Hay disposiciones del carácter que cambian el clima entero de una escena.
Empecé a buscar su presencia no por el estremecimiento que me producía, sino por el alivio. Si coincidía con ella en un trabajo en grupo, yo me tranquilizaba. Si estaba cerca durante una situación ambigua, me parecía que todo sería menos desagradable. No porque fuera a protegerme, ni porque entre nosotros existiera una intimidad especial, sino porque irradiaba una confianza práctica en que las cosas podían resolverse sin gran tragedia. Su mera proximidad corregía un poco mi tendencia al desastre imaginario.
Eso también puede ser una forma de atracción.
La tradición sentimental concede mucho prestigio a las pasiones tormentosas y bastante poco a estos efectos más discretos. Nos enseñan a valorar lo que incendia, no lo que regula la temperatura. Sin embargo, mirando atrás, me parece evidente que Marta introdujo en mi educación afectiva una posibilidad decisiva: alguien podía gustarme no porque intensificara mi malestar, sino porque lo apaciguaba. No porque me hiciera sentir

más excepcionalmente vivo, sino porque volvía el mundo más respirable.
Descubrimiento importante, aunque poco novelesco.
Hubo un episodio especialmente revelador durante una representación escolar. Nos habían obligado a participar en una especie de acto de final de trimestre, mezcla de recital, teatro rudimentario y tortura colectiva para las familias. A mí me tocaba decir una frase breve, pero la expectativa de pronunciarla delante de padres, profesores y compañeros me tenía paralizado desde varios días antes. No era terror escénico en sentido clínico; era esa hipersensibilidad al ridículo que convierte una intervención de ocho palabras en amenaza ontológica.
Marta estaba también en la representación.
La vi detrás del escenario improvisado, con el disfraz ligeramente torcido y una serenidad que me resultó insultante. Debió de notar mi nerviosismo, porque en un momento, mientras esperábamos nuestra entrada, me dijo algo muy simple:
—Da igual si te equivocas. Nadie se acuerda luego.
Otra frase menor. Otra vez esa eficacia desproporcionada de lo sencillo.
No me curó el miedo, por supuesto. Seguí angustiado, dije mi frase demasiado rápido y creo que omití una palabra o la pronuncié mal. Pero el comentario de Marta se me quedó grabado con una fuerza extraña. Nadie se acuerda luego. Era una visión del mundo completamente distinta de la mía. Yo estaba convencido de que cada error quedaba inscrito para siempre en una memoria social implacable. Ella, en cambio, parecía saber algo elemental y profundo: la mayoría de las escenas que nos avergüenzan se desvanecen casi en el acto.
La felicidad quizá consista a veces en no conceder eternidad a lo anecdótico.

No quiero exagerar su influencia. No sería fiel a la verdad literaria ni a la psicológica.
Marta no transformó de golpe mi carácter. No me volví más ligero, ni más sabio, ni menos propenso a la solemnidad. Seguí enamorándome mal, interpretando demasiado, atribuyendo espesores imaginarios a señales equívocas y defendiendo con exceso de celo mi pequeño teatro interior. Pero ella introdujo una corrección. Un contrapunto. La idea de que tal vez el mundo no estaba hecho solo para ser descifrado y padecido, sino también para ser usado con cierta alegría.
Eso, en la adolescencia incipiente, roza la revelación filosófica.
Creo que nunca estuve realmente cerca de ella.
No en el sentido que mi sentimentalismo de entonces habría considerado una victoria. No fuimos grandes amigos, no compartimos secretos, no hubo confidencias largas ni complicidades clandestinas. Hablábamos a veces, coincidíamos en grupos, nos reíamos de cosas parecidas, intercambiábamos observaciones sobre profesores o tareas, y en alguna ocasión me tocó caminar a su lado a la salida. Nada extraordinario. Y, sin embargo, dejó una huella singular, menos inflamable pero quizá más duradera que otras. Porque no me enseñó a desear; eso ya lo sabía, o creía saberlo.
Me enseñó a sospechar que el deseo puede equivocarse de objeto cuando persigue solo intensidad. Que a veces confundimos profundidad con dificultad, interés con herida, magnetismo con desorden. Marta representó, antes de que yo tuviera lenguaje para entenderlo, una forma de valor afectivo poco celebrada en la juventud: la alegría competente, la estabilidad sin aburrimiento, la facilidad sin banalidad.

Tardé años en apreciar de verdad esa clase de dones. En aquella época todavía me parecía que la tristeza ennoblecía, que la complejidad debía doler mucho para ser auténtica y que las personas felices vivían en una especie de simplificación afortunada pero estéticamente menor. No lo habría dicho así, desde luego, pero mis preferencias actuaban como si lo creyera. Marta fue la primera grieta seria en ese prejuicio. Demostraba que la alegría también tiene matices, disciplina, inteligencia y forma.

No toda luz es superficial.

Recuerdo el último detalle con una nitidez que me sorprende. Fue a la salida de clase, un día cualquiera, quizá ya hacia final de curso. Había llovido. El suelo del patio retenía charcos sucios con reflejos de ventana. La mayoría caminábamos deprisa, molestos por el agua, por las mochilas, por la lentitud del tránsito hasta la puerta. Marta, unos pasos por delante, pisó un charco sin querer. El agua le salpicó los calcetines. Se detuvo, miró el desastre y sonrió con una expresión entre resignada y divertida, como si incluso aquello perteneciera al repertorio normal de las pequeñas molestias soportables.

Yo la vi y pensé, con una mezcla de admiración y melancolía, que debía de ser más fácil vivir así.

Tal vez no lo era. Tal vez yo estaba, una vez más, fabulando desde fuera una vida cuyo interior desconocía. Tal vez esa sonrisa era una costumbre, una defensa, una forma aprendida de no molestar a nadie con el propio fastidio. Todo eso es posible. La memoria, además, tiene un talento perverso para convertir en símbolo cualquier gesto retrospectivamente útil. Pero incluso si mi interpretación era errónea, el efecto fue verdadero: Marta quedó para mí asociada a la intuición de que existir no tenía por qué ser siempre un forcejeo.

No era poca cosa.
Con Laura había aprendido que el afecto puede insistir aunque no avance. Con Silvia, que la distancia embellece y falsea. Con Beatriz, que la tristeza ajena excita nuestra vocación narrativa hasta extremos poco inocentes. Con Elvira, que una persona puede traer consigo la promesa de un afuera. Marta añadió una enseñanza más extraña y más sobria: la felicidad también seduce, pero exige otro tipo de mirada. Una mirada menos heroica, menos melodramática, menos enamorada del obstáculo.
Quizá por eso tardé tanto en reconocerla.
Nos cuesta aceptar que alguien alegre pueda marcar una vida interior con tanta fuerza como alguien triste. La literatura misma ha colaborado bastante en esa injusticia. Sabemos narrar bien las pasiones oscuras, las pérdidas, las ausencias, las neurosis elegantes y las devastaciones con buen estilo. Nos cuesta más narrar el beneficio íntimo de haber conocido a una persona que hacía más livianas las horas. Sin embargo, si repaso con honestidad mis primeras educaciones sentimentales, veo que Marta ocupa un lugar preciso: fue la primera persona cuya presencia me hizo pensar que la madurez, si llegaba alguna vez, tal vez consistiría en parecerse un poco a ella.
No en ser feliz de manera continua. Eso sería una fantasía vulgar.
Sino en adquirir esa proporción, esa capacidad para no absolutizar el tropiezo, para no hacer de cada pequeña contrariedad una teología del agravio, para no convertir la conciencia de uno mismo en una cárcel con decorados interesantes. Marta no vivía fuera del mundo; vivía dentro, pero sin rendir pleitesía a todas sus asperezas.
Hay una elegancia secreta en quienes no dramatizan. Nunca se lo dije, naturalmente.

La cobardía, una vez más, me mantuvo dentro de mis costumbres decorosas. Tampoco habría sabido qué decirle. Nadie en aquella edad se acerca a una compañera para declararle: admiro tu manera de no complicar lo simple. Habría sonado ridículo, y además habría traicionado el carácter mismo de lo que me atraía en ella, que era precisamente su resistencia a convertirse en monumento. Marta no pedía interpretación. Solo presencia.

Quizá por eso su recuerdo ha envejecido tan bien.

No quedó unido a la punzada del rechazo, ni a la grandilocuencia de una ilusión desmentida, ni a la vergüenza de un gesto mal calculado. Quedó unido a algo menos brillante pero más fértil: la corrección de un error de gusto emocional. Gracias a ella empecé, muy confusamente, a desconfiar de mi preferencia automática por lo problemático. Intuí que la oscuridad no garantiza profundidad y que la alegría no excluye misterio, solo lo administra de otra manera.

La mujer feliz -porque así terminó quedando en mi memoria, exagerada ya por el tiempo y por mis necesidades retrospectivas- no era todavía una mujer, claro.

Era una niña, quizá una adolescente en ciernes, con sus torpezas, sus impaciencias, sus días malos y sus zonas opacas. Pero mi memoria le ha dado ese título porque representó por primera vez una forma de plenitud posible. No la plenitud grandiosa de quien lo posee todo, sino la plenitud modesta de quien sabe habitar bastante bien lo que le toca.

A esa edad, eso parecía casi sobrenatural.

Y entre las extranjeras, las tristes, las lejanas y las inalcanzables, Marta introdujo un criterio nuevo en mi desordenado aprendizaje: también se puede sentir atracción por alguien que no viene a complicarnos el alma, sino a mostrar, apenas con su forma de estar,

que tal vez el alma no necesita tanta complicación para sentirse viva.

Capítulo 8: La amante digital

No sabría decir cuándo empezó exactamente.
Como casi todas las transformaciones importantes de la vida contemporánea, no llegó con fanfarria ni con una escena inaugural nítida, sino con una sucesión de pequeños desplazamientos de costumbre. Primero fue una pantalla más en casa. Luego un correo electrónico. Después una cuenta en algún servicio cuyo sentido exacto nadie entendía del todo. Más tarde, una conversación sostenida durante semanas con alguien a quien nunca había visto. Y finalmente esa extraña mutación del deseo que consiste en descubrir que una presencia puede volverse intensa sin haber adquirido nunca volumen, temperatura ni olor.
La amante digital no apareció de golpe. Se fue formando.
Antes de ella, mis enamoramientos requerían al menos una materialidad elemental: un pasillo, una voz, una nuca, una manera de doblar un papel, de bajar unas escaleras o de reír en el momento imprevisto. Incluso en mis fantasías más elaboradas había siempre un ancla física, por mínima que fuese. El cuerpo del otro no era solo el objeto del deseo; era también la garantía de que el deseo estaba ocurriendo en el mundo y no únicamente en la fábrica privada de mis proyecciones.
Internet alteró ese equilibrio.
No lo destruyó, desde luego. Sería absurdo decir que lo sustituyó todo. Pero introdujo una novedad psicológica de largo alcance: la posibilidad de intimar antes de verificar. De interesarse antes de encarnar. De construir una tensión afectiva con materiales casi

exclusivamente verbales, temporales e imaginarios. La amante digital no era, al menos al principio, una mujer concreta. Era una forma nueva de espera.
Recuerdo muy bien la lógica del descubrimiento.
Al principio parecía un juego menor. Uno entraba en un chat, en un foro, en una plataforma rudimentaria cuyo diseño hoy resultaría arqueológico, y allí había nombres que no remitían a caras sino a alias. Identidades hechas de tipografía. Personas resumidas provisionalmente por un apodo, una hora de conexión, una ortografía más o menos cuidada y una manera de responder. La pobreza objetiva de esos materiales producía, sin embargo, una riqueza fantasmal enorme. Como faltaba casi todo, la imaginación se encargaba del resto.
Yo era especialmente vulnerable a esa clase de mecanismo.
Siempre había sido propenso a enamorarme de hipótesis. Internet vino a ofrecerme un laboratorio inagotable de hipótesis disponibles. Ya no hacía falta cruzarse durante semanas con una compañera de clase o elaborar a partir de un gesto remoto toda una novela interior. Bastaba con unas cuantas conversaciones nocturnas, una coincidencia verbal, una inteligencia percibida al otro lado de la pantalla, cierta capacidad mutua para demorarse, y empezaba a formarse esa aleación peculiar de curiosidad, expectativa y proyección que tantas veces confundimos con intimidad.
Lo decisivo no era la información. Era el ritmo.
Una persona podía decir muy poco y, aun así, ocupar mucho espacio en el día. Bastaba con que escribiera de una determinada manera. Bastaba con que tardara en contestar lo suficiente para producir espera, pero no tanto como para producir desistimiento. Bastaba con que supiera alternar ligereza y confidencia, ingenio y

reserva, disponibilidad y fuga. La seducción digital temprana no dependía tanto de la presencia como de la administración de la ausencia.
Eso me fascinó enseguida.
Hasta entonces yo había asociado el deseo a una geografía. Había que estar en algún sitio, compartir una institución, una rutina, una proximidad verificable. La pantalla desmontó esa necesidad. De pronto alguien podía importarme desde otra ciudad, otro barrio o incluso otro país. Podía acompañar mis noches sin haber estado nunca en mis tardes. Podía convertirse en interlocutora principal de una etapa entera sin haber cruzado una sola vez la puerta de mi mundo físico.
Era una revolución discreta, pero radical.
La primera vez que sentí algo parecido ocurrió, naturalmente, sin que yo tuviera lenguaje para nombrarlo. No pensé: estoy entrando en una nueva economía afectiva. Pensé algo mucho más antiguo y más simple: quiero que se conecte. Ese deseo, dicho así, conserva todavía su inocencia tecnológica, pero entonces tenía una intensidad muy concreta. Había una hora aproximada. Había una expectativa. Había incluso una pequeña ceremonia previa: encender el ordenador, escuchar los ruidos de arranque, esperar la conexión, abrir el programa, comprobar si estaba o no estaba. La emoción amorosa quedaba subordinada a una logística absurda y por eso mismo entrañable.
El deseo dependía de un icono verde.
La persona en cuestión -llamémosla Irene, aunque no sé si ese era su nombre ni si llegó a decírmelo alguna vez con verdad- apareció primero como una forma de estilo. No recuerdo el contenido exacto de nuestras primeras conversaciones. Sí recuerdo la impresión: escribía como si no necesitara demostrar nada. No acumulaba signos de exclamación, no forzaba la simpatía, no dramatizaba su misterio, no pedía

atención de manera explícita. Su interés, cuando aparecía, estaba hecho de precisión más que de efusión. Y eso, para mí, era casi irresistible.
Una frase bien colocada puede sustituir durante meses a una cara.
Irene tenía además una cualidad muy adaptada a mis debilidades: sabía sugerir espesor sin entregarlo entero. Contaba algo personal y luego desviaba la conversación. Mencionaba una tristeza antigua sin desarrollarla. Se burlaba de sí misma antes de que el otro pudiera sentimentalizarla. A veces desaparecía dos días y regresaba con la naturalidad de quien considera ilegítimo tener que justificarse. Esa mezcla de cercanía y fuga componía una música perfectamente apta para mi sistema nervioso de entonces.
Yo, por supuesto, colaboré con entusiasmo en el engaño.
Porque engaño hubo, aunque no necesariamente por mala fe de su parte. La pantalla no mentía siempre en los hechos; mentía en la escala. Convertía pequeños indicios en promesas de profundidad, demoras ordinarias en escenas de suspense, coincidencias menores en señales de destino. Dos personas que quizá apenas habrían sostenido una conversación memorable en una cafetería podían llegar a sentirse decisivas mediante el simple procedimiento de escribirse de noche durante varias semanas.
La nocturnidad ayudaba mucho.
Hay ideas que, iluminadas por una pantalla a cierta hora, adquieren un prestigio emocional desproporcionado. El insomnio, el silencio doméstico, la vaga conciencia de estar sustrayéndose al ritmo diurno de los demás: todo eso favorece una ilusión de excepcionalidad. Uno no solo conversa; uno cree estar entrando en una zona más verdadera de sí mismo. Las

palabras parecen menos sociales, más esenciales. La confesión se abarata, pero el alma siente que se está encareciendo.
Cuántas intimidades nacieron de esa falsa profundidad luminosa.
No quiero burlarme de ellas. Algunas fueron reales. Algunas cambiaron vidas. Algunas desembocaron en amistades duraderas, en historias de amor tangibles o incluso en formas de autoconocimiento que difícilmente habrían surgido de otro modo. Sería pedante negar la verdad afectiva de esos vínculos solo porque nacieron mediados por una interfaz torpe. Pero tampoco conviene idealizarlos. La mediación digital favorecía una forma de intensidad amputada: muy rica en interpretación, muy pobre en contraste.
Faltaba el cuerpo, pero no solo el cuerpo.
Faltaban también las fricciones concretas de la realidad compartida. No había que caminar juntos cuando uno tenía prisa y el otro no. No había que soportar silencios no elegidos, ni verificar si el sentido del humor resistía una sobremesa entera, ni descubrir cómo trataba esa persona a un camarero, a un amigo pesado o a un día malo. La amante digital podía ser brillante durante horas porque actuaba en un medio donde casi todo lo decisivo podía aplazarse.
La pantalla era indulgente con nuestras versiones editadas.
Eso tenía, sin embargo, una contraparte poderosa. Al eliminar buena parte del ruido social, la conversación se volvía extrañamente central. Dos personas podían conocerse a través de una continuidad verbal que en la vida presencial rara vez se produce tan pronto. Se intercambiaban opiniones, recuerdos, inseguridades, bromas privadas, miniaturas autobiográficas. Se construía un archivo. Cada charla dejaba un sedimento

visible. El vínculo avanzaba por acumulación textual, como si la relación fuera escribiéndose a sí misma. Para alguien educado en la literatura, aquello tenía algo hipnótico.

No solo hablábamos: quedaba escrito que habíamos hablado. Y esa escritura daba al vínculo una consistencia nueva, una especie de prueba material de una intimidad que quizá todavía no estaba probada por nada más. Uno podía releer. Uno podía examinar un comentario ambiguo como antes examinaba una mirada. Uno podía convertir la puntuación ajena en disciplina hermenéutica. Un punto final seco, una respuesta breve, una despedida anticipada: todo adquiría valor sintomático.

Nació así una nueva filología del deseo.

Yo la practiqué con una mezcla de fervor y ridiculez. Si tardaba en responder, imaginaba razones complejas. Si escribía más de lo habitual, interpretaba una apertura. Si una noche estaba especialmente aguda, me acostaba con la sensación de haber vivido algo importante. Si al día siguiente se mostraba distante, reconstruía retrospectivamente posibles errores míos, tonos mal calibrados, bromas que quizá habían sonado frías o ansiosas. La antigua neurosis amorosa encontraba en la tecnología no un remedio, sino un ecosistema de expansión.

Cada notificación era una microdosis de destino.

Conviene recordar, además, que entonces la conexión no era continua. Esa discontinuidad intensificaba todo. No vivíamos todavía bajo el régimen de disponibilidad permanente que más tarde volvería trivial la espera. Había momentos de acceso y momentos de desaparición técnica. La ausencia no siempre significaba estrategia ni desinterés; a veces significaba simplemente que la línea telefónica estaba ocupada, que alguien usaba el ordenador de casa o que la vida

offline seguía existiendo con una densidad menos negociable. Pero el deseo no distingue bien entre limitación técnica y drama simbólico.
Yo hice de esa confusión una gimnasia cotidiana.
Irene y yo -si es que era Irene, si es que era yo el que estaba allí con alguna fidelidad reconocible- sostuvimos durante un tiempo una conversación casi diaria. Hablábamos de música, aunque sospecho que exagerábamos nuestro criterio para parecernos más interesantes. Hablábamos de libros que a veces no habíamos terminado. Hablábamos de nuestras ciudades como si describiéramos países interiores. Hablábamos, sobre todo, de nimiedades cargadas de una tensión suplementaria por el simple hecho de dirigirse siempre a la misma persona.
La repetición crea intimidad incluso cuando el contenido es modesto.
Ese fue uno de los grandes descubrimientos de aquella época. No hace falta decir cosas extraordinarias para que alguien se vuelva importante. Basta con incorporarlo al circuito regular de la atención. Preguntar cómo fue el examen, comentar una canción, compartir una irritación doméstica, burlarse de un profesor, despedirse tarde, reaparecer temprano. El amor, o algo peligrosamente parecido, puede formarse a base de rutinas mínimas. La pantalla lo demostró con una eficacia sorprendente.
Había también un erotismo específico.
No me refiero solo al intercambio explícito, que existía a veces y otras no. Me refiero a una sensualidad verbal, diferida, casi abstracta, que nacía de la insinuación sin verificación. Una frase podía encender más que una imagen precisamente porque dejaba trabajo pendiente a la imaginación. El deseo digital temprano operaba mucho por sustracción: mostraba menos y por eso convocaba más. Su poder no residía en sustituir la

realidad, sino en convertir la falta de realidad en combustible.
La distancia siempre ha sido un afrodisiaco competente; la tecnología la volvió interactiva.
Recuerdo una noche especialmente intensa, aunque tal vez mi memoria la haya mejorado. Hablamos durante horas. Empezamos con ironías ligeras y acabamos entrando en ese territorio resbaladizo donde dos desconocidos o casi desconocidos se cuentan cosas que no han contado a nadie cercano. Ella habló de una tristeza de su madre, de una mudanza vivida como exilio menor, de una sensación persistente de estar un poco fuera de lugar. Yo respondí con alguna versión todavía inmadura de mis solemnidades habituales. En aquel momento sentí una cercanía extraordinaria.
Hoy sospecho que también sentí el prestigio de la confidencia.
No es exactamente lo mismo. Que alguien nos cuente algo vulnerable no significa necesariamente que nos haya elegido de forma profunda. A veces solo significa que el contexto lo facilita. La pantalla, la noche, la distancia, el anonimato relativo: todo ello reduce ciertos costes de exposición. Es más fácil revelar una fisura a quien todavía no tiene poder real sobre nuestra vida. Confundir esa facilidad con destino sentimental fue uno de los errores clásicos de mi generación conectada.
Pero los errores clásicos también educan.
Durante semanas viví pendiente de esa interlocución. Empecé a organizar el día con una pregunta secundaria pero insistente: ¿hablaremos esta noche? Es una servidumbre discreta, pero servidumbre al fin. La amante digital introducía una dependencia compatible con la vida normal y por eso mismo más difícil de detectar. Uno seguía estudiando, saliendo, comiendo con su familia, haciendo deberes o empezando

trabajos. Y sin embargo una parte de la conciencia quedaba reservada, como un cuarto encendido en otra planta, para la eventual aparición de esa persona incorpórea.
Qué bien se adapta el deseo a los formatos disponibles.
Hubo un momento, inevitable, en que surgió la posibilidad de vernos.
Toda relación digital que aspira a algo más que a su propia liturgia verbal se acerca tarde o temprano a ese borde. El encuentro funciona entonces como prueba y amenaza. Por un lado, promete la consumación de lo imaginado. Por otro, pone en riesgo la arquitectura misma de la imaginación. Mientras el otro no tiene cuerpo delante de nosotros, puede seguir albergando muchas versiones compatibles. El encuentro destruye esa tolerancia. Obliga a elegir una realidad.
Yo quise y temí esa prueba con igual intensidad.
Hablamos vagamente de una tarde, de una estación, de un café. Todo era aún hipotético, pero bastó para que el vínculo cambiara de temperatura. Empecé a pensar no solo en lo que diríamos, sino en cómo sería su voz fuera del texto, su altura, su manera de esperar de pie, de mirar cuando calla, de reír si algo sale mal. Es decir: empecé a devolverla al reino de los cuerpos. Y allí, de pronto, la relación perdía parte de su omnipotencia imaginaria.
No toda intimidad soporta la gravedad.
La cita, por supuesto, no ocurrió. O mejor dicho: ocurrió de la manera más característica de ese tipo de historias, que es no ocurrir del todo. Hubo un cambio de planes, una imposibilidad, una explicación suficiente para no romper y demasiado ambigua para tranquilizar. Lo aplazamos. Después volvió a mencionarse. Después dejó de mencionarse. La conversación continuó todavía un tiempo, pero ya bajo la sombra de esa

suspensión. Algo se había revelado sin necesidad de revelarse completamente: el vínculo funcionaba mejor como promesa que como presencia.
Eso me dolió más de lo razonable.
No porque hubiera perdido una relación consumada, sino porque se deshacía una hipótesis a la que yo había concedido mucho valor psíquico. La amante digital no solo me interesaba como persona; me interesaba como dispositivo de esperanza. Permitía imaginar que existía en alguna parte una interlocutora ideal, una inteligencia afín, una sensibilidad disponible para entrar en contacto conmigo sin las torpezas, jerarquías y accidentes del mundo inmediato. Era una utopía portátil. Y como toda utopía, pedía no ser comprobada demasiado pronto.
Con el tiempo entendí que también yo era, para ella, probablemente una edición favorable.
Quizá ocupaba en su pantalla un lugar equivalente al que ella ocupaba en la mía: un hombre o un muchacho hecho de frases, ritmos de atención y lagunas estratégicas, más interesante por lo que no podía verificarse que por lo que efectivamente era. Pensar eso alivia un poco el narcisismo retrospectivo. No fui engañado por una hechicera tecnológica. Participé, junto con otra persona igualmente incompleta, en una ficción cooperativa cuya materia prima era la distancia.
Las ficciones cooperativas pueden ser intensísimas.
Y no por ello dejan de ser parcialmente falsas.
Sería fácil concluir que aquella experiencia fue una pérdida de tiempo o un ensayo inmaduro de relaciones futuras. No me parece justo. Aprendí varias cosas que luego me hicieron falta. Aprendí que la conversación puede erotizarse hasta volverse casi autosuficiente. Aprendí que la afinidad verbal no garantiza la afinidad vital. Aprendí que una persona puede ocupar mucho espacio emocional sin haber ocupado nunca una silla

frente a nosotros. Y aprendí, quizá sobre todo, que la imaginación afectiva se adapta con una rapidez prodigiosa a cada nueva tecnología de presencia.
Eso no ha dejado de ocurrir.
Solo han cambiado las interfaces, las velocidades y los modales de la ilusión. Lo que en mi caso empezó con conexiones torpes y ventanas de chat hoy sucede con una fluidez mucho más invasiva: mensajes instantáneos, fotografías continuas, audios, videollamadas, indicadores de lectura, estados, algoritmos de compatibilidad, perfiles curados hasta el delirio. Pero el mecanismo profundo se parece bastante. Seguimos queriendo al otro a través de una mezcla inestable de señales reales y huecos que nuestra necesidad rellena.
La amante digital fue, en ese sentido, una figura histórica y también permanente.
Histórica, porque pertenecía a una fase concreta de la tecnología, cuando la distancia aún conservaba cierta lentitud y cierta penumbra. Permanente, porque nombra algo más antiguo que internet: nuestra capacidad para enamorarnos de una voz incompleta, de una inteligencia entrevista, de una promesa de compañía que todavía no ha chocado con la resistencia de lo real. La novedad no era enamorarse de un fantasma. De fantasmas nos enamoramos desde siempre. La novedad era que el fantasma respondía en tiempo real.
Eso complicó mucho las cosas.
O quizá solo las hizo más evidentes.
Mirando atrás, no creo que Irene fuera el gran amor secreto de aquella etapa. Tampoco una impostura trivial. Fue más bien una estación intermedia en mi educación sentimental: el momento en que entendí que el deseo puede agarrarse a la palabra con una fuerza comparable a la del cuerpo, pero también que esa

fuerza produce espejismos específicos. La pantalla amplifica la compatibilidad imaginada y amortigua casi todo lo que la realidad usa para corregirnos.
La corrección llega tarde, pero llega.
A veces llega en forma de encuentro decepcionante. A veces en forma de desaparición gradual. A veces, como en nuestro caso, en forma de aplazamiento indefinido, que es quizá la manera más elegante que tiene la irrealidad de protegerse a sí misma. Mientras no nos vimos, pudimos seguir siendo versiones prometedoras el uno para el otro. Cuando dejó de ser plausible vernos, la conversación perdió su horizonte y terminó adelgazando hasta volverse prescindible. Ningún vínculo sobrevive mucho tiempo sin alguna clase de futuro imaginable.
Cuando se apagó del todo, no hubo escena.
Eso también es característico de estos afectos. No terminan con portazos ni con una última mirada en un andén. Terminan por descenso de intensidad, por asincronía creciente, por distracciones acumuladas, por una tarde en que uno piensa en escribir y no escribe, y otra en que el otro responde con cortesía sin abrir ya ninguna puerta lateral. La desaparición digital tiene algo de evaporación burocrática. Y, sin embargo, duele.
Duele porque no perdemos solo a una persona. Perdemos también una versión de nosotros que existía mejor en ese medio. Yo era con Irene más ingenioso, más atento, más constante, más verbalmente flexible de lo que quizá lograba ser cara a cara. Ella, o la figura que yo construí con su nombre, activaba en mí una parte especialmente dúctil de la inteligencia afectiva. Al terminar aquella conversación larga en el tiempo, no solo se cerró un vínculo: se cerró un pequeño teatro nocturno en el que yo había aprendido a representarme de otro modo.

Toda relación es también una tecnología del yo.
Por eso la amante digital dejó huella.
No por su excepcionalidad irrepetible, sino por su carácter inaugural. Fue la primera vez que comprendí de verdad que la intimidad podía fabricarse en un espacio sin contacto, y que esa fabricación tenía leyes propias, recompensas genuinas y trampas muy elegantes. No me vacunó contra nada, por supuesto. Después vinieron otras conversaciones, otras pantallas, otros entusiasmos desproporcionados por mensajes bien escritos o por silencios mal administrados. Pero ya existía un precedente. Ya sabía que el corazón puede instalarse sin demasiados escrúpulos en una interfaz.
Y que luego le cuesta desalojarse.
Si Laura había representado la perseverancia tímida, Silvia la distancia embellecida, Beatriz la tristeza como imán narrativo, Elvira la promesa del afuera y Marta la seducción de la ligereza, la amante digital añadió otra lección a mi colección de malentendidos formativos: la reciprocidad textual puede parecer una forma plena de encuentro y, al mismo tiempo, ser solo su simulacro mejor escrito.
No es una enseñanza menor.
Seguimos viviendo dentro de ella.
Porque desde entonces amar incluye siempre, de un modo u otro, una negociación con las mediaciones. Incluso las relaciones más físicas, más domésticas y más verificadas conviven hoy con capas de mensaje, demora, interpretación de pantallas, sobrelectura de signos mínimos. Todos llevamos dentro un pequeño exégeta de notificaciones. Todos sabemos ya que una frase escrita tarde puede alterar el clima del día siguiente. Todos hemos sentido alguna vez que alguien estaba muy cerca en el teléfono y muy lejos en la vida, o al revés.

La amante digital fue la primera en enseñarme esa paradoja.
No era una mujer entera. Era una presencia intermitente, una inteligencia probablemente real y un deseo seguramente exagerado por las condiciones de su aparición. Pero durante un tiempo ocupó un lugar verdadero. Y eso basta para concederle un capítulo.
No por nostalgia tecnológica ni por melancolía generacional, sino porque allí empezó una forma de amor contemporáneo que ya no nos abandona: esa en la que el otro existe a medias en la realidad y a medias en el sistema nervioso de nuestras expectativas.
Entre la ausencia y el texto, entre el icono encendido y la noche, aprendí algo que no he terminado de desaprender: también se puede echar de menos a alguien a quien nunca se ha tenido.

Capítulo 9: La que volvió

No volvió del todo.
Nadie vuelve del todo, en realidad. Regresan una voz, un gesto reconocible, una manera de escribir el propio nombre, cierta inclinación de la memoria a encenderse con materiales mínimos. Pero la persona que regresa nunca coincide exactamente con la que se fue, y menos aún con la que uno se quedó fabricando durante su ausencia. Aun así, llamamos regreso a esa perturbación precisa: la reaparición de alguien a quien ya habíamos archivado en una zona relativamente estable del pasado.
Con Laura, o con Silvia, o con alguna mezcla secreta de varias mujeres que mi memoria ha preferido condensar para no admitir hasta qué punto repetía

siempre la misma historia con decorados apenas distintos, me ocurrió eso.
Habían pasado años. No sé cuántos exactamente, y sospecho que ese borramiento no es casual. La cronología exacta importa menos que la textura del intervalo. Ya había ocurrido bastante vida entre medias como para que el vínculo pareciera amortizado: trabajos, mudanzas, lecturas, alguna relación más seria, varios entusiasmos menores, decepciones administradas con mejor o peor estilo, la lenta sedimentación de una identidad adulta que nunca termina de consolidarse pero aprende al menos a fingir consistencia. Yo no pensaba en ella de manera activa. O eso creía.
El pasado trabaja mejor cuando parece inactivo.
Fue un mensaje, por supuesto.
Casi siempre lo es. Las vueltas contemporáneas rara vez llegan por la calle, mediante un encuentro imposible a la salida de un cine o en la esquina exacta donde la literatura clásica colocaba a sus antiguos amantes. Llegan por una pantalla. Un nombre que reaparece. Una notificación que desordena con muy poca materia visible una tarde que hasta ese momento estaba dedicada a tareas razonables. Ni siquiera hacía falta una frase elaborada. Bastaba un saludo de apariencia funcional, una excusa lateral, una referencia casual: "He pensado en ti por algo que vi", "no sé por qué me acordé", "estuve ordenando papeles", "apareció tu nombre en una conversación".
El contenido era lo de menos. Lo decisivo era la irrupción.
Recuerdo con nitidez la sensación física, que es siempre un poco humillante.
Uno querría creer que ha desarrollado una relación madura con el pasado, que ya no depende de esas sacudidas elementales, que los años han hecho su

trabajo y que ciertas personas han quedado reducidas a la escala administrable de un recuerdo con bordes. Pero basta que un nombre vuelva a encenderse para que el cuerpo desmienta toda esa pedagogía. Hay un segundo de suspensión, una alteración microscópica del pulso, una concentración súbita de la atención. No es amor. No es deseo, al menos no todavía. Es reconocimiento con carga.

La memoria tiene reflejos más rápidos que la inteligencia.

Contesté tarde, deliberadamente.

O mejor dicho: fingí deliberación allí donde había sobre todo desconcierto. Leí el mensaje varias veces, como si la repetición pudiera extraer de él una intención estable. Me pregunté qué tono convenía, qué dosis de sorpresa era decorosa, cuánta alegría resultaría honesta y cuánta parecería una forma de disponibilidad retrospectiva. Me vi, en suma, haciendo de nuevo algo que ya conocía demasiado bien: interpretar no solo a la otra persona, sino la imagen de mí mismo que deseaba ofrecerle en el momento del reencuentro.

Hasta para volver necesitamos una puesta en escena.

Ella escribía con una naturalidad que me irritó un poco y me atrajo bastante.

Hay personas que reaparecen sin pedir disculpas por el tiempo. Tratan los años como si fueran un pliegue menor de la conversación, no una interrupción decisiva. Esa desenvoltura puede leerse como elegancia o como abuso, según el estado de ánimo del receptor. En mi caso produjo las dos cosas a la vez. Me molestaba que pudiera entrar de nuevo en mi atención con esa ligereza; me gustaba precisamente por eso. Seguía teniendo, al parecer, la capacidad de instalarse en mi sistema nervioso con una economía de medios ofensiva.

Algunas personas conservan su antiguo privilegio incluso después de perderlo todo.
Empezamos a escribirnos.
Al principio con cautela verbal, como quien tantea la solidez de un puente viejo. Preguntas generales, referencias laborales, ciudades, padres que habían envejecido, amigos que se habían dispersado, algún comentario sobre la rareza de retomar contacto. Nada especialmente íntimo y, sin embargo, desde muy pronto apareció esa velocidad específica del reconocimiento antiguo: la capacidad de saltarse etapas que con cualquier otra persona exigirían semanas o meses. No porque siguiera intacta la intimidad, sino porque el idioma compartido, aunque oxidado, todavía existía en alguna parte.
Volver a hablar con alguien del pasado se parece un poco a encontrar una llave en un abrigo que ya no usamos.
Uno no recuerda de inmediato qué puerta abría.
Pero la forma de la llave despierta una arquitectura.
Eso fue lo que me ocurrió. Cada intercambio actual convocaba, sin necesidad de nombrarlos, sedimentos viejos: un tono que ya conocía, un modo de esquivar ciertas preguntas, una ironía defensiva, la forma en que ella administraba la cercanía sin comprometer del todo su posición. Yo reconocía esas operaciones y al mismo tiempo quería creer que ahora significaban otra cosa.
El regreso tiene ese autoengaño incorporado: nos persuade de que el pasado no vuelve como repetición, sino como versión corregida.
Muy pocas veces es cierto.
Ella había cambiado, desde luego.
Sería injusto negarlo. Había en su manera de contarse menos ansiedad, menos necesidad de resultar excepcional, menos inclinación a dramatizar su propio desorden. O quizá simplemente había aprendido a

editar mejor. Con los años uno no siempre se vuelve más sabio; a veces solo se vuelve más legible. Yo también ofrecía una versión mejor compuesta de mí mismo: menos enfático, más capaz de escuchar, quizá algo menos deslumbrado por mi propio sufrimiento. Dos adultos pueden reencontrarse y experimentar sinceramente la impresión de que esta vez sí sabrán hacerlo bien. La experiencia, por desgracia, no elimina la estructura.

Solo la vuelve más sofisticada.

Durante los primeros días me sorprendió la facilidad. No la facilidad de amar, que sería una exageración ridícula, sino la facilidad de volver a esperar. Ahí estaba otra vez, con ropas nuevas, una disposición que creía mejor domesticada. Mirar el teléfono con una atención ligeramente superior a la necesaria. Percibir el día atravesado por un hilo secundario: si respondería, si propondría continuar, si ese comentario aparentemente neutro escondía una invitación a aumentar la temperatura del vínculo. Resultaba casi cómico comprobar con qué rapidez una parte de mí retomaba antiguos reflejos.

El corazón tiene menos ideas nuevas de las que presume.

Nos vimos unas semanas después.

Esa fue la diferencia decisiva respecto de otras historias. No quedó todo en el territorio cómodo y cruel de la escritura. Hubo encuentro. Un café primero, en un lugar deliberadamente neutro, como si la neutralidad espacial pudiera inmunizar a dos personas contra la sobrecarga de lo que llevan a cuestas. Llegué antes. Siempre llego antes cuando me importa demasiado parecer que no me importa demasiado. La vi acercarse desde cierta distancia y experimenté esa mezcla muy exacta de reconocimiento y extrañeza que quizá constituye la verdad más sincera de cualquier regreso.

Era ella y no lo era.
O, dicho con más precisión, era una mujer real que entraba en conflicto con varias versiones acumuladas de sí misma. La muchacha que había sido. La figura que yo conservaba. La interlocutora reciente del teléfono. La persona concreta que ahora caminaba hacia mí con un abrigo oscuro, una forma ligeramente distinta de sonreír y una serenidad corporal que antes no tenía o que yo no había sabido ver. Nos saludamos con ese breve cálculo físico de los adultos urbanos que no saben si corresponde un abrazo firme, uno lateral o una solución mixta de cortesía emocionalmente ambigua.
El cuerpo corrige enseguida la retórica.
Nos sentamos y hablamos con soltura.
Eso fue, precisamente, lo problemático. No hubo desastre. Ninguna decepción teatral. Ningún silencio catastrófico, ningún descubrimiento brutal de incompatibilidad, ninguna frase irreparable. La conversación fluyó con una mezcla agradable de inteligencia, memoria compartida y observación del presente. Nos reímos bastante. Evocamos personas en común, exageramos nuestra lucidez sobre quienes habíamos sido, nos concedimos indulgencias retrospectivas, nos contamos algunas derrotas recientes con la elegancia suficiente para que no parecieran peticiones de rescate. Todo funcionaba.
Y, sin embargo, algo no terminaba de encajar.
Tardé en entender qué era.
No faltaba química, al menos no en un sentido simple. Tampoco sobraba. Lo que fallaba era más sutil: la reaparición había activado con fuerza el pasado, pero no producía por sí sola un futuro. Estábamos muy capacitados para reconocernos y bastante menos para inaugurar algo. El encuentro tenía espesor, incluso encanto, pero ese espesor miraba hacia atrás. Se

alimentaba de la continuidad, no de la posibilidad. Podíamos conversar muy bien sobre lo que habíamos sido, incluso sobre lo que éramos; costaba más imaginar con naturalidad qué haríamos el uno con el otro en el tiempo venidero.

No toda afinidad resucitada sabe volverse proyecto.

Salimos del café y caminamos un rato.

La ciudad, como hacen a veces las ciudades cuando dos personas necesitan interpretar una escena sin admitir que la están interpretando, ofrecía una temperatura amable, terrazas medio llenas, una luz que favorecía la ilusión de que las cosas podían tomar una dirección ligeramente más novelesca. Hablamos de tonterías. De música, de alquileres absurdos, de una librería que ya no existía, de un bar donde nunca habíamos entrado juntos pero que de pronto parecía pertenecernos por el solo hecho de llevar años ahí. Yo me descubrí mirándola con atención doble: atendiendo a lo que decía y, a la vez, evaluando si deseaba tocarle el brazo al cruzar una calle, si ese gesto sería natural, si lo esperaba, si lo evitaría.

La madurez no elimina la torpeza; la internaliza.

Nos despedimos sin resolver nada.

Otra vez: no hubo fracaso visible. Un abrazo algo más largo que el inicial, una mención plausible a repetir, una sonrisa que podía significar varias cosas sin comprometerse del todo con ninguna. Regresé a casa con un estado anímico difícil de resumir. No estaba eufórico. No estaba decepcionado. Estaba activado. El reencuentro no había cumplido ninguna fantasía clara, pero había reabierto una zona. Eso basta para alterar varios días.

Dormí mal, que es otra forma de decir que la escena siguió ocurriendo sin mí.

Volvimos a escribirnos.

Ahora con una confianza mayor y una incomodidad nueva. Después del encuentro, la conversación ya no era simple recuperación cordial ni podía declararse todavía nada distinto. Había entrado en esa franja donde cada mensaje soporta una presión interpretativa adicional. Si uno escribe demasiado, parece adelantarse. Si escribe poco, parece protegerse. Si propone vernos pronto, quizá fuerce una definición prematura. Si demora la propuesta, tal vez deje caer una energía que solo existe mientras se la alimenta. Las relaciones que vuelven no disfrutan de inocencia; nacen sobre un campo ya significado.

Cada gesto tiene antecedentes.

Yo notaba, además, una duplicación incómoda.

No me relacionaba solo con ella, sino también con mi yo anterior. Cada intercambio actual convocaba una comparación silenciosa entre el hombre que yo era ahora y el muchacho que alguna vez había esperado más de la cuenta, callado más de la cuenta o convertido media señal en arquitectura emocional.

Quería comportarme con una lucidez adulta y, al mismo tiempo, descubrí que cierta parte de mí seguía deseando exactamente lo mismo de siempre: ser escogido con claridad, sin ambigüedades ornamentales, por una mujer cuya atención me importaba demasiado.

Hay deseos que envejecen muy poco.

Durante un tiempo creí que esta vez sí podía ocurrir algo.

No una gran pasión devastadora, que a mi edad ya me interesaba menos como promesa que como amenaza, sino algo más raro y tal vez más valioso: una relación asentada sobre conocimiento previo, afinidad real y una cierta ternura por las versiones antiguas de nosotros mismos. La idea tenía atractivo. Permitía leer el pasado no como error, sino como prólogo torpe de

una posibilidad finalmente madura. Me seducía esa simetría narrativa. Sospecho que me seducía incluso demasiado.
Las historias redondas son adictivas porque la vida casi nunca las concede.
La segunda vez que nos vimos fue peor y mejor.
Peor porque desapareció el impulso novelesco del primer reencuentro. Mejor porque apareció una verdad más limpia. Cenamos en un sitio menos neutro, más ruidoso, con mesas demasiado próximas y una iluminación que no favorecía ninguna mitología. Hablamos bien, otra vez, pero ahora emergieron pequeñas fricciones que la primera tarde había conseguido aplazar: ritmos distintos, prioridades distintas, maneras distintas de juzgar ciertas decisiones, cierta asimetría en el entusiasmo con que imaginábamos el lugar que el otro podía ocupar en nuestras vidas inmediatas.
La realidad, cuando llega, suele empezar por detalles de cadencia.
Nada de eso era grave.
Ese fue el problema. Si hubiera existido una incompatibilidad brutal, todo habría resultado más fácil. Las grandes decepciones simplifican. En cambio, lo nuestro se movía en una zona mucho más difícil de administrar: había interés, aprecio, incluso una forma tenue de deseo, pero no la convergencia suficiente como para justificar un salto confiado. Yo la veía y pensaba que podría quererla. También pensaba, casi al mismo tiempo, que el esfuerzo para convertir esa posibilidad en una vida compartible quizá exigiría una cantidad de fe que ninguno de los dos estaba dispuesto a ofrecer.
No basta con que alguien vuelva; tiene que llegar a tiempo.
Ahí estaba la cuestión, aunque tardé en formularla.

No se trataba solo de quiénes éramos, sino de cuándo nos encontrábamos de nuevo. Ella salía de una etapa ambigua, con residuos afectivos mal cerrados y una energía defensiva muy pulida. Yo venía de mis propias fatigas, menos dispuesto que antes a idealizar la incertidumbre como prueba de profundidad. Nos gustábamos en un punto razonable, pero la razón pocas veces funda por sí sola una historia. Y el deseo, en cambio, no alcanzaba temperatura suficiente para imponerse a las cautelas.

Dos personas compatibles en abstracto pueden ser inviables en calendario.

Hubo un momento en que lo vi con claridad dolorosa. Estábamos caminando después de cenar. Ella dijo algo trivial, no recuerdo qué, y luego se quedó callada. En ese silencio entendí que ambos estábamos esperando que el otro produjera una señal que resolviera la ambivalencia general de la escena. Un gesto, una frase, una decisión mínima que inclinara el vínculo hacia el amor o hacia la cordialidad definitiva. Nadie lo hizo. No por cobardía pura, aunque algo de eso habría, sino porque los dos percibíamos que cualquier definición rotunda exageraría una verdad todavía insuficiente.

A veces la lucidez se parece demasiado a la renuncia.

Nos despedimos con más cansancio que tristeza. Después vinieron unos días de mensajes irregulares, amables, decrecientes. Ninguna pelea. Ningún reproche. Ninguna escena digna de ser contada durante años. Solo el desgaste de una posibilidad que no encontraba combustible suficiente fuera del encanto retrospectivo. Y ahí entendí la lección específica de las personas que vuelven: no basta con que el pasado conserve magnetismo. Tiene que poder traducirse en presente sin depender de su propia leyenda.

La memoria seduce; la convivencia selecciona.

No le guardo rencor por eso.
Sería absurdo. Ella no me prometió nada que yo no hubiera completado por mi cuenta con materiales viejos y una imaginación bien entrenada. Si me dolió, fue menos por lo que perdía que por lo que se desmontaba en mí: la fantasía de que ciertas conexiones importantes no desaparecen del todo, sino que esperan su segunda oportunidad en una especie de cámara templada del destino. Es una idea bellísima. También es, casi siempre, falsa o solo parcialmente cierta.
Hay regresos que existen para clausurar con elegancia lo que la primera vez quedó mal archivado.
Quizá eso fue lo nuestro.
No una reanudación frustrada, sino una corrección tardía. La vida nos concedió una segunda lectura y en esa lectura descubrimos que el texto tenía interés, música, zonas memorables, pero no la fuerza necesaria para convertirse ya en argumento principal. Pudo haber sido distinto en otra edad, en otra ciudad, con menos miedo o más imprudencia. Ese condicional, por supuesto, no sirve para vivir, pero ayuda a interpretar sin crueldad.
No todas las historias están hechas para triunfar; algunas están hechas para explicarnos.
La que volvió me enseñó algo incómodo y útil.
Que una parte de nuestra educación sentimental consiste en aceptar que no toda intensidad inconclusa merece una segunda construcción. A veces merece solamente una revisión honesta. Mirarla de frente. Ver qué había de verdad, qué de proyección, qué de oportunidad perdida y qué de simple desajuste estructural. Entender, además, que el regreso de alguien no obliga a retomar el personaje que fuimos con esa persona. Podemos recordar sin reingresar del todo.

Aunque no siempre lo logremos a la primera.
Durante un par de semanas recaí, en versión atenuada, en viejos hábitos.
Releer mensajes. Ensayar explicaciones. Preguntarme si una frase distinta, una invitación más clara, una caricia no dada o dada a destiempo habría alterado el desenlace. Son ejercicios estériles, pero tienen una seducción casi artesanal. Nos permiten fingir que la historia dependió de un mecanismo corregible y no de algo más ingrato: una insuficiencia difusa, una falta de coincidencia profunda, un sí que nunca llegó a tener densidad de sí. Con el tiempo dejé de hacerlo.
La serenidad, cuando llega, suele parecerse bastante al aburrimiento interpretativo.
Hoy pienso en ella con una mezcla de afecto y alivio. Afecto, porque fue importante en dos tiempos distintos de mi vida y no conviene trivializar a quienes nos ayudaron, aun involuntariamente, a entender cómo deseamos. Alivio, porque no todo reencuentro destinado a parecer significativo merece convertirse en destino. Hay un prestigio excesivo en la idea del retorno amoroso, como si lo que vuelve viniera avalado por una verdad más profunda que lo nuevo. No siempre. A veces vuelve solo porque todavía podía volver.
Y eso no es lo mismo.
La que volvió no restauró nada.
Tampoco destruyó nada esencial. Hizo algo más interesante: puso a prueba la mitología privada que yo conservaba sobre ciertas mujeres y sobre mi propia capacidad de continuar donde había quedado una frase muchos años antes. Descubrí que algunas frases, si se retoman tarde, ya no continúan: se glosan. Se comentan con inteligencia, con ternura, incluso con deseo ocasional, pero ya no avanzan hacia la novela.

Se parecen más a una nota al margen que a un nuevo capítulo.
Aunque a veces esa nota al margen ilumina el libro entero.
Entendí entonces que el pasado amoroso no está lleno solo de personas perdidas.
Está lleno también de tiempos perdidos. Y esos son más irrecuperables. Uno puede volver a ver a alguien, volver a tocar una mano, volver a escuchar una risa. Lo que no vuelve es la estructura invisible de circunstancias, vulnerabilidades, ignorancias y apetitos que hizo posible cierta forma concreta de intensidad. Intentar reproducirla suele ser tan inútil como conmovedor. No fracasamos por falta de voluntad. Fracasamos porque el río no es metáfora: de verdad no pasa dos veces por el mismo cauce.
La que volvió me hizo sentir eso con una precisión poco literaria y muy práctica.
Después dejamos de escribirnos casi sin decisión.
No hubo declaración de cierre. Solo una disminución razonable, casi adulta, del voltaje. Algún mensaje suelto, una felicitación en fecha señalada, una reacción mínima a alguna noticia compartida por accidente algorítmico. Nada hostil. Nada íntimo. Nos convertimos en eso que tantas relaciones llegan a ser cuando ya no pueden aspirar ni al amor ni al olvido: una posibilidad desactivada que conserva modales.
También esa forma de vínculo tiene su dignidad.
Si la amante digital me enseñó que puede echarse de menos a quien nunca se tuvo, la que volvió me enseñó otra variación no menos contemporánea: puede desearse de nuevo a quien ya no pertenece al tiempo en que habría sido deseable de verdad. No basta el reconocimiento. No basta la historia. No basta incluso la ternura. Hace falta una coincidencia más completa entre presente y promesa. Cuando falta, lo mejor que

puede hacerse es no confundir la emoción del reencuentro con la viabilidad de un comienzo.
No es cinismo. Es higiene de la esperanza.
Por eso le concedo este capítulo.
No por haber sido el gran regreso romántico que durante unos días quise imaginar, sino por haber arruinado con bastante elegancia esa fantasía. Me hizo bien, al final, descubrir que no todo lo pendiente está llamado a resolverse en forma de recompensa. Algunas cosas pendientes solo quieren ser comprendidas antes de extinguirse por segunda vez, ahora sí de manera menos supersticiosa.
Fue una lección sobria.
Y a cierta edad, las lecciones sobrias valen más que las promesas exaltadas.

Capítulo 10: La última confesión

No todas las confesiones llegan para revelar.
Algunas llegan para clausurar con palabras lo que ya estaba terminado en los hechos. No traen una verdad nueva, sino una forma verbal de una verdad que el cuerpo, la conducta y el desgaste ya conocían desde antes. Confesar, en esos casos, no es descubrir; es ordenar retrospectivamente el caos para que la memoria pueda archivarlo con una dignidad mínima.
Uno dice por fin lo que había venido diciendo mal, tarde o a medias.
Eso fue, creo, lo que ocurrió con la última confesión.
No la hice en una noche memorable.
Tampoco en una estación, bajo la lluvia, ni después de una despedida en aeropuerto, como si la literatura necesitara siempre prestarle al sentimiento una

escenografía suplementaria. Ocurrió en un espacio mucho más acorde con la verdad de casi todas las cosas importantes: un interior corriente, una hora indecisa, una conversación que al principio no parecía distinta de tantas otras. Habíamos llegado hasta allí después de una serie de aproximaciones defectuosas, silencios tácticos, malentendidos administrados con cortesía y una familiaridad que, a fuerza de no definirse, había adquirido la consistencia ambigua de las costumbres.

Las costumbres sentimentales son peligrosas porque imitan muy bien a los vínculos.

Yo ya sabía, en alguna parte, que aquello no iba a durar.

No porque faltara afecto. Ni siquiera porque faltara del todo la ilusión. Faltaba algo más difícil de nombrar y, por eso mismo, más decisivo: la fe compartida en que lo que hacíamos merecía convertirse en destino y no solo en intermitencia. Nos habíamos acostumbrado a una relación que ofrecía intensidad dosificada, comprensión parcial, deseo irregular y una ternura suficiente para postergar la ruptura sin llegar nunca a desmentirla. No éramos infelices de un modo limpio. Éramos insuficientes de una manera sofisticada.

La infelicidad franca, al menos, simplifica algunas decisiones.

Durante semanas fui aplazando la frase necesaria. Uno aprende con los años que casi todas las frases necesarias son desagradables, y que precisamente por eso conviene no adornarlas demasiado. Pero también aprende otra cosa menos noble: que existe una voluptuosidad discreta en demorar lo evidente. Mientras no se diga, parece que todo sigue abierto. Mientras no se nombre el final, todavía puede fingirse que solo atravesamos una fase rara, una fatiga temporal, un pequeño desajuste de ritmos que la

paciencia terminará corrigiendo. El lenguaje tiene el poder incómodo de volver irrevocable lo que antes solo era progresivamente cierto.
Callar es, a veces, una superstición contra las consecuencias.
Ella hablaba como quien también pospone algo. Reconocía en su tono esa mezcla de cuidado y distancia que aparece cuando dos personas siguen tratándose con afecto pero ya no se mueven hacia el mismo lugar. Había dulzura, sí, pero una dulzura administrada; una cordialidad íntima que dejaba fuera el porvenir. Nos seguíamos viendo, nos seguíamos escribiendo, incluso podíamos pasar buenas horas juntos, pero todo estaba rodeado por una atmósfera de provisionalidad no declarada. Éramos, de un modo cada vez más claro, una relación sostenida por la inercia emocional de lo ya vivido y no por el impulso verdadero de lo que aún quería nacer.
Hay vínculos que no terminan de romperse porque en realidad ya se han ido deshabitando.
La confesión consistió en decir eso sin metáforas.
O casi sin metáforas, que para mí venía a ser una forma extrema de desnudez. Le dije que la quería, porque era verdad, pero que hacía tiempo había dejado de saber qué hacer con ese querer. Le dije que me importaba profundamente y que precisamente por eso me parecía cada vez más cruel seguir llamando promesa a lo que empezaba a parecerse demasiado a una administración elegante de la renuncia. Le dije, en suma, algo muy simple y muy difícil: que seguir no era ya una forma de esperanza, sino una forma de miedo.
Hay verdades cuyo valor depende menos de su profundidad que de su puntualidad.
No lloró.
Yo tampoco. Siempre me ha parecido sospechosa la idea de que la verdad emocional solo adquiere

autenticidad cuando va acompañada de lágrimas, temblores o abrazos definitivos. A veces la tristeza comparece de otro modo: en la quietud, en la ausencia de dramatismo, en esa serenidad un poco exhausta con la que dos personas admiten al fin lo que llevan tiempo sabiendo por separado. Ella me escuchó con atención completa, y luego dijo algo que no he olvidado, aunque ya no recuerde las palabras exactas: que también estaba cansada de defender una historia cuya parte más viva ocurría siempre en el pasado o en la imaginación.

La lucidez compartida tiene algo de derrota y algo de alivio.

Lo extraño fue que, por un instante, la sentí más cerca que en los mejores momentos de la relación.

Quizá porque por fin no estábamos negociando una versión soportable de nosotros mismos. No tratábamos de parecer más enamorados, más seguros, más disponibles o más capaces de futuro de lo que realmente éramos. No actuábamos para conservar el vínculo ni para forzar su rescate. Estábamos simplemente ahí, diciendo la verdad tardía. Y la verdad tardía, aun cuando no salva nada, tiene la cortesía de suspender durante unos minutos todas las pequeñas manipulaciones defensivas con las que solemos convivir.

Pocas intimidades son tan exactas como una despedida bien dicha.

Hablamos entonces de nosotros en pasado mientras todavía seguíamos sentados en presente.

Eso produce una rareza difícil de explicar. El lenguaje se adelanta a la biografía. Empieza a colocar las cosas en pretérito antes de que el cuerpo haya terminado de asimilar la pérdida. “Éramos”, “nos pasaba”, “nunca supimos”, “quizá queríamos”. Cada una de esas formas verbales iba creando una distancia nueva, un

pequeño escalón entre la escena y su recuerdo futuro. Yo la escuchaba y al mismo tiempo empezaba ya a extrañarla en una modalidad distinta: no como posibilidad amenazada, sino como hecho que comenzaba a retirarse.

La gramática sabe cerrar puertas antes que el corazón.

No discutimos sobre culpables.

Eso también fue una forma de madurez, o de agotamiento, que a cierta edad vienen a parecerse bastante. Habría sido fácil construir un pequeño juicio retrospectivo: señalar sus ambivalencias, mis cobardías, las asimetrías del deseo, las oportunidades mal leídas, las veces que cada uno pidió en un idioma que el otro ya no hablaba con soltura. Todo eso era cierto y, sin embargo, resultaba secundario. Lo esencial no era quién había fallado más, sino que la estructura misma del vínculo había dejado de producir verdad suficiente para sostenerlo.

No toda historia se arruina; algunas simplemente se quedan sin argumento.

Nos despedimos con una ternura sin entusiasmo.

Ese matiz importa. No fue un final violento ni un corte higiénico. Hubo abrazo, hubo silencio, hubo incluso un cuidado casi doméstico en la manera de recoger las últimas frases para no dejarlas tiradas como restos incómodos en medio del cuarto. Pero faltaba ese impulso secreto con el que, en otros tiempos, uno se habría aferrado a la despedida como si todavía pudiera revertirla en el último segundo. No ocurrió. Los dos sabíamos que insistir habría sido añadir ruido a una verdad que ya estaba bastante nítida.

A veces el amor termina no cuando desaparece, sino cuando deja de discutir con la realidad.

Volví a casa con una sensación menos trágica que vacía.

La tragedia concede protagonismo. La vaciedad, en cambio, tiene algo más humillante y más exacto. Nadie había muerto. Nadie me había abandonado de forma espectacular. No había un enemigo claro ni una escena digna de ser narrada con resentimiento durante años. Había solo una historia importante que terminaba sin épica porque llevaba mucho tiempo terminándose por dentro. Eso deja un hueco raro: no el hueco del golpe, sino el de la retirada.

Las pérdidas sobrias tardan más en volverse relato. Durante los días siguientes sentí el impulso infantil de corregir la confesión.

No porque creyera de verdad haberme equivocado, sino porque toda decisión dolorosa produce un pequeño espejismo de reversibilidad. Pensaba en escribirle para matizar, para suavizar, para convertir el cierre en una pausa interpretativamente más hospitalaria. Me contuve. Hay una forma de dignidad que consiste en no deshacer al día siguiente la claridad que tanto costó reunir la noche anterior. No siempre la he tenido. Esta vez, por fortuna, sí.

La madurez quizá no sea otra cosa que sostener una verdad después de haberla dicho.

Nos escribimos aún un par de veces.

Mensajes prácticos, restos de conversación, alguna frase afectuosa con el cansancio propio de quienes ya han dejado de pertenecer a la misma narración. Fue entonces cuando entendí que la última confesión no había consistido solo en reconocer el final de esa historia. Había sido también una confesión sobre mí mismo. Admitía al fin una vieja limitación personal: mi tendencia a prolongar lo ambiguo cuando lo ambiguo todavía me permite fantasear con una reparación futura. Durante años confundí complejidad con profundidad, intermitencia con intensidad, dificultad con valor.

No todo lo que cuesta merece ser sostenido.
Esa idea tardó mucho en ordenarme.
Yo venía de una educación sentimental bastante incompetente en materia de límites. Había aprendido a leer perseverancia donde a veces solo había temor a la pérdida, y nobleza donde a menudo no había más que incapacidad para renunciar a tiempo. Querer de verdad, me dije entonces, quizá incluya también la facultad de interrumpir una historia antes de convertirla por completo en una maquinaria de decepción elegante. No cortar por frialdad, sino por respeto a lo que alguna vez fue vivo.
Hay finales que honran mejor el amor que ciertas continuidades obstinadas.
La última confesión tuvo, además, otro efecto menos evidente.
Desactivó una superstición privada que yo había llevado conmigo durante años: la idea de que, si uno logra decir la verdad con suficiente precisión, el vínculo se transforma. Como si la palabra exacta tuviera poderes terapéuticos, redentores, casi mágicos. No es así. Decir la verdad no recompone necesariamente nada. A veces solo permite que lo real deje de fingir. Y, sin embargo, eso no es poco. Que una relación termine en la verdad y no en la confusión ya constituye una forma menor, pero apreciable, de salvación.
La claridad no evita la pérdida; evita su degradación.
Con el tiempo dejé de pensar en aquella conversación como en un fracaso.
Empecé a verla más bien como el momento en que por fin abandonamos una ficción que se había vuelto demasiado costosa para ambos. No fue la escena culminante de un gran amor. Fue algo más modesto y, por eso mismo, más valioso: el instante en que dos personas aceptan que la honestidad llega tarde, sí,

pero no tan tarde como para ser inútil. Hay algo profundamente humano en esa puntualidad imperfecta. Casi toda nuestra verdad sentimental llega con retraso. Si este libro ha hablado tanto del deseo, de la espera, de la proyección y de las deformaciones del amor contemporáneo, es porque sospecho que en todas esas experiencias hay una misma pregunta mal disimulada: qué parte de lo que sentimos pertenece realmente al otro y qué parte pertenece a la novela privada que construimos para no sentirnos contingentes. La última confesión no resolvió del todo esa pregunta, pero la volvió menos abstracta.
Comprendí que muchas veces no sufrimos solo por perder a alguien. Sufrimos también por tener que renunciar a la versión de nosotros mismos que esa historia nos permitía interpretar.
También el yo enamorado necesita duelo.
Esa noche, sin saberlo, terminó algo más que una relación.
Terminó una manera de esperar. Terminó una fe antigua en que las historias importantes debían ser necesariamente difíciles, sinuosas, casi imposibles, para merecer el prestigio emocional que yo solía concederles. Empezó a parecerme, por primera vez con una convicción no teórica, que el amor quizá no deba justificarse por su capacidad de herirnos o complicarnos, sino por la forma en que vuelve habitable la vida sin exigirnos una vigilancia perpetua del sentido.
El amor adulto no siempre enardece; a veces simplemente descansa.
Tardé bastante en aceptar esa conclusión.
Tal vez porque era menos brillante que mis antiguas ideas sobre la pasión. Tal vez porque implicaba reconocer que muchas de mis preferencias sentimentales habían estado contaminadas por el

gusto estético de la dificultad. Hay personas que se enamoran de una persona. Otras, además, se enamoran de una forma de relato. Yo pertenecí durante demasiado tiempo a esta segunda especie. La última confesión me dejó frente a ese hecho sin demasiadas excusas.
No es fácil renunciar a la belleza de ciertas equivocaciones.
Pero conviene.

Epilogo

Ahora que todo ha pasado, comprendo mejor el hilo secreto que unía estas historias.
No era solo el amor, ni el deseo, ni siquiera la soledad contemporánea con sus prótesis digitales, sus regresos tardíos y sus simulacros de intimidad sostenidos por pantallas, recuerdos y frases aplazadas. Era algo más constante y menos visible: mi manera de buscarme a mí mismo dentro de los vínculos equivocados, incompletos o insuficientes. Cada mujer, cada conversación, cada espera, cada regreso y cada retirada funcionó también como un espejo defectuoso. No me mostraban solo a ellas. Me mostraban la forma específica de mi hambre.
Amar mal enseña, entre otras cosas, la geometría de nuestras carencias.
Durante mucho tiempo creí que mis historias sentimentales eran una sucesión de azares con distinto vestuario.
Hoy sospecho que había un método involuntario en mi confusión. Elegía, o aceptaba, situaciones donde el deseo exigía interpretación constante, donde la reciprocidad nunca era del todo estable, donde la promesa dependía demasiado de signos ambiguos y de una imaginación dispuesta a completar lo que la

realidad no entregaba por sí sola. No lo hacía porque disfrutara conscientemente del sufrimiento. Lo hacía porque en ese régimen afectivo yo reconocía algo familiar: una intensidad que me mantenía ocupado, alerta, narrativamente vivo.

La incertidumbre, cuando se vuelve costumbre, puede llegar a confundirse con identidad.

No culpo ya a nadie por haber ocupado ese lugar en mi vida.

Ni a la amante digital, con su capacidad de convertir la ausencia en combustible. Ni a la que volvió, que puso en crisis mi superstición sobre las segundas oportunidades. Ni a la mujer de la última confesión, con quien aprendí que la honestidad tardía no repara, pero limpia. Todas fueron reales, a su manera. También lo fueron mis errores. Sería cómodo distribuir retrospectivamente la responsabilidad como quien ordena un archivo moral. La vida rara vez ofrece esa limpieza. Casi siempre hay participación compartida, malentendidos recíprocos y deseos que colaboran activamente en su propia decepción.

La madurez sentimental empieza cuando dejamos de narrarnos solo como víctimas o solo como culpables. Si algo quise entender al escribir estas páginas fue precisamente eso.

Cómo se forma una educación amorosa en tiempos de intermitencia. Qué hace la tecnología con la espera. Cómo administra el deseo una época donde la accesibilidad aparente multiplica la ambigüedad real. De qué manera los mensajes, las reapariciones, las conversaciones suspendidas y las microdosis de atención producen vínculos que no siempre llegan a encarnarse, pero sí dejan marca. Y, sobre todo, quise seguir la pista de una pregunta más íntima: cuántas veces llamé amor a lo que era en realidad hambre de confirmación, nostalgia de una intensidad anterior o

terror a una vida emocional demasiado llana para parecer importante.
Toda autobiografía afectiva es también una investigación sobre el autoengaño.
No he salido de esa investigación con respuestas gloriosas.
Salgo, más bien, con una sobriedad nueva. Sé mejor qué clase de ambigüedad me seduce y por qué conviene desconfiar de ella. Sé que el deseo puede ser inteligente y al mismo tiempo profundamente mal lector de la realidad. Sé que algunas personas no llegan para quedarse ni para arrasarlo todo, sino para señalar una falla de percepción que nos acompañaba desde antes.
Sé, también, que el pasado no tiene por qué ser corregido en forma de recompensa y que no toda historia inconclusa merece una segunda o tercera arquitectura.
Comprender no salva del todo, pero reduce bastante la superstición.
Hay, sin embargo, algo que no me gustaría perder en nombre de esa lucidez.
No quisiera convertirme en alguien tan higiénico que ya no pueda conmoverse, tan prudente que solo acepte vínculos garantizados, tan correcto en la administración de expectativas que termine viviendo fuera de la intemperie mínima que todo amor exige. La lección no es blindarse. Tampoco ironizar sobre la esperanza para no quedar expuesto a su fracaso. La lección, si existe, es más difícil: aprender a desear sin delegar en el otro la tarea completa de justificarnos, esperar sin fabricar una religión de cada señal y retirarse cuando haga falta sin transformar la retirada en cinismo.
La lucidez útil no deseca; afina.
Hoy miro hacia atrás y no veo una colección de errores anulables.

Veo una secuencia de tentativas torpes, intensas, a veces ridículas, a veces hermosas, mediante las cuales fui entendiendo algo elemental y siempre inacabado: que amar no consiste solo en encontrar a alguien, sino en descubrir desde qué parte de uno mismo se ama. Si esa parte está hecha de carencia pura, de vanidad herida o de hambre antigua, el vínculo se contamina pronto, incluso cuando el otro es generoso o genuino. Si, en cambio, uno logra amar desde una zona un poco menos desesperada, el amor quizá no se vuelve más espectacular, pero sí más habitable.

Tardé demasiado en apreciar el valor de lo habitable. Eso también forma parte de esta historia.

No porque haya alcanzado una sabiduría definitiva -sería una pretensión ridícula-, sino porque al menos he dejado de confundir profundidad con dificultad y destino con insistencia. Aún puedo equivocarme, desde luego. Seguramente lo haré. Pero ahora conozco mejor la textura de mis errores favoritos, y esa familiaridad ya constituye una defensa modesta. No contra el dolor, que siempre encontrará modos nuevos de presentarse, sino contra ciertas repeticiones especialmente innecesarias.

La experiencia no inmuniza; apenas vuelve menos ingenua la recaída.

Si algo deseo que permanezca después de este libro, no es una tesis sobre el amor contemporáneo.

Es una imagen más simple. La de alguien que, después de varias formas de extravío, empieza por fin a distinguir entre lo que lo enciende y lo que lo sostiene. Entre la fascinación y la compañía. Entre la reaparición de un fantasma y la presencia concreta de una persona disponible para construir tiempo. Entre el vértigo de ser elegido a medias y la calma extraña, menos literaria pero más fértil, de ser querido sin teatro excesivo.

Quizá crecer en el amor consista solo en aprender esa diferencia a tiempo.
O casi a tiempo, que es lo máximo a lo que solemos llegar.
Cierro aquí no porque la historia del deseo termine, sino porque esta forma particular de entenderla ha dicho ya lo que podía decir. Las personas de estas páginas -las que estuvieron, las que volvieron, las que no acabaron de llegar y las que se fueron incluso estando cerca- no componen un mapa del amor, sino el mapa incompleto de una conciencia aprendiendo a leer sus propios errores. Eso es menos universal, pero acaso más honesto.
Y a fin de cuentas, casi todo lo importante que aprendemos sobre el amor empieza siendo apenas eso: una torpeza que, al ser narrada con suficiente atención, se vuelve conocimiento.